
A SOLAS
con el
Pirata
CONNIE MILLER

A SOLAS con el Pirata

CONNIE MILLER



Copyright 2023 de Connie Miller

- Todos los derechos reservados. -

Publicaciones Romance



Sinopsis

¿Podrá el descarado pirata yanqui ganarse el corazón de la perfecta dama inglesa?

Obligada a casarse con un hombre arrogante al que desprecia, Bethany siente que su destino está sellado, hasta que es capturada por el arrogante Brian Travers.

Recelosa del capitán, Bethany se muestra arisca y petulante, siendo correspondida de la misma manera por el pirata. A pesar de ello, no tardarán en sentir una atracción mutua, que revelará sus verdaderos sentimientos y conseguirá que su mundo se vuelva del revés.

¿Dejará el marqués que su prometida le insulte al querer intercambiarlo por un yanqui pirata? ¿Podrán Brian y Bethany dejar atrás sus antiguas vidas y hacer frente a sus enemigos?

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Notas

Capítulo 1

Carlton House

Bethany Norbert bajó del carruaje frente a Carlton House. Iba con su padre, George Norbert, y su madre, Margaret. Nunca antes había visitado al príncipe regente y la visión del palacio la dejó deslumbrada. Su mirada se desvió hacia arriba despacio, en un intento de abarcar la inmensa estructura que tenía ante ella.

El edificio daba al lado sur de Pall Mall, y sus jardines colindaban con St. James Park, en el distrito londinense de St. James. John Nash, había modificado el trazado de Londres a petición del príncipe regente, para que la entrada de Carlton House sobresaliera en su magnificencia entre todo el vecindario.

Así lo deseaba el regente desde que asumió la tarea formal de representar a la monarquía después de su padre, que había sido declarado incapaz para el cargo debido a la enfermedad que algunos llamaban locura. Jorge III era conocido como el hombre que había perdido las colonias americanas. Sin embargo, era muy querido por su pueblo.

Detrás de Bethany, había más transportes esperando para descargar a sus ansiosos pasajeros. A su alrededor, los cocheros gritaban: «Ya, ya...» —y chasqueaban la lengua mientras hacían avanzar a sus caballos con el látigo. La procesión era interminable. Todas las personalidades habían sido invitadas a la casa del regente para presenciar el nombramiento de caballeros de los hombres que habían aportado su granito de arena al rey y a la patria.

El padre de Bethany era uno de ellos. Siempre había ambicionado llegar tan lejos. Gracias a ser propietario de una compañía naviera y a su hábil manejo de esa actividad, había atraído la atención del primer ministro Robert Banks Jenkinson, segundo conde de Liverpool, quien había sugerido al príncipe regente que le entregase un galardón para recompensar sus esfuerzos.

Bethany se sintió orgullosa y hasta cierto punto feliz por su padre. Gran parte de sus barcos colaboraban en la guerra contra Napoleón suministrando a las tropas de la península Ibérica los alimentos, medicinas y otras vituallas que tanto necesitaban. Por supuesto, Bethany sabía que su padre ganaba mucho dinero con ello, qué hombre de negocios astuto no lo haría. Sin embargo, eso no era lo que le preocupaba.

La relación con su padre era, en el mejor de los casos, conflictiva. Los continuos esfuerzos de este para casarla por encima de sus posibilidades la preocupaban mucho. Hasta ahora, Bethany había tenido la suerte de que su padre no encontrase ningún pretendiente. Pero, ¿qué pasaría después de que él diera el primer paso en la escalera social?

Bethany no podía evitar sentir que el destino la acechaba como una manada de lobos. Curiosamente, a pesar de sus veinte veranos, aún no había sido presentada en sociedad. Suponía que su padre tenía una razón para ello. Siempre se le dio bien el ajedrez. Este título de caballero era todo lo que él necesitaba para planificar estratégicamente sus próximos pasos de avance. Ahora podía ceder su riqueza a cualquier señor, vizconde, conde o duque empobrecido y vender su bien más preciado al mejor postor, es decir, a ella misma.

—Bueno, vamos, hija. No vale la pena perder el tiempo. El príncipe regente no nos esperará —dijo alegremente el señor Norbert.

—Sí, padre. Estaba mirando el edificio. Es bastante impresionante.

Su padre arqueó las cejas. El gesto le dio un aspecto ligeramente cómico en su cara regordeta. Era alto y voluminoso como el tronco de un árbol. Cada vez que hablaba, su papada se bamboleaba. En cierto modo, su corpulento físico era una perfecta referencia de su vasta fortuna,

su llave para abrir la codicia entre los nobles.

—Vamos, Margaret... Bethany... —Con esas palabras, subió los escalones de Carlton House, saltando emocionado como un niño.

Bethany echó un último vistazo al exterior de Carlton House antes de seguir a su madre y a su padre al interior del edificio: era sobrecogedor, como mínimo, comparable a una versión más pequeña del palacio de Versalles en términos de opulencia.

Desde la década de 1780, el príncipe regente mantenía en el palacio de Buckingham una corte alternativa casi separada de la de sus padres. La residencia había sido recientemente redecorada por segunda vez, desde que el príncipe se convirtiera en regente en 1811, para abarcar aún más espacio. En Londres, la residencia se denominaba casa. En el continente, muchos europeos podrían sugerir que era más un palacio que otra cosa.

Bethany y sus padres atravesaron un pórtico hexástilo de columnas corintias que conducía al vestíbulo principal. Esta sala estaba flanqueada a ambos lados por antesalas. Carlton House era muy inusual, ya que el visitante entraba por la puerta principal. A diferencia de muchas mansiones de la época, que seguían el concepto arquitectónico paladiano de una planta baja.

Bethany no podía apartar los ojos de la opulencia de su entorno, mientras hombres y mujeres elegantemente vestidos pasaban a su lado en un intento por entrar. Las damas estaban resplandecientes, envueltas en sedas finas y damasco de diferentes colores. Los caballeros, como sugería Beau Brummell[1], la personificación del dandi de la Regencia, eran mucho menos ostentosos con sus abrigos oscuros, camisas blancas, pañuelos de cuello de colores y pantalones.

Su ruta les llevó a través del vestíbulo hacia un vestíbulo iluminado. Tras atravesarlo, se dirigieron a la gran escalera, donde Bethany y su familia siguieron a los demás escaleras abajo en dirección a la sala del trono.

—Deja de observar todo con la boca abierta, Bethany —siseó su madre—. No es propio de

una dama. Alguien podría pensar que nunca has estado aquí o que no has visto nada parecido.

—Pero nunca he estado, madre... y tú tampoco, si me permites decirlo —replicó ella, recibiendo una mirada hostil de su madre.

Sin hacer caso a la petición de su progenitora, Bethany reanudó la observación de su entorno y tragó saliva. Quería impregnarse de cada detalle que observaba a su alrededor, sobre todo, del arte, que la dejaba impresionada. Era un paraíso para los más exigentes en materia de belleza.

Además de la ostentosa decoración y mobiliario francés de estilo Luis XVI, una magnífica colección de obras de arte adornaban las paredes de Carlton House, al ser el príncipe regente un coleccionista de cuadros de gran importancia.

Era famoso por patrocinar a artistas modernos: Gainsborough, Stubbs y Reynolds. Con sir Charles Long y el tercer marqués de Hertford como asesores artísticos, el príncipe regente también compró cuadros de los maestros antiguos: Rubens, Rembrandt, Van Dyck, Cuyp y Jan Steen.

Ajena a la admiración que profesaba su hija por todo lo que veía, Margaret estaba más interesada en sus propios pensamientos. Para ella, lo único que importaba era el ascenso de su marido y en cómo eso la afectaría. En su cabeza solo había cabida para las fastuosas fiestas a las que asistiría o a quien invitaría primero para presumir de su nuevo estatus.

Margaret, poseedora de una belleza anodina, pero con un encanto que resultó suficiente para conseguir un marido, pronto sería la primera *lady* Norbert, dame[2] Margaret Norbert de su familia. Había jugado bien sus cartas, y ahora se encontraba a punto de entrar en el salón del trono y conocer al regente.

Al entrar, podía verse que el salón estaba decorado al estilo francés de Luis XVI y que los invitados formaban un semicírculo alrededor del príncipe. Tras el regente se encontraba su

madre, Carlota de Mecklemburgo-Strelitz, y dos lacayos que lo vigilaban.

Bethany tragó saliva y siguió a su madre hasta un lugar libre junto a una dama y un caballero, que parecían casi tan regios como el propio príncipe. Bethany se encogió cuando su madre intentó entablar conversación con ellos, a pesar de que era evidente que no tenían ningún interés en conversar con ella.

Su padre, nada más entrar se había olvidado de ellas y se había dirigido junto a un grupo de otros cuatro hombres que también iban a recibir sus títulos.

Bethany decidió calmarse y centrar su contemplación en el príncipe. Mientras lo hacía, sus ojos se posaron en un caballero que la miraba fijamente. Era guapo de una forma extraña. Sin embargo, su herencia privilegiada estaba a la vista de todos: labios finos y fruncidos, la cabeza alta y una especie de actitud distante cuando la miraba. Era como si la vida misma se hubiera vuelto tan predecible porque él siempre conseguía lo que quería. Bethany apartó rápidamente la mirada y observó al príncipe regente, que parecía muy aburrido.

Notoriamente vanidoso, el príncipe regente llevaba un corsé de hueso de ballena bajo la camisa, un chaleco amarillo brillante y un frac de color clarete que exhibía sus medallas. Un corbatón especialmente alto ayudaba a disimular su papada. En la cabeza llevaba una peluca castaña.

En su rostro, el maquillaje había sido aplicado con cuidado para darle un aspecto bastante apuesto, a pesar de su enorme tamaño. Era bien sabido que el príncipe tardaba tres horas en atarse el corsé y vestirse, de modo que al final parecía una gran salchicha embutida en una cubierta de hojaldre.

—Veo que has encontrado al soltero más codiciado de Londres, Bethany —dijo su madre en voz baja.

—No sé a qué te refieres. Solo estaba mirando al regente.

—No tienes que disimular conmigo. Te he visto mirarle. Es guapo, ¿verdad? —No era una pregunta, sino una afirmación.

—Es posible. —Bethany no quiso admitir la verdad—. Pero hay algo en la forma en que me mira que no me gusta. —Se volvió hacia su madre—. De todos modos, estamos aquí por padre, y no para lanzarme a la sociedad.

Bethany frunció el ceño al ver una leve sonrisa en los labios de su madre. «¿Qué habrá planeado ahora?», pensó, conocedora de sus caprichos.

La madre de Bethany lucía un soberbio vestido de terciopelo de color rubí y satén blanco. Sobre su cabeza se alzaba un turbante a juego con incrustaciones de joyas y plumas.

A su lado, Bethany vestía de forma más modesta en cuanto a colores y cantidad de joyas y adornos. Su vestido era principalmente blanco, con tonos pastel y de gran volumen, gracias a la jaula de aros y la enagua que llevaba.

Su sedoso cabello oscuro estaba muy bien peinado. Su color natural brillaba con el esplendor de la obsidiana, y estaba recogido en la parte superior de la cabeza en un elaborado moño que dejaba al descubierto su largo y esbelto cuello. Una pluma blanca completaba el conjunto.

Mirando la magnífica sala del trono, Bethany no deseaba otra cosa que escapar de su vestimenta. Sentía que todas las faldas y aros le oprimían el cuerpo y la hacían sentir incómoda.

A su alrededor, la ropa de las mujeres era muy elaborada y mostraba una amplia franja de telas bellamente bordadas. Bethany no le encontraba sentido. Era monárquica, pero ¿por qué la reina Carlota, insistía en esta patética pompa, que recordaba modas antiguas?

En Europa comenzaba a estar de moda prendas de «estilo Imperio», imitando las que lucía la antigua emperatriz Josefina Bonaparte de Francia. Estos vestidos sueltos y formales tenían un corsé ceñido que terminaba justo debajo del busto, dando así la apariencia de una cintura alta, y

una falda fruncida que llegaba hasta los tobillos.

Esto es ridículo... «¿por qué tenía que parecer un merengue relleno?», se preguntó Bethany mientras echaba un vistazo a la reina.

Se quedó boquiabierta. Nunca la había visto. No podía creer lo poco atractiva que era. Tenía los orificios nasales demasiado abiertos, la tez demasiado pálida y la frente excepcionalmente baja.

Bethany se reprendió de inmediato por haber sido tan insensible. La reina Carlota siempre había sido una esposa extremadamente obediente con el rey loco y le había dado quince hijos. La perspectiva hizo que Bethany se estremeciera: la pobre mujer debía de haber estado constantemente embarazada.

El padre de Bethany fue el primer hombre en dar un paso al frente. Él dudó un instante. Luego, respirando hondo, avanzó hacia el príncipe regente.

Apoyó una rodilla en el taburete de caballero con la superficie acolchada de terciopelo y bajó la cabeza.

El regente no pronunció palabra. Se limitó a levantar la espada de caballero y a dar unos golpecitos en los hombros del padre de Bethany. A continuación, le entregaron una caja alargada de terciopelo azul oscuro que contenía el orden de su rango y el acto quedó consumado. Ya era sir George Norbert, primer baronet de Ramsbury. Y eso fue todo. Todo el proceso se repitió para los demás candidatos y la ceremonia terminó.

Como la apariencia de un rinoceronte, el príncipe regente salió corriendo en dirección a la salida, dando por terminada su tediosa tarea. Cuando Bethany lo vio por última vez, estaba atacando el surtido de manjares de una larga mesa que se había colocado durante la ceremonia de nombramiento de caballeros. Lo observó un rato más, hasta que fue interrumpida.

—Bethany, querida, me gustaría presentarte a lord Arthur Ranson Murray, hijo mayor del

duque de Benson y, por lo tanto, marqués de Trevor —dijo su padre con voz orgullosa.

Cuando se dio la vuelta, ella vio a su madre desbordando todo tipo de emociones, ninguna de las cuales compartía Bethany. Tragó saliva. Era el hombre arrogante que había visto antes.

—No te quedes ahí parada, Bethany —la reprendió su padre mientras miraba a su hija con desaprobación, al no estar insultante de felicidad, sino perpleja—. Debe de estar abrumada por el nombramiento de su padre y ahora ser presentada al hijo de tan ilustre par del reino —balbuceó su padre en un intento de congraciarse con el hijo del duque.

Bethany podría haberlo matado al haberla dejado como una boba. Sin embargo, era su padre el que se estaba comportando como un tonto rastrero al mostrarse tan complaciente con el marqués.

Su padre no parecía darse cuenta de cómo le miraba ese supuesto caballero, pero ella sí se daba cuenta y le hacía sentirse incómoda. No era una mirada agradable, y no era lo que ella buscaba en un hombre. Ante ella había un espécimen masculino que sin duda era un tipo misógino, con toques de vileza que lo hacían aún más desagradable. No sabía por qué pensaba eso, pero su instinto se lo decía todo.

—Es un placer, señorita Norbert. Debe de estar encantada con la nueva posición de su padre —dijo él, sonriendo mientras le escrutaba el cuerpo lascivamente, en un intento desesperado por encontrar alguna parte de ella que no estuviera vestida.

Por primera vez, Bethany se alegró de llevar tanta ropa encima. Aunque no le faltaba atractivo y no tendría más de veinticuatro años, aquel hombre tenía unos ojos pequeños fríos, unos labios enjutos y unos rasgos afilados que le quitaban encanto. De hecho, nada de ello agradaba a Bethany, y menos aún su prepotencia.

Lo único que Bethany pudo hacer fue fingir timidez femenina y cierta apariencia de asombro, para no meterse en problemas. Aunque por dentro pensaba…

«Dios mío, si no me hubieran educado tan bien, habría estado encantada de ponerlo en su sitio».

La presentación continuó con la admiración y el asombro efusivos de sus padres junto al tedioso marqués, mientras Bethany se preguntaba cuánto más podría aguantar antes de que se desmayara de aburrimiento.

Bethany asintió ante algún comentario que le hizo el marqués, dándose cuenta de su voz chillona. ¿Acaso tenía en el interior de su garganta alguna especie de pájaro?

Tuvo que contenerse para no echarse a reír ni para hacerle alguna pregunta indiscreta al respecto. Pero cuando el marqués bajó su tono de voz milagrosamente, hasta convertirse en un zumbido profundo, tuvo que esforzarse por no mirarle con los ojos como platos ante tal registro vocal.

Por suerte, en medio de su monólogo egocéntrico, el marqués dejó de hablar para coger aire, y Bethany aprovechó para dar la conversación por terminada.

—Es un honor conocerle, milord. —Fue lo único que a Bethany se le ocurrió decir en tan breve espacio de tiempo. Después hizo una reverencia por si sus intenciones de marcharse no hubieran quedado claras, y se le quedó mirando, a la espera de su respuesta con sus ojos del color verde.

—El honor es mío, querida —dijo él, inclinándose y rozando con sus labios el dorso de la mano de ella.

Bethany se encogió al escucharle.

«¿Me has llamado querida, sapo arrogante?».

Pero el encuentro aún no había finalizado, pues el marqués todavía tenía algo más que decir y que a Bethany le hubiera gustado que callara.

—Estoy deseando que mi padre la conozca.

Las palabras fueron acompañadas de otra mirada a su escote, lo que impidió que viera la cara de pánico de Bethany.

«Esto se nos está yendo de las manos. Padre tiene que pararlo».

Pero como respuesta, su padre solo hinchó su pecho y comenzó a hablar de sus logros en su negocio naviero.

Bethany quería salir corriendo, pero otra persona de la sala se había fijado en ella y, en su aburrimiento, quiso salvarla.

—Parece muerta de aburrimiento, jovencita, permita que la entretenga mostrándole mi colección de arte.

Al volverse, Bethany estuvo a punto de desmayarse. El príncipe regente le estaba hablando y pretendía que se uniera a su séquito personal, que lo seguían como si fueran moscas.

—Alteza Real —dijeron todos al unísono y casi cayendo hacia delante al hacer sus reverencias.

—No sabía que Bethany conociera al príncipe regente. Qué maravilla... ja, ja, ja —dijo Margaret con una risita nerviosa y quedando en evidencia.

Tanto Bethany como su padre pusieron los ojos en blanco ante una afirmación tan estúpida, pero mientras Bethany intercambiaba palabras con el regente, su padre aprovechó para llamar la atención del hijo del duque.

—Tengo una propuesta que podría interesarle.

Capítulo 2

Esa misma noche…

Se oían risas de mujer en el segundo piso de la residencia Norbert, en el MayOld londinense. Procedían de la habitación de Bethany, que tenía techos altos, a imitación de los salones de la planta baja. Un fuego ardía en la chimenea, pues aún refrescaba bastante por la noche, a pesar de ser junio.

—Debería ser gallardo, guapo, valiente y fuerte —dijo Bethany con ojos soñadores.

—No demasiado guapo, señorita. Los que son demasiado guapos siempre tienen ojos vagabundos —aseguró Megan.

Megan Fraser era la doncella personal de Bethany. Se encargaba de peinarla, vestirla y de cualquier otra tarea personal que su ama le exigiera.

Era menuda y tenía la tez más dulce: cálidos ojos marrones como palomas, sonreía constantemente y tenía la cara redonda. Su rostro era como un espejo de su corazón y de su alma. Si se pudiera aplicar alguna medida a tales cosas, entonces ella era todo oro y piedras preciosas.

—Muy bien, vamos a discrepar en eso, Megan. —Bethany apretó los labios pensativa—. Yo...

Megan titubeó.

—Le gustan atractivos, ¿verdad, señorita? —Sonrió mientras pasaba un peine por el pelo de su ama.

—No veo por qué no. Pero lo que has dicho me preocupa. Tal vez tengas razón y un caballero que no sea demasiado guapo podría ser más adecuado.

—Usted es tan hermosa, señorita… Ningún hombre podría resistirse a cortejarla. —Hizo una pausa hasta que su rostro se iluminó aún más—. Daría lo que fuera por tener un pelo como el suyo —dijo Megan, mirando a Bethany en el espejo adosado al tocador.

Esta se tomó un momento para estudiar su reflejo. Sabía que era atractiva, pero nunca se había considerado una belleza. Tenía los ojos verdes como el musgo y los pómulos altos. Sin embargo, lo que más agradecía era su nariz de duendecillo. Afortunadamente, la familia de su madre había ganado en eso. Su pelo negro caía en una serie de mechones sedosos.

Levantó la mano para tocarse la piel color porcelana de la cara. La sintió suave y sin imperfecciones. Cuando dejó que su mente volviera al tema de un hombre apuesto, sus labios se relajaron, mostrando su plenitud.

—El hombre que se case con usted, señorita, será el más afortunado del mundo —aseguró Megan.

—Gracias, Megan. Siempre eres muy amable conmigo.

Megan sonrió y se quedó pensativa por un momento.

—Las dos encontraremos el amor algún día... lo sé porque lo he soñado.

—¿Lo soñaste? —preguntó interesada Bethany.

—Sí —aseguró Megan con su típico acento escocés.

—¿De qué iba el sueño? —inquirió Bethany, cada vez más picada por la curiosidad.

Siempre le pareció un placer estar con Megan. En cierto modo, le parecía una compañía

mucho más agradable que todas las charlatanas que acudían a las invitaciones de su madre. Era tan libre y auténtica... que Bethany deseaba en secreto ser como ella, liberarse y escapar de las restricciones de la sociedad. «El príncipe regente hace lo que quiere», pensó, recordando su charla con él. ¿Por qué yo no puedo?

—El sueño era sobre nosotras, hacíamos un largo viaje. Era por mar.

Bethany soltó una risita, al saber que eso era algo imposible.

—Sí. Pero, de alguna manera, nunca llegábamos a donde se suponía que íbamos —dijo Megan con el ceño fruncido.

—¿Dónde terminamos, entonces?

—Con dos hombres apuestos. El suyo era más guapo que el mío...

Esto hizo reír de nuevo a Bethany.

—Pero eran buenos hombres. Lo vi. Lo sentí. Sabían lo que era amar de verdad. —Se notaba la luz que emanaba de sus ojos al evocarlo.

—Debe de haber sido todo un sueño para que te emociones tanto —dijo Bethany, sonriendo con picardía. Después de reírse un buen rato, Bethany fue la primera en ponerse seria—. ¿Qué es el amor? Sé que quiero a mis padres y a mis animales. Pero ¿cómo es cuando lo sientes por un hombre?

—¡Ooooh!, eso es fácil de contestar, señorita.

Bethany arqueó una ceja, en cierto modo, incrédula ante la certeza de la afirmación de su doncella.

—Verá, cuando amas a un hombre sin inhibiciones, él lo es todo para ti. No quieres nada más que estar cerca de él y asfixiarlo a besos cuando tienes la oportunidad. —Megan se encogió de hombros—. Harías cualquier cosa por este hombre, pasara lo que pasara, eso es todo, creo.

Bethany no estaba segura.

—A mí me suena un poco a servidumbre. Creo que el amor que se siente por un hombre es cuando no puedes dormir por la noche cuando no está a tu lado; te duele el corazón cuando está contigo y no puedes controlar la alegría que sientes, al ver en sus ojos que él te devuelve el mismo amor que tú sientes. Es cuando te conviertes en una sola persona mientras te fundes en sus brazos y en sus besos hasta unir ambas almas.

Megan se quitó una lágrima de la mejilla.

—Ha sido precioso, señorita. Desde luego, tiene usted facilidad de palabra. —Sus tórridas emociones pronto se calmaron y una sonrisa pícara se deslizó por su boca—. No le importaría entrar en más detalles sobre el aspecto físico de las cosas, ¿verdad?

—¿Qué..?. ¡Oh...! ya veo. —Bethany se sonrojó. Normalmente, esa intimidad entre doncella y señora estaba mal vista y acarreaba el despido inmediato de la sirvienta. Sin embargo, Bethany y Megan eran lo más parecido a unas amigas. Nunca podían ser vistas en público o en presencia de sus padres como iguales, pero cuando estaban solas, aunque Megan seguía cumpliendo con su deber, siempre había bromas ligeras entre ellas.

Bethany nunca disfrutó demasiado de la compañía de los de su clase. Megan era como un soplo de aire fresco. Durante el tiempo que pasaban juntas, Bethany incluso le enseñó a leer y escribir. Megan era una estudiante formidable y muy inteligente.

—Está usted roja como un tomate, señorita —dijo Megan, conteniendo a duras penas la risa.

En unos instantes, se rieron con tal desenfreno que las lágrimas corrieron por sus rostros.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó Margaret, entrando en la alcoba vestida con su largo camisón de seda.

—Oh, nada, madre. Solo nos reíamos porque se me cayó uno de mis anillos en el bote de

crema facial y nos costó sacarlo.

—Oh, ya veo —dijo la madre con la mayor naturalidad imaginable—. Fraser, fuera. Necesito hablar con mi hija a solas.

—Sí, milady. —Megan salió corriendo de la habitación y cerró la puerta.

—Qué acento tan sucio tiene esa chica. ¿De dónde es, de las colonias? —Empezó a pasearse por la habitación, haciendo que Bethany se enfadara aún más por la interrupción.

Megan calló que era escocesa, pues sabía que su madre no memorizaría ese dato, al no ser importante para ella.

—¿Qué sucede, madre? Debe de ser un nuevo chisme jugoso, si te tomaste la molestia de venir a esta hora.

Una mueca se dibujó en los labios de *Lady* Norbert.

—Oh, no son chismes. Lo que tengo son noticias.

Hubo un pequeño silencio, como si su madre pretendiera darle más pompa a su noticia.

—...Este domingo serás presentada al duque de Benson en su residencia londinense. Tu padre desea iniciar las conversaciones sobre un posible compromiso matrimonial entre tú y su hijo... ¿no es estupendo? —Hizo otra pausa para coger aire—. Es una pena que ese joven tan querido, Arthur, no pueda estar allí. Le han encargado algo importante en la América británica, en Canadá o algo así. En fin...

Bethany no podía creer lo que oía. Así que eso era todo. Iba a ser subastada al mejor postor. Sabía que sus padres tenían algo bajo la manga. Habían estado maquinando todo el viaje en carruaje a casa. Debería haberlo sabido.

Sin ni siquiera percatarse de la rigidez de su hija, Margaret se giró sobre sus talones y continuó hablando.

—Pensé que te gustaría saber la buena noticia —dijo al salir de su habitación sin intercambiar ni una sola palabra al respecto con Bethany.

El rostro de esta se tiñó de un tono aún más claro. «Estoy atrapada. No tengo adónde ir. — Antes de que pudiera detenerlas, las lágrimas rodaron por sus mejillas. Bethany no era de las que mostraban sus emociones tan abiertamente, pero esto era distinto. Se preguntó por qué sus padres no podían ver la verdadera naturaleza del hombre con el que iban a casarla. Estaba a la vista de todo el mundo.

—¡Oh, señorita...! ¿Qué ha pasado? —preguntó Megan, entrando en la habitación de Bethany como un torbellino.

—Ellos, ellos... —A Bethany no le salían las palabras. Su llanto se hizo más intenso cuando Megan la cobijó en sus brazos y la acunó como a un bebé. Se quedaron quietas, con Bethany en el taburete y la nariz hundida en el pelo de Megan. La doncella se arrodilló ante ella y apretó más a su ama como si intentara exprimir toda la melancolía de su cuerpo.

—Recuerda lo que le dije sobre mi sueño. Nunca se casará con ese hombre, Bethany — afirmó Megan tras llamarla por su nombre para tranquilizarla.

Ella conocía todos los detalles porque había estado escuchando a escondidas tras la puerta todo el tiempo.

Bethany bajó la vista y miró a Megan a los ojos. No sabía si le sorprendía más que su doncella utilizara su nombre de pila o lo ridículo de la idea de que un sueño se hiciera realidad y las dos encontraran el amor.

—Fue solo un sueño tonto.

—No, señorita —dijo Megan, volviendo a la forma correcta de dirigirse a ella. La ayudó a ponerse en pie y la guio hasta la cama—. Los sueños están ahí para decirnos el futuro. Solo tenemos que creer en ellos.

Capítulo 3

Camino de Portsmouth, Inglaterra

Noviembre de 1813

Bethany se quedó mirando por la ventanilla del carruaje. Se sentía como una persona condenada al purgatorio. No podía creer lo que le estaba ocurriendo. Había conocido al duque y, como había dicho su madre, su hijo no había estado presente. Lo habían enviado a Canadá para representar allí los intereses de su familia. Y allí seguía, gracias a Dios.

El duque no se parecía en nada a su arrogante hijo. En cierto modo, si fuera más joven, Bethany podría haber considerado ser su prometida. Sin embargo, su hijo era completamente distinto. Rezumaba vanidad. Para Bethany, esa era una de las cualidades más indeseables en un hombre. Ella era la hija de un par menor del reino, y en consecuencia, debería estar... complacida por ser considerada para una posición tan exaltada como la futura duquesa de Benson. Pero no lo estaba.

Al principio, aún albergaba esperanzas. Megan las había mantenido con la promesa de que su sueño se haría realidad. Bethany había hecho todo lo posible por creerla, pero, por más vueltas que le daba al asunto, no se le ocurría ninguna salida.

Durante un tiempo pensó que llegarían noticias de las posesiones británicas al otro lado del Atlántico, de que Arthur había encontrado a otra mujer. Pero no hubo suerte. Él nunca le escribió como lo harían otros hombres cuando iban a casarse. El hijo del duque sabía que ella era suya, así que no fue necesario ningún esfuerzo por su parte. No es que Bethany hubiera estado interesada. Pero seguía pensando que así era como debían hacerse las cosas.

Los últimos meses habían pasado muy deprisa, y ella seguía siendo su prometida. El acuerdo se había sellado aquella fatídica tarde en Benson House, Londres. No había vuelta atrás. El destino era implacable en sus maquinaciones. Lo único que podía hacer era sucumbir a él.

Bethany dejó que su mirada se posara en la campiña inglesa al otro lado de la ventanilla del carruaje. Era un día apagado y nublado. Las hojas ya habían caído, dejando su generosidad para que la tierra la devorara. La desnudez de las ramas emulaba de algún modo la desnudez que ella sentía en su corazón y en su alma.

El mundo irrumpió en su vista. Era Inglaterra, el hogar de Bethany y el lugar que más amaba en el mundo. Sin embargo, con el paso de los días, las semanas y los meses, empezó a darse cuenta de que tal vez había otro lugar en el que podría sentirse igual de a gusto. ¿Sería Canadá? Allí la enviaría su padre a visitar a su hermana y, por supuesto, a estar cerca de su prometido. No, no era posible. Ningún sitio podría ser como su hogar.

De repente, Bethany sintió que una pizca de preocupación le envolvía las entrañas. Era como si unas manos invisibles la apretaran con la intención de apagarla. Sentía nostalgia incluso antes de haber partido.

—Bethany, ¿no te hace ilusión visitar a Adelaide? —preguntó su padre, refiriéndose a su hermana, que vivía en la América británica—. Bethany, ¿me has oído?

—¿Qué decía, padre? No le he oído bien. —No quiso admitir que estaba distraída.

—Yo aseguraría que estabas soñando despierta, hija. ¿Tal vez con tu apuesto prometido? —Su padre rio entre dientes—. Amor juvenil, ¿no es maravilloso? —musitó en voz alta.

Bethany pensó que se iba a poner enferma. ¿Cómo podía su padre estar tan confundido respecto a los pensamientos, deseos y sueños de su hija? Nunca habían estado tan unidos como debían estarlo padre e hija, pero eso no justificaba que no la conociera ni un poco, y mucho menos que pudiera entregarla al primer hijo de un noble que le hiciera elevar su posición social.

—No le quiero —siseó Bethany.

Su padre arqueó las cejas. A su lado, su madre miró hacia ella.

—A veces eres la persona más egocéntrica que conozco. Tu padre y yo hemos puesto mucho en este compromiso. Lo menos que podrías hacer es mostrar un poco de gratitud.

—¿Gratitud, madre? No amo a ese hombre —espetó Bethany, cansada de callar. De todos modos, en breve se alejaría de ellos y no era necesario que siguiera fingiendo—. Tú eres la egocéntrica, no yo. Arreglasteis este matrimonio pensando en elevar vuestra posición social, no en mi felicidad. No tienes derecho a llamarme egocéntrica —devolvió la mirada al paisaje al otro lado del cristal.

Su madre, sorprendida por su arrebato, se tomó un momento para serenarse antes de hablar.

—El amor llegará con el tiempo. Al principio no quería a tu padre. —Se volvió hacia él y le acarició la mano—. Pero luego aprendimos a querernos, ¿verdad, George?

—Sí, querida, lo hicimos —dijo él sonriéndole.

—Pero el marqués es malvado —dijo Bethany—. Puedo verlo en sus ojos. Nunca podría aprender a amar a un hombre así —añadió sin dejar de mirar por la ventana. Cómo deseaba estar sentada con Megan en el coche de equipajes.

—¿Preferirías a un viejo gordo, antes que a ese caballero joven y tan guapo? En mi opinión, Arthur es muy atractivo —dijo su madre.

—No quiero ninguna de las dos cosas, muchas gracias. Quiero elegir con quién me casaré —dijo Bethany sin mirarla.

Sus padres se rieron.

—No es así como funciona, querida. Nos casamos por posición y estatus. No podemos equiparar a los que tienen con los que no tienen, no sería apropiado. —Su madre se arregló la ropa como para dejar claro su punto de vista.

—¿Qué demonios querría el hijo de un duque con la hija de un humilde armador? —preguntó Bethany—. Si no me equivoco, su padre es el séptimo en la línea de sucesión al trono. Tú, padre, empezaste como estibador y fuiste ascendiendo. —Bethany se burló—. Este es un ejemplo clásico de un campesino casándose con la nobleza.

Su madre casi se desmaya. Respiraba entrecortadamente, empeorando la situación. Su padre miró a su hija con dureza mientras intentaba calmar a su mujer.

—Mira lo que has hecho. Tu madre se encuentra mal gracias a ti.

Bethany sonrió. Hacía semanas que no se sentía tan bien. Ya era hora de que alguien pusiera a sus padres en su sitio.

Además, nada de eso tenía sentido para ella. Aunque el duque fuera el séptimo en la línea de sucesión, en algún momento debió de haber un primero.

—Vas a ir a Canadá a visitar a tu hermana, y cuando lord Ranson Murray venga a visitarte, te comportarás como corresponde a la hija de una casa noble. Tu hermana, Adelaide, ha accedido a hacer de carabina con su marido. ¿Está claro? —dijo su padre con severidad.

—Y tú no te preocupes por si me atacan los americanos. Por si no lo has olvidado, hay una guerra entre este país y los Estados Unidos de América... sería más seguro que me quedara aquí hasta que las cosas se calmaran.

—¡Por Dios, hija! La marina británica tiene el océano Atlántico en el bolsillo. Los yanquis no tienen ninguna posibilidad —dijo su padre con condescendencia.

—Siento disentir. Los corsarios americanos azotan el mar. Ya han capturado innumerables

buques mercantes británicos —dijo Bethany—. Lo leí en los periódicos el otro día.

Su padre parecía sorprendido de que su hija se dignara siquiera a leer los periódicos. Sin embargo, recuperó rápidamente la compostura.

—Entonces, no tienes por qué preocuparte, ya que estarás a bordo de una fragata de la Marina Real. —Al decirlo, su pecho se infló de manera asombrosa—. El duque de Benson lo organizó personalmente.

Bethany estaba a punto de saltar del carruaje en marcha, pero la idea del sueño de Megan la detuvo. Frunció el ceño. ¿No iban a hacer un viaje por mar? ¿No era allí donde se encontrarían con sus maridos? «Esto es ridículo», pensó.

—Además, el duque de Benson dijo que nunca pondría a su futura nuera en peligro, de ahí la fragata a tu disposición —concluyó su padre.

Bethany, suspiró y decidió callar. Tendría que resignarse a su inminente destino y rezar por que ocurriese lo mejor. Tal vez Megan tuviera razón después de todo, y este fuera el comienzo de una fabulosa aventura.

Capítulo 4

En algún lugar del Océano Atlántico

Diciembre de 1813

—Bueno, es nuestro vigésimo día en el mar, Megan —dijo Bethany, contemplando la infinita extensión del océano ante ella.

El cielo estaba azul y no había ni una nube a la vista. El capitán del barco había dicho que esto era muy raro en esta época del año. Normalmente, las tormentas arrasaban el océano en un frenesí de olas furiosas. Pero ese no había sido el caso. Durante todo el viaje, el mar había estado en calma y los vientos habían sido favorables, impulsando a Bethany hacia su destino a una velocidad mucho mayor de lo normal. Era como si Dios ya lo hubiera decidido: ella iba a ser la próxima duquesa de Benson.

Para su gran sorpresa, había llegado a disfrutar de los viajes por mar. A diferencia de la pobre Megan, no había sufrido mareos. Su doncella había estado confinada en su litera durante días enteros desde que salió de Inglaterra. Solo cuando la tierra era un recuerdo lejano, se había acostumbrado poco a poco a la vida a bordo.

En ese momento, Megan disfrutaba tanto como su señora. Habían tenido tiempo de sobra para hablar, jugar a las cartas y sonrojarse sin cesar por los comentarios lascivos que los marineros les lanzaban a diario. Megan disfrutaba mucho más que Bethany, que apenas recibía

proposiciones debido a su posición. Megan ya no se sentía como una sirvienta, sino más bien como una compañera o incluso una amiga de Bethany.

—Y, Megan, ¿es aquí donde tu sueño se hace realidad? —preguntó Bethany con una sonrisa burlona en la cara.

—Podría ser. Hay un montón de hombres a bordo del Capricornio. —Megan pestañeó a uno de sus más ardientes admiradores: Harrold Spencer, un hábil marinero, era a quien dirigía su atención.

—Oh, ya basta, Megan. Cualquiera diría que llevas toda la vida encerrada en un convento —la reprendió Bethany.

—Lo he hecho. Trabajar para sus padres es lo mismo. No me he acercado a ningún hombre aparte de los criados de la casa. —Observó al marinero—. Esto es el paraíso en la tierra. Tantos hombres fuertes que me aprecian...

Bethany soltó una risita.

—Sabes tan bien como yo lo que aprecian estos hombres... y no es ir de la mano dando un paseo por el parque.

—De todas formas, ¿quién querría hacer eso? —Megan se encogió de hombros.

Bethany se echó a reír.

—Eres incorregible, Megan.

La doncella se puso seria.

—¿Y el capitán James Cabot? Se cree que es un diamante en bruto para cualquier mujer.

—Es guapo.

Bethany le echó un breve vistazo desde el puente. Tuvo que admitir que estaba impresionante con su levita azul con botones dorados y sus pantalones blancos con cordones

dorados. Tenía un rostro amable y unos modales aún más amables cuando se trataba de su tripulación. Era una rareza, porque los capitanes de la Marina Real eran o déspotas benévolos o tiranos despiadados.

Sin embargo, él seguía siendo estricto y meticuloso. La limpieza de las cubiertas principal e inferior era evidente. Bethany se preguntaba a menudo por qué tanta gente describía la vida naval como una condena en prisión. A bordo del Capricornio, los hombres parecían felices.

Una noche, Bethany le había preguntado al capitán, y este le había explicado que en la Marina los hombres recibían abundante comida, bebida y un propósito en la vida. Mencionó que esto contrastaba directamente con la vida de un hombre pobre en Inglaterra, donde carecía de todo. Bethany había sonreído cuando él le había dicho: «Una vez que el mar se convierte en tu amante, no hay otra mujer que pueda eclipsarla».

—Sí, entonces James para ti y Harrold para mí. —Megan sonrió, aludiendo a los hombres que había elegido para las dos. Su acento escocés se había vuelto mucho más pronunciado desde que dejó Inglaterra. El mar le había dado un espíritu libre y sed de más.

Bethany volvió a soltar una risita.

—Megan, no creo que sea tan fácil. Además, el capitán Cabot está casado con el mar. —Se acercó más a Megan, por si alguien pudiera oírla—. ¿Sabes de qué hablamos anoche durante la cena con los otros oficiales?

—No tengo ni idea, Bethany. —Esta era otra novedad. Cuando no había nadie cerca, Bethany insistía en que Megan se dirigiera a ella por su nombre de pila.

—Ahora conozco los entresijos de la Marina Real mejor que nadie —dijo Bethany—. Actualmente hay más de seiscientos sesenta barcos con catorce mil cañones y más de cien mil hombres en la Armada. Es la mayor flota del mundo.

—Bueno, eso suena como una noche de lo más romántica.

Bethany se rio entre dientes.

—La verdad es que no. El barco en el que estamos es una fragata, también llamada de 38 cañones, pero en realidad tiene 50.

—¿Por qué lo llamarían entonces barco de 38 cañones? —preguntó Megan, confusa.

—No tengo ni idea.

Las dos mujeres se rieron.

—¿Qué más dijo el capitán? —preguntó Megan, que estaba realmente intrigada. Quería poder impresionar a Harrold más tarde, cuando tuvieran ocasión de charlar.

—Bueno, lo más extraño es que, contrariamente a lo que nos han dicho, se permiten algunas mujeres a bordo del barco. Y no me refiero solo a pasajeros como nosotras, sino a mujeres entre la tripulación. En algunos casos, se cuelan a bordo y se comportan como hombres. O en otros, se les encargan tareas como ayudantes de cocina o lavanderas.

—Quizás podríamos quedarnos en el barco como lavanderas —dijo Megan, echando otra mirada furtiva a Harrold, que ahora estaba ocupado fregando la cubierta.

El rostro de Bethany adoptó un semblante más serio.

—Esto no puede ser, Megan. En tu sueño dijiste que no llegaríamos a nuestro puerto de escala, y no que nos quedaríamos en el barco como fregonas. Solo nos quedan unos días, una semana a lo sumo... y entonces... estaré al alcance de ese hombre.

Megan se quedó pensativa.

—Ten fe, Bethany. El amor siempre encuentra la manera de unir a las personas que se pertenecen la una a la otra.

—Sigo sin ver cómo el amor puede obrar su magia a miles de leguas de tierra. Todavía estamos en alta mar.

—¡Barco a estribor a la vista!

Al oír el grito del vigía, tanto Megan como Bethany se inclinaron sobre la amurada y giraron la cabeza hacia la derecha, en dirección a la proa. No podían ver nada. Solo las olas que golpeaban contra la proa y los costados del barco a medida que este iba ganando velocidad.

—¡¿Pueden distinguir sus colores?! —gritó el tercer teniente desde el puente a los hombres en lo alto de los mástiles.

—Debe de ser inglés. Nuestra flota tiene acordonada toda la costa americana. La guerra está confinada a la tierra —dijo Bethany a Megan entre susurros.

—Es estadounidense, señor —gritó el hombre desde arriba, contradiciendo sus palabras.

Bethany sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Megan se limitó a observar la actividad a bordo del Capricornio con ojos preocupados.

—¿Puedes ver el otro barco? —preguntó Bethany.

—Aún no. —Megan no miró a su señora, sino al horizonte mientras lo decía.

—¿Estás segura? —siseó Bethany, sintiendo cómo los nervios se apoderaban de ella.

—Lo estoy —respondió Megan.

El hombre de la mesana confirmó su avistamiento.

—¡Se acerca!

—¿Qué significa eso? —La mente de Bethany era un hervidero de incomprensión.

—Pues que viene hacia nosotras —afirmó Megan, como si le estuviera explicando algo a un niño.

Bethany quiso reprenderla, pero lo único que pudo hacer fue contemplar horrorizada cómo la nave se les echaba encima.

Era un barco elegante, de líneas meticulosas. Se deslizaba sobre el agua como un tiburón. El casco era negro con un grueso segmento blanco donde residía una línea de troneras de cañones. Debajo, había más cañones. Sus velas estaban preñadas de viento, impulsando la nave hacia delante a una velocidad asombrosa.

—¡Golpe a cuartos! —gritó uno de los guardiamarinas después de que el capitán Cabot diera el visto bueno.

La orden de prepararse para la batalla provocó aún más actividad a bordo del Capricornio. Los hombres corrían de un lado a otro, completando sus tareas de preparación del barco. Los marineros subieron de cubierta con sus uniformes rojos y armados con mosquetes. Proporcionarían un fuego envolvente al enemigo mientras disparaban los cañones.

Casi todos los marineros se movían a las órdenes de los oficiales y guardiamarinas. Todo el buque era un hervidero de trabajo. Los artilleros (una tripulación de doce por cañón) ocupaban sus puestos junto a los cañones según las órdenes.

—¡Levanten las portas de armas!

Bethany tragó saliva cuando oyó la voz familiar del teniente primero. Justo cuando pensaba que los dos barcos se alinearían, el barco americano cambió de amura a babor y se deslizó en la otra dirección en un intento de cruzar la proa del barco británico. «Por Dios, este hombre sabe lo que hace», pensó Bethany, admirando la habilidad y audacia del capitán americano. No sabía mucho de navegación, pero la maniobra la intrigó de todos modos.

—Señoras, ¿qué están haciendo aquí todavía? Vamos, la cubierta de un barco a punto de enfrentarse al enemigo no es lugar para damas.

Era Patrick Russell, el simpático oficial mayor, un contramaestre con amplia experiencia náutica y encargado de los suministros y la capacidad marinera del barco. Se había percatado de la presencia de Megan y Bethany por casualidad, mientras él terminaba una comprobación final de la preparación de la nave.

—Vayan a popa, a sus camarotes; es el lugar más seguro. —Russell no se anduvo con rodeos y, con demasiada brusquedad, las empujó a la parte trasera del barco.

—¿Qué va a pasar ahora, Patrick? —preguntó Megan.

—Vamos a plantar cara al enemigo... No puedo entender qué hace una fragata americana tan al norte. Nos dijeron que estaban todas embotelladas en el puerto o capturadas. —Se estremeció.

Bethany vio su gesto mientras bajaba la empinada escalera que conducía a los camarotes.

—¿Qué... qué?

—Tiene que ser Black Byron —dijo Russell.

—¿Quién es Black Byron? —preguntaron ambas mujeres al unísono, mientras intercambiaban miradas nerviosas.

—El azote del Atlántico. Dicen que es como un fantasma, que aparece de la nada y luego se echa encima. Tenemos cielos azules y una visión perfecta, pero sigue pareciéndose a los fantasmas de sus padres. —El color de la cara de Russell era tan blanco como una sábana. Empujó apresuradamente a las dos mujeres al camarote de Bethany que el subteniente había puesto amablemente a su disposición.

—¿Los fantasmas de sus padres? —Bethany frunció el ceño.

—Sí, fueron asesinados durante la guerra de la Independencia por un despiadado coronel inglés que masacró a los habitantes de granjas enteras. Está aquí para vengarse.

Con esas palabras, el oficial se lanzó por la pasarela y subió los escalones hasta la cubierta. Cuando desapareció, sonó el primer cañón. Bethany y Megan gritaron cuando sintieron temblar la estructura del Capricornio.

Capítulo 5

Hacía poco que había cesado el estruendo de los cañones. Bethany y Megan podían oler el hedor acre del humo que se dirigía hacia ellas desde arriba. El sonido de los mosquetes continuaba. Se oían gritos, alaridos y el choque de objetos metálicos.

Megan tendió la mano a Bethany. Como si se leyeran el pensamiento, ambas retrocedieron unos pasos hacia el fondo del camarote, hasta que sus espaldas tocaron el entarimado de madera.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Megan, con los dientes castañeteando de miedo.

De mala gana, Bethany apartó la mirada de la puerta y miró a su amiga a los ojos.

—El capitán Cabot nos protegerá —dijo sin convicción.

—¿Contra un fantasma? ¿Cómo?

—No lo sé; simplemente lo hará. —Bethany se quedó pensativa un momento mientras los ruidos sobre ellas se hacían más potentes. El sonido de cientos de pies sobre la cubierta resonaba como la embestida de una manada de toros. Hubo más gritos de angustia intercalados con los gritos feroces de los hombres que seguían en combate.

—Ya ves, parece que vamos ganando —dijo Bethany, sintiéndose un poco más confiada.

—¿Cómo puedes saberlo?

Bethany se encogió de hombros. Pensó en algo para calmarse a sí misma y a su amiga. Hablar, sí, eso. Hablar siempre distrae.

—¿Esto se parece mucho a lo que soñaste, Megan?

—Tuve un sueño, no una pesadilla, y esto es una maldita pesadilla... ¿Y si el barco se hunde y seguimos en él? Ni siquiera sé nadar, Bethany.

Megan se estaba poniendo histérica. Bethany tenía que hacer algo.

—Ven, Megan, recostémonos en la litera y cerremos los ojos.

Megan se tomó su tiempo para decidirse. Por fin, asintió y se dejó guiar. Cuando se acostaron, Bethany empezó a rezar, repitiendo sus oraciones una y otra vez.

Bethany no supo durante cuánto tiempo rezaron juntas. No tuvo tiempo de culpar a su madre y a su padre; no tuvo tiempo de pensar en Arthur Ranson Murray. Todos sus sentidos y pensamientos estaban puestos en una sola cosa: sobrevivirían.

—Escucha, se acabó —dijo Megan, zafándose un poco del abrazo de Bethany—. Apenas se oye nada.

Bethany escuchó con atención. Lo único que oía era el crujido habitual de los maderos y el sonido de la corriente de aire que bajaba por la pasarela.

—Tienes razón... —Lo que quería decir a continuación se le pegó a la lengua—. Solo nos queda averiguar quién ganó.

Como a cámara lenta, Megan se volvió hacia ella. La expresión de su cara era de puro miedo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, pero no obtuvo respuesta.

Permanecieron en silencio durante lo que les pareció una eternidad mientras trataban de oír algo que pudiera explicar más claramente su situación. Entonces llegó el sonido de unos pasos pesados. Venían directos en su dirección.

—Espero que no entre —susurró Megan.

—Podría ser inglés —dijo Bethany—. Voy a echar un vistazo. —No se sentía tan valiente como sugerían sus palabras. Megan sacudió la cabeza con vehemencia y la agarró con más fuerza.

Oyeron más pasos. El silencio fue sustituido por una mayor sensación de urgencia. Gritos, maldiciones y más gritos descendieron hacia ellas desde la cubierta superior. Las dos mujeres intercambiaron miradas. Habría sido más fácil si el enemigo hubiera sido francés o español, porque entonces habrían podido oír quién daba las órdenes. En este caso, cualquier palabra coherente que llegaba a su camarote era inglesa.

De pronto escucharon abrirse la puerta y una voz que decía:

—Bueno, bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí?

Bethany y Megan giraron la cabeza en dirección a la voz del recién llegado. En el marco de la puerta había uno de los hombres más grandes que jamás habían visto. Tenía la cara llena de cicatrices, algunas de las cuales brillaban con un tono púrpura. Les sonrió. Sorprendentemente, aún conservaba todos los dientes. Tenía el pelo castaño y unos penetrantes ojos azules, capaces de matar en el acto.

Sin embargo, a pesar de su semblante feroz, Bethany detectó bondad en aquellos ojos. La enrevesada red de arrugas que los rodeaba hablaba de mucha risa y alegría. Aunque probablemente también fuera un asesino.

—Buenas tardes, señoras. —El hombre hizo una reverencia bastante cómica—. Soy el teniente primero John Jefferson, a su servicio. —Su acento era extraño. Todavía tenía algo de su país de origen, pero se diluía con otro acento. La madre de Bethany lo llamaría colonial—. ¿Qué les pasa? ¿Las he asustado? —Soltó una carcajada y luego bajó la mirada—. Ah, ya veo. —Rápidamente limpió la hoja de su espada que aún goteaba sangre en la tela de sus calzones que estaban igualmente manchados y la envainó—. Así está mejor. Perdonen por la sangre. Tuvimos una pelea allá arriba. Ahora está todo bien... pueden venir conmigo. —Extendió una mano

callosa y mugrienta y volvió a sonreír.

—¿Llevarnos a dónde? —preguntó Bethany.

—A ver al capitán, por supuesto. Él sabrá qué hacer con ustedes.

—Ah, ya veo —dijo Bethany, que hasta ahora había mantenido la calma. Poco a poco intentó deslizarse fuera del camastro. No lo consiguió. Tuvo que tranquilizar un momento a Megan, que no la soltaba.

—No se preocupe, jovencita. El capitán no te hará daño... ronronea como un gatito —dijo John amablemente y mostrando su sonrisa.

—¿Y usted? —Bethany seguía desconfiando de aquel hombre enorme, que tenía unas manos del tamaño de platos. Si quisiera, podría aplastar el cráneo de una mujer con ellas.

—El viejo John no le hará daño. Ya ha hecho todo el que tenía que hacer. —Volvió a carcajearse—. Vamos. —Al ver la reticencia de Megan, se acercó a ella—. Lo comprendo; una chica guapa como usted debe de estar asustada con tanto tiroteo y lucha de espadas. Deje que el viejo John le eche una mano.

Megan retrocedió. Bethany aún no sabía qué pensar de él. La invadieron emociones contradictorias. ¿Debería golpearle en la cabeza con el taburete que había en el camarote? Descartó la idea en cuanto se le ocurrió. El cráneo de John probablemente haría añicos el robusto mueble como una débil ramita contra una piedra.

Pero, para su sorpresa, no le hizo falta. Milagrosamente, el fornido marinero había levantado a Megan en brazos y la llevaba como si fuera a cruzar el umbral de su nuevo hogar.

—Cuidado con la cabeza, señorita. Se está muy apretado dentro de una fragata. Estará mucho más cómoda a bordo del Poseidón. Tenemos mucho más espacio que en esta vieja bañera.

—¿El Poseidón? —preguntó Bethany.

—Sí, ese es nuestro barco. El capitán también está muy orgulloso de él —dijo John, sacando con cuidado su preciosa carga del camarote. Se tomó un momento para estudiar la temblorosa figura de Megan—. Es muy bonita, muchacha —canturreó.

—¿Podría decirme el nombre de su capitán? —preguntó Bethany, completamente avergonzada por los modales del enorme marinero.

—Capitán Brian Travers —dijo John, al tiempo que susurraba algunas palabras tranquilizadoras a Megan.

—Por casualidad no será Black Byron, ¿verdad? —Bethany se estremeció con solo mencionar el nombre.

—Sí, el mismo. Vosotros los ingleses sí que le habéis puesto un nombre extraño. Es el hombre más agradable que conozco y el mejor de los amigos. Ya lo verá. —Con estas palabras desapareció por la escalera y por la puerta de arriba—. ¡¿Viene?! —gritó.

Bethany no compartía en absoluto su entusiasmo. Pero no tenía elección. Tendría que enfrentarse al capitán en un momento u otro, y que la condenaran si dejaba a la pobre Megan a merced de aquel pirata, por muy dulce que le dijeran que era.

Tragando saliva, subió los escalones y salió por la popa del barco, donde estaban los camarotes. Al principio, la luz del sol le nubló la vista y la hizo estornudar. Unas carcajadas estridentes siguieron a esta acción. Tardó unos instantes en ajustar la vista.

Mientras esto ocurría, no podía asimilar todos los ruidos a su alrededor. Nada sonaba como si hubiera habido una pelea. Las bromas eran joviales. Lo único que delataba esta supuesta tranquilidad eran los gemidos de los hombres heridos.

Al fin distinguió la silueta de un hombre. Su primera impresión fue que era alto y tenía los hombros anchos. Cuando lo enfocó mejor, pudo ver su cara. El hombre que tenía delante no solo era alto, sino que sobresalía por encima de ella y tenía los cabellos oscuros. Sus rasgos eran

hermosos y cincelados, y rebosaban de masculinidad... y virilidad sin límites. Bethany sintió que su boca se abría en una mueca.

—Capitán, ella es... —John dejó a Megan en el suelo. Después de asegurarse de que estaba estable sobre sus pies, se rascó la cabeza.

—Olvidaste preguntarles sus nombres, ¿verdad, John? Es increíble cómo pierdes toda función cerebral cuando estás en presencia de mujeres.

El hombre apuesto, que también era el capitán, rio entre dientes y, junto con él, muchos de los hombres. Bethany no podía creer que el hombre que tenía delante tuviera algún tipo de mando. Su abrigo azul fruncido mostraba claros signos de desgaste en los hombros y alrededor de las muñecas. Tenía la cara cubierta de manchas negras, como si hubiera sido él quien disparaba los cañones. Un rápido vistazo a los prisioneros apiñados al otro lado de la cubierta le dio la razón. El capitán Cabot seguía meticulosamente vestido.

—Sus nombres, por favor —preguntó el capitán con un tono cautivador, que distrajo la atención de Bethany.

—Megan Fraser, Su Señoría. —No dudó en contestar Megan, que ya parecía más dispuesta a hablar.

Los hombres estallaron en carcajadas, obligando a Megan a sonrojarse.

—¿Y usted? —La mirada inflexible del capitán se desvió hacia Bethany.

El color de sus ojos era azul como el mar y el cielo.

—Soy la señorita Bethany Norbert. Mi doncella y yo buscamos pasaje en el Capricornio hacia la América Británica... vamos a ser recibidas por mi prometido, lord Ranson Murray, hijo del duque de Benson. —Bethany no supo por qué tuvo que mencionar a su prometido.

—¿Las dos? Qué suerte tiene este francés del Temple —dijo el capitán sonriendo.

Sus hombres estallaron de nuevo en estridentes carcajadas. Gritaron de forma lasciva que los británicos tenían más de una esposa con la que jugar y que probablemente era la razón por la que estaban tan envarados todo el tiempo. Incluso el capitán, que solía mostrarse taciturno, no pudo evitar reírse.

Por primera vez, Bethany se sonrojó por culpa de un hombre. Era extraño, porque no se sentía avergonzada; la sensación era otra, algo desconocido para ella. Intentó mirar fijamente al capitán, pero no tenía poder sobre aquel hombre. Él era una torre de autoconfianza.

—Bueno, ahora que ya se ha divertido, ¿podría hacerme el honor de presentarse? —Fue lo único que se le ocurrió decir a Bethany.

—¡Silencio! —gritó el capitán.

Las mujeres se estremecieron ante la potencia de su voz. En un abrir y cerrar de ojos, la cubierta quedó en un silencio sepulcral. Bethany y Megan se encontraron mirando a los marineros a su alrededor. En menos que canta un gallo, habían pasado de ser una turba alborotada a un colectivo que hacía gala de una disciplina perfecta.

—Capitán Brian Travers, a su servicio, señora. —Incluso hizo una pequeña reverencia.

Bethany tragó saliva. Aquel hombre tenía ahora todo el poder que quisiera sobre ella. Nunca había sentido sensaciones semejantes: unas embriagadoras oleadas de calor que acariciaban su piel.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para controlarse. «No hay por qué temer a este hombre —pensó, malinterpretando completamente sus sentimientos—. Es un yanqui despreciable y un traidor». Examinó el barco. Probablemente, la mitad de los hombres que había en el barco eran súbditos británicos que traicionaron a su país. Bethany recordó las numerosas deserciones que se habían producido en la Marina Real desde el comienzo de la guerra en 1812.

—¿Qué tiene pensado hacer... con la tripulación? —preguntó Bethany, temiendo cada vez

más su destino, a medida que pasaban los minutos.

—La tripulación tiene la opción de unirse a la Armada Americana. Los que no lo deseen serán encarcelados mientras dure la guerra. Y los oficiales serán tratados como dicta su rango. ¿Algo más? —Los ojos del capitán Travers se oscurecieron.

—Ya veo... ¿y qué va a ser de nosotras? —Bethany señaló a Megan.

—Aún no lo sé. —Con esas palabras, el capitán giró sobre sus talones y comenzó a dar órdenes.

La tripulación del barco se puso en movimiento, corriendo de un lado a otro. Tripulantes americanos armados empezaron a reunir a los cautivos en grupos, dividiendo a los hombres que deseaban unirse a la causa americana y a los que preferían permanecer leales a la corona. John cogió a Megan de la mano y se acercó a Bethany.

—Será mejor que venga conmigo.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—Al Poseidón... —Al ver la mirada interrogante de Bethany, John añadió—: Nuestra nave. Ahora, vamos.

—¿Y nuestras cosas?

—Serán transportadas a bordo por algún marinero. Debemos ser rápidos. El capitán quiere ponerse en marcha cuanto antes.

Un grito se oyó procedente del Poseidón. Era de nuevo el capitán Travers, bramando órdenes. Bethany se preguntó cómo había subido tan rápido a su barco.

—Es un bastardo impaciente. Pero es el mejor hombre que hay —dijo John, llevándolas hacia una pasarela que habían instalado para transportar el botín.

Capítulo 6

En ruta hacia la bahía de Chesapeake, Estados Unidos de América

Diciembre de 1813

Llamaron a la puerta del camarote del capitán Travers. Irritado, este levantó la vista de su grueso cuaderno de bitácora de cuero.

—¡Adelante!

La puerta de madera crujió al abrirse. Era John, su segundo al mando.

—Deberíamos tocar tierra mañana, capitán.

—Bien, bien.

Brian Travers no sentía la misma felicidad que cualquier otro marino ante la perspectiva de volver a casa. A pesar de haber comenzado como de costumbre, su viaje había tomado un rumbo completamente distinto.

Había tenido éxito, como mínimo. Tras burlar primero el bloqueo costero establecido por la superior flota británica, el Poseidón había zarpado hacia el mar Caribe para hostigar los intereses británicos allí. Él y sus hombres habían conseguido capturar cuatro mercantes: su parte del premio en metálico sería considerable.

Pero nada como el premio que obtendría por el Capricornio. Era la verdadera presa del viaje. La parte de Brian consistía en una cuarta parte del valor de los buques incautados y su contenido. Pero eso no era lo que tenía en mente.

El ángel de cabello moreno que había caído por casualidad en sus manos le nublaba la mente. Ella estaba en todas partes. Cuando dormía, soñaba con ella. Durante el día, cuando paseaba por cubierta y dirigía palabras de aliento a sus hombres, ella también estaba allí.

Por la noche, Bethany era un fragmento de su imaginación tan real como lo era durante el día. Ella apenas le dirigía la palabra y, cuando lo hacía, le insultaba. A Brian nunca le habían llamado tantas cosas a la vez. Ella le había llamado traidor, canalla, sinvergüenza, pillo, ladrón y raptor de mujeres. Y eso solo por nombrar algunos insultos.

Pero a pesar de eso, se sentía atraído por ella de un modo que nunca había creído posible. Era hermosa, sí. Brian no se cansaba de admirar su pelo negro, que ondeaba suavemente con la brisa como si flotara hacia el cielo. Su rostro era un mapa del tesoro. Cada día se esforzaba por acercarse lo suficiente a ella para descubrir otro aspecto encantador.

Estos acercamientos terminaban invariablemente con ella lanzándole improperios. Sin embargo, valía la pena. Justo esa mañana, Brian había visto que ella tenía ligeras hoyuelos en las mejillas cuando se reía. Naturalmente, su alegría había terminado en el momento en que ella había notado su presencia. Pero también le encantaba su aspecto cuando estaba furiosa. Había algo animal en ella cuando desahogaba su pasión por algo.

Brian solo esperaba poder descubrir algo más sobre su mente. En la última semana, ella apenas había pronunciado una palabra durante la cena. Solo gracias a Megan y John hubo algo parecido a una conversación en la mesa. Lo único que hacía Bethany era fruncir el ceño cuando él hablaba.

—Capitán, el cocinero dice que comeremos carne esta noche.

Brian le dirigió a John una mirada fulminante.

—¿No es un poco extravagante?

El hombre se encogió de hombros.

—Estamos cerca de casa, y pensó que sería buena idea sacrificar una ternera o dos para celebrar nuestro exitoso viaje... No veo qué problema hay con eso. Hará felices a los hombres.

—No lo entiendes. Bueno, déjame decirte algo. Cuanto más nos acercamos a la costa, más peligroso se vuelve para nosotros. La Marina Real está en todas partes. Bastaría con que uno de sus buques de línea acompañado por una de sus naves más rápidas nos atrapara. Los bastardos nos están ganando poco a poco en nuestro propio juego. —Brian se refería a la forma en que los británicos habían adaptado sus tácticas navales desde que se toparon con la superior fragata estadounidense, más rápida y poderosa que su homóloga británica. La fragata estadounidense superaba en armamento a la británica y en navegación a un navío de línea de ochenta y nueve cañones, dejando indefensos a los británicos—. Esperaba más de ti, John. Tienes la cabeza tan metida en las faldas de esa muchacha que ya no distingues estribor de babor —le espetó Brian.

John parecía avergonzado.

—Lo siento, capitán. No volverá a ocurrir. —Se dispuso a salir del camarote.

—John... —lo llamó Brian, al saber que había pagado su frustración con él. Que su amigo tuviera más éxito con Megan, no significaba que estuviera eludiendo sus obligaciones. Al contrario, John mostraba más entusiasmo que nunca, si es que eso era posible.

Brian se comportaba como un niño estúpido en su primer enamoramiento. Nunca se había acercado a una mujer, nunca había querido hacerlo. Brian siempre había considerado el amor como una vulnerabilidad. Abría el corazón de una persona y debilitaba su determinación.

Había jurado que nunca sería el hombre que fue su padre. El amor de este por su madre había sido tan fuerte que se había arrojado a las llamas en un intento por salvar a su esposa, y había muerto. Brian se estremeció al pensarlo. La guerra había arruinado su infancia y

endurecido su naturaleza.

Apretó los labios. Decidió que dejaría de adular a Bethany. La trataría con cordialidad y un respeto distante. Después de todo, era una valiosa moneda de cambio. La mujer le reportaría a él y a su tripulación una buena suma cuando fuera rescatada por los británicos.

—Lo siento, John —dijo antes de que el otro hombre tuviera la oportunidad de salir de la cabina—. Estaba hablando fuera de lugar. Sirve carne, los hombres se la merecen.

John vaciló en la puerta.

—Capitán...

Brian volvió a levantar la vista de su cuaderno de bitácora.

—¿Sí?

John entró tímidamente en el camarote. Conocía el humor de su amigo por los muchos años que habían trabajado y servido juntos. Antes de la guerra, él había sido capataz en la finca de Brian en el estado de Virginia. Era donde había crecido y donde su padre, antes que él, había ocupado el mismo puesto al servicio del padre de Brian.

John era el único hombre al que Brian respetaba y apreciaba. No tenía más amigos entre los suyos, que eran la élite de la sociedad. Le parecían tediosos, arrogantes y crueles. En el caso de John, consideraba bárbaros a los otros capataces que frecuentaban las tabernas. Brian y John eran en cierto modo lo mismo, aunque de clases sociales diferentes.

—¿Puedo hablar claro, capitán?

Brian frunció el ceño.

—Por supuesto. Siempre lo haces. —Sonrió por primera vez desde que John entró en el camarote.

—Muy bien, Brian —comenzó, volviendo a la forma en que se dirigía a él cuando estaban

solos juntos—. ¿Te gusta...?

—¿Quién?

John se rio entre dientes.

—Bethany. Debo decir que es una mujer hermosa. Y debo añadir, un contrapeso ideal para tu fuerte personalidad.

—Permíteme detenerte ahí mismo. No siento nada por esa mujer. Ella es un dolor de muelas, arrogante e insufrible.

—Eso es una tontería y lo sabes. Sabes que no puede dejar de hablar de ti. —John sonrió cuando notó algo que decidió que era esperanza en la cara del otro hombre.

—¿Y cómo lo sabes exactamente?

John se encogió de hombros.

—Como ya has sugerido de forma tan descarada, paso mucho tiempo con Megan... y ella me lo ha dicho. Ella también opina que vosotros dos haríais una pareja encantadora. Ella lo soñó, ya sabes.

Brian soltó una carcajada.

—Lo soñó, ¿qué significa eso?

—Pues que vio en sus sueños que estábamos predestinados. Megan y yo somos solo una parte de la ecuación. Ahora, depende de ti y de Bethany que cumpláis vuestro destino. —La expresión en el rostro de John parecía esperanzada cuando Brian suspiró.

—No tengo tiempo para una mujer... y además, Bethany me desprecia.

John arqueó las cejas. Se dio cuenta de que lo que Megan y él habían planeado iba a costar mucho más trabajo.

—¿Por qué no intentas entenderla? Quiero decir que todo lo que haces es gruñir y contar

historias de la guerra y de cómo los americanos van a ganarla.

—Bueno, lo vamos a hacer.

—Puede ser, pero intenta verlo desde su perspectiva. Es una orgullosa mujer inglesa y forma parte de la nobleza. Por supuesto, ella encontrará tal charla ofensiva a sus orígenes. ¿Qué patriota que se respete a sí mismo no lo haría? —dijo John ante la mesa de Brian.

—Se va a casar —dijo este cambiando de tema—. ¿Qué clase de hombre sería, si arrancara a una mujer de los brazos de su prometido?

—Oh, vamos, ella odia al hombre con el que está prometida. Teme la perspectiva de llegar a Canadá.

Fue el turno de Brian de arquear las cejas.

—¿Más retazos de información de tu infinito pozo de conocimientos?

—Sí. Megan dijo que es un verdadero gusano. Bethany fue forzada a esa unión por sus padres. Ella no quiere al hombre —aseguró John.

—¿Quieres saber algo?

—¿Qué? —John puso las manos sobre el escritorio, imponiéndose a su superior.

—¿Cómo encuentras tiempo para hablar tanto y seguir dirigiendo este barco?

John soltó una carcajada.

—Cuando sientes lo que yo siento por Megan, todo es posible. —Se encogió de hombros—. ¿Tienes alguna queja sobre la forma en que manejo mis deberes..? —Guiñó un ojo—. ¿Señor?

—No, no puedo decir que la tenga. —Toda esta charla sobre mujeres lo estaba volviendo aprensivo. No estaba acostumbrado.

—Bien. Tendremos una verdadera fiesta esta noche. Estoy impaciente. Megan está ayudando al cocinero, así que nos espera un buen festín. —John miró a su capitán—. ¿Alguna

cosa más, señor? —preguntó, volviendo a su trato formal.

—No, eso es todo por ahora.

Brian no oyó a John salir del camarote. Su mente estaba ocupada pensando en Bethany. La hora de la cena se acercaba y no tenía ni idea de cómo iba a ablandarla un poco y tal vez sacarle una sonrisa. Inmediatamente descartó el último pensamiento.

Capítulo 7

Brian se paseaba arriba y abajo en su llamado «gran camarote», que abarcaba toda la anchura de la popa del barco. Mientras tanto, un pinche preparaba la mesa para la cena. Brian había ordenado que se pusiera sobre la mesa la mejor vajilla de plata. Todo era botín de los navíos que había tomado en el transcurso de la guerra. En otras palabras, Bethany cenaría con adornos y vajilla ingleses a su alrededor.

Él llevaba su mejor uniforme de gala. Por lo general, se abstendría de ello, pero de alguna manera, él creía que Bethany podría preferir a un hombre de apariencia elegante.

Aún le molestaba que, cuando ella había hablado durante la cena los últimos días, sus atenciones se dirigieran casi siempre al capitán inglés. Ella le concedía el respeto y la deferencia que él tanto ansiaba recibir. Brian no entendía por qué. ¿Acaso no era él quien había derrotado al capitán Cabot en combate abierto? ¿No era él el más varonil de los dos?

Apretó los labios. Se había comportado como un caballero con el capitán inglés, permitiendo que asistiera a la cena todas las noches, y para nada.

Esta noche, Brian tendría la oportunidad de demostrarle a Bethany que era tan buen conversador como el capitán Cabot, si no mejor. De todas formas, se había asegurado de que el capitán no les molestara, al ofrecerle pasar la hora de la cena en cubierta. Una oportunidad que el inglés no desaprovechó en aceptar.

Llamaron a la puerta de la cabina y Brian se tensó. ¿Ya era la hora? Se volvió lentamente hacia la puerta.

—Adelante —ladró.

La puerta crujió al abrirse. A Brian le pareció una eternidad hasta que la puerta se entreabrió del todo.

—Buenas noches, capitán —dijo Bethany, entrando en la cabina. Miró a su alrededor—. ¿Cenaremos solos esta noche?

Él tragó saliva.

—Buenas noches, Bethany... señora —murmuró.

No había pensado en eso. Cenar solos... «Te voy a matar, John», se dijo. Puede que el capitán Cabot y sus oficiales no estuvieran invitados, pero eso no significaba que su fiel primer teniente, John, y Megan, no lo estuvieran. De nuevo, estaba nervioso por estar a solas con ella.

—¿Sería tan amable de ofrecerme algo de beber, capitán?

Su visión se centró. Estaba preciosa. Bethany iba vestida a la última moda, decidió. Lo pensó porque nunca había visto nada parecido a su atuendo en las mujeres que frecuentaban la ciudad de Richmond, cercana a su casa. Brian a menudo la consideraba un ángel, aunque su trato con él se parecía más al comportamiento de un heraldo del diablo. Esta noche, ella era ese ángel.

El vestido blanco era muy ligero y holgado, y lucía unos brazos escandalosamente desnudos. La prenda subía desde sus tobillos hasta justo debajo del pecho, donde había un fino dobladillo muy marcado que envolvía su esbelto físico. El lazo era de color rosa, lo que le daba un aspecto casi virginal.

Un largo chal rectangular del mismo color, con un borde decorado, le colgaba de los hombros, manteniéndola abrigada contra la brisa marina. Estaba impresionante. Brian se quedó sin palabras. No sabía dónde mirar. Sus ojos recorrieron su persona desde los tobillos hasta las piernas, absorbiendo su, para él, perfecta figura.

Lo que más le cautivó fueron sus brazos desnudos. El color de su piel era más puro que la

nieve que caía en invierno en los alrededores de su finca. Sus manos eran delicadas, casi frágiles. Cuando llegó a la parte superior del pecho, se quedó sin aliento: más piel desnuda para deleitarse la vista. Su mirada danzó por el cuello perfectamente modelado hasta que se detuvo: un verde penetrante lo sacudió de aquella contemplación celestial.

—Puede darse prisa en evaluarme, Me gustaría tomar algo de beber antes de que amanezca —dijo ella con un brillo travieso en esos seductores ojos que alternaban entre la diversión y la curiosidad.

—Yo, por supuesto... —Brian tropezó con el armario de las bebidas, que estaba asegurado en todos los lugares correctos, en caso de mar agitado—. ¿Estará bien un jerez? —graznó.

—Siempre pensé que los piratas bebían ron. —Bethany se burló de él cuando se volvió para mirarla con las cejas levantadas—. Pero un jerez estaría bien, gracias.

«Está jugando conmigo, la muy descarada. ¿Qué clase de mujer es esta?. —Brian sirvió las bebidas con rapidez y regresó a donde ella estaba en el centro de la gran cabina. Bethany le dio las gracias dulcemente cuando él le entregó el vaso.

Brian levantó su copa y se la llevó lentamente a los labios.

—¿Qué, no hay brindis? Habría esperado algún tipo de homenaje del capitán de un barco tan flamante como este —dijo Bethany, con los ojos brillantes.

—Bueno... no sabía que usted quisiera brindar con un desalmado como yo. Incluso creo recordar otros apelativos más desagradables que no hace mucho me dirigió. —Brian alzó una ceja a la espera de su respuesta.

Pero Bethany solo sonrió, algo completamente inusual en ella.

—Debe comprender mi comportamiento. El miedo que una mujer siente al ser capturada por piratas…

Brian no recordaba ver el miedo en los ojos de ella cuando le insultaba, pero decidió

callarse. En su lugar, le hizo una solemne reverencia.

—Le pido disculpas por el terror que causé a una dama tan delicada como usted y su doncella —dijo él con gravedad.

El asomo de una sonrisa le dejó claro a Brian que su temerosa cautiva se estaba divirtiendo a su costa, pero no se molestó, al ser una novedad que conversara con él. Aunque solo fuera para burlarse.

—Acepto sus disculpas, capitán, ya que es evidente su sinceridad.

—Por supuesto —se apresuró a decir él, y ambos tuvieron que contener una sonrisa—. Por la victoria —continuó diciendo Brian, sin querer que el buen humor de la dama se desvaneciera.

—¿De quién? ¿La suya, o la nuestra? —La expresión del rostro de Bethany pasó de juguetona a cautelosa.

—¿Qué le parece si por esta noche nos quedamos en zona neutral? —Brian esperó a que ella mostrara algún tipo de reacción. Observó atentamente la expresión de su rostro. Sintió que la esperanza le recorría cuando su mirada penetrante se suavizó un poco y al fin sonrió.

—Muy bien. Por la victoria —dijo Bethany, acercando su copa a la de él.

Brindaron y bebieron, siguiendo después un silencio que, para sorpresa de Brian, no resultó incómodo. Vio cómo Bethany se deslizaba por la cabina, inspeccionándolo todo.

—¿Herencias familiares? —preguntó ella, señalando con el dedo uno de los candelabros de plata de la mesa.

—No, los capturamos en la costa... —Bethany se detuvo en seco. Tragó saliva, pensando en otra forma de explicar los orígenes del botín, pero Bethany no le dio tiempo a pensar en nada, al seguir con su escrutinio.

—Más botín pirata... mm... tiene bastante éxito en lo que hace, capitán. Dígame, ¿cómo

llega un hombre a estar en su línea de trabajo?

Brian sintió que la rabia le recorría el cuerpo. Ella le hablaba como si fuera una especie de bucanero, y no un patriota al servicio de su país.

—Siempre me gustó navegar. Lo hacía a menudo cuando era niño. —Bebió un sorbo de jerez—. Y cuando estalló la guerra entre nuestros dos países, aproveché la oportunidad para unirme a la causa. Planeé y pagué este barco de mi propio bolsillo. El Almirantazgo de mi país no pudo negarse a ofrecerme una comisión como... cómo decirlo... como agente libre al servicio de mi país.

Fue el turno de Bethany de sorprenderse. Le asombraba que un hombre gastara tanto de su fortuna personal por el bien de su país.

—Es muy noble por su parte... aunque actúe sin la autoridad directa de sus superiores —dijo, sin poder abstenerse de incluir las palabras finales.

—Me alegro de que piense así. ¿Quiere sentarse? —Cuando ella asintió, Brian la ayudó y se sentó también. Esperó a que ella se acomodara antes de volver a hablar—. Cuando su país inició el conflicto entre nuestras dos naciones, me sentí agraviado, al igual que muchos de mis compatriotas.

—Cuando mi país empezó…. Fue una fragata americana la que atacó a la balandra Little Belt, pensando que era otro barco. Nueve marineros británicos murieron aquel día —dijo Bethany con convicción.

Por un instante, a Brian le sorprendió que ella conociera tales detalles.

—Si no me equivoco, fue su país el que inició el bloqueo continental de Europa, que era ilegal, si me permite decirlo. Además, los barcos de la Marina Real detenían a los mercantes americanos en busca de marineros, a los que impresionaban para que sirvieran a la corona.

—¡Por Dios! Ustedes los americanos pensaron que, como estábamos ocupados luchando

contra Napoleón, tendrían la oportunidad perfecta para atacar las posesiones británicas en América. —Bethany golpeó la copa jerez contra la mesa. Dios, este hombre era exasperante.

—Los británicos pagaron a las tribus indias para que atacaran a pacíficos granjeros fronterizos. Los masacraron hasta el último hombre, mujer y niño —prosiguió él, sin querer darse por vencido.

Bethany tragó saliva. No lo sabía.

—No pueden ganar —dijo al fin, apenas en un susurro. Intentó desterrar la idea de que sus compatriotas recurrieran a semejante barbarie.

—Ya lo veremos. —Brian ordenó que trajeran más vino. Si iba a tener que pasar una velada con aquella mujer imposible, más le valía hacerlo en un estado de ligera embriaguez.

—Sí, lo haremos —insistió Bethany, sin querer darse por vencida, y se bebió de un trago la copa de vino.

Todos los planes anteriores de Brian de ser más cortés se esfumaron mientras la discusión continuaba. Al cabo de otros veinte minutos, seguían insultándose, subiendo cada vez más el tono.

—¿No podemos dejaros solos un minuto? Esto es ridículo —dijo John, entrando en el camarote. Ya no le importaba estar a bordo del barco. En este caso, sería el amigo de Brian, y no su subordinado—. Megan y el cocinero se tomaron muchas molestias en preparar la carne para que fuera lo más parecida posible a un *rosbif*.

Bethany y Brian le miraron como si les hubieran sorprendido robando en el almacén. No se miraron ni una sola vez.

—¿Qué está pasando? —preguntó Megan, entrando en la cabina. Guiaba con orgullo a dos de los marineros que llevaban la comida. Miró a Bethany y a Brian y, de inmediato, comprendió lo que estaba ocurriendo—. Oh —dijo.

John esperó a que los marineros se fueran antes de hablar.

—Vais a disculparos los dos. —Los fulminó con la mirada. Su gran tamaño le daba un aspecto intimidatorio—. Estoy esperando —añadió.

—Soy el capitán de este barco, John. No puedes hablarme así. Es insubordinación, motivo de consejo de guerra —dijo Brian en voz demasiado alta. Se arrepintió de las palabras en cuanto salieron de sus labios.

—Oh, cállese. —Bethany se puso de pie—. Es tan engreído que utiliza su rango hasta delante de su amigo. Ya he tenido bastante de la compañía de este hombre. Es un fanático y un tonto. No tendré nada más que ver con gente como él. Buenas noches. —Salió del camarote antes de que nadie pudiera decir nada más y sin haber probado bocado.

Megan se apresuró a preparar un plato de comida, llenó de vino la copa de Bethany y la siguió fuera de la cabina. Cuando ella se hubo ido, John empezó a trinchar la carne y dispuso con cuidado dos platos cargados de comida, al lado de la jarras de vino que había sobre la mesa, Después, simplemente se sentó.

—¿Quieres decirme de qué va todo esto? —preguntó John, pinchando un trozo de ternera con en su tenedor.

—No. Solo quiero comer y beber vino. —Brian atacó su plato con ganas—. Para mañana nos habremos librado de ellas y podremos volver a casa por Navidad —dijo con la boca medio llena.

—¿Ellas? —preguntó John.

—Sí, ellas. No creo que Megan deje sola a su señora... ¿y tú? De todos modos, ¿qué importa? Me encargaré de que se alojen en Richmond mientras esperamos noticias del rescate.

—A mí me importa. Quiero a Megan —dijo John, que había dejado de comer. Miró fijamente a su amigo y superior con una mirada hostil.

Brian bebió un buen trago de vino y enseguida volvió a llenar su vaso.

—Vamos, John. Apenas conoces a la chica.

—A veces puedes ser un bastardo sin corazón, Brian. —John echó su silla hacia atrás. Dirigió a la mesa una mirada compungida—. Ah, al diablo. —Trinchó un poco más de carne y se sirvió unas verduras, cogió una jarra de vino y su vaso y salió del camarote.

Brian se sorprendió. Desde que conocía a John, nunca había hecho algo así. Se recostó en su silla, pensativo. Tal vez sí que amaba a Megan, supuso, y supo de inmediato lo que tenía que hacer. John era su única familia. Había sacrificado mucho por él, así que ya era hora de que le devolviera el favor, por desagradable que fuera la perspectiva.

Capítulo 8

Desde la bahía de Chesapeake hasta Virginia, Estados Unidos de América

Diciembre de 1813

—Pensé que nos libraríamos de él después de la debacle de la otra noche —le dijo Bethany a Megan.

Esta se encogió de hombros y se puso el grueso chal de lana que llevaba alrededor. Fuera hacía un frío que pelaba. No esperaba que el invierno americano fuera tan crudo.

—Estoy contenta. Significa que puedo pasar más tiempo con John. —Sonrió—. Creo que me va a pedir que me case con él.

Bethany se acercó a su doncella, que se había convertido oficialmente en su amiga. Megan seguía cumpliendo con sus deberes, aunque de un modo más familiar.

—Me alegro mucho por ti, Megan. Es una noticia maravillosa. —Suspiró.

—No te preocupes. Ese yanqui testarudo va a recapacitar. Y cuando lo haga, será un buen marido para ti. Ya lo verás. Lo que soñé en Inglaterra se está haciendo realidad.

La expresión del rostro de Megan era tan segura e inquebrantable que hizo estremecerse a Bethany.

—¿Yo casarme con ese hombre? Jamás. Ya es bastante malo que tengamos que pasar las

Navidades en su finca. Ya deberíamos estar en Canadá —siseó. El vapor acompañó sus palabras cuando el calor de su aliento entró en contacto con el aire helado.

—¿Y qué tienes allí? Una hermana que actuará como tu carcelera y un prometido al que desprecias. Créeme, Bethany, estás mucho mejor aquí.

Bethany no quería oír hablar más del tema. Cuando el Poseidón había desembarcado en Baltimore, ella había esperado que la dejaran libre. Sin embargo, el capitán Travers había insistido en que ambos pasaran las Navidades con él y John. Había dicho que en cuanto mejorara el tiempo les facilitaría un pasaje a Canadá. Bethany no confiaba en él lo más mínimo. En su opinión, Travers no era más que un pirata que buscaba el mayor beneficio para sí mismo.

El repiqueteo de los cascos de los caballos contra el suelo helado llenaba el aire. El carruaje que los llevaba a la finca de Travers en Virginia iba a gran velocidad. Bethany agradeció que Travers hubiera decidido montar él mismo para no tener que estar constantemente cerca de él.

Miró por la ventana. Su vista se abría sobre un largo bosque, a través del cual se veía el rico colorido del atardecer que se aproximaba, fundiéndose en imperceptibles gradaciones en el solemne gris del cielo. Unas colinas oscuras, cuyo contorno se distinguía en el vivo resplandor del horizonte, cerraban perfectamente la perspectiva.

El paisaje nevado que lo rodeaba era impresionante. Parecía cabecear a cada murmullo del viento frío. Las copas de los árboles se mecían rítmicamente a su suave caricia, bailando de una forma que solo los árboles pueden hacerlo.

La interminable hilera de frondosos bosques parecía aislar aquel lugar del resto del mundo. Con frecuencia, una vista natural ofrecía una panorámica del campo, rematada por colinas que, retirándose en la distancia, se desvanecían en el horizonte azul y gradualmente oscuro.

A veces, un arroyo, variado y musical en su curso, añadía un elemento acuático a la magia que les rodeaba.

Era romántico, decidió, muchísimo. Bethany miró a Megan, que estaba ensimismada. Tenía una expresión de felicidad. Qué maravilloso debía de ser este viaje para ella. Y sin embargo... para Bethany... era una especie de cárcel. Si estuviera en Canadá, estaría a merced de lord Ranson Murray, y aquí...

Entonces, allí estaba él, bloqueando su visión: Brian Travers, a horcajadas de su caballo, resplandeciente en su vestimenta civil. Bethany tuvo que tragar saliva. Era un hombre apuesto, fuerte, orgulloso y dueño de su entorno. Él miró en su dirección, como si hubiese notado que lo miraba embobada. Él se llevó la mano al pico del sombrero en señal de saludo y siguió galopando hasta perderse de vista.

Después de pasar la noche en Washington DC, esa joven ciudad fundada en 1790, pero terminada en 1800, habían emprendido el tramo final de su viaje.

A Bethany le había impresionado la nueva capital, que había tomado el relevo de Filadelfia hacía poco más de diez años. Le sorprendió que un francés convertido en estadounidense, Pierre Charles L'Enfant, fuera el responsable de su trazado y planificación. A juzgar por lo impresionante del Capitolio y la Gran Avenida, que lo conectaba con la Casa del Presidente, estaba segura de que la ciudad se transformaría en una urbe notable en un futuro no muy lejano.

El cielo era azul. De vez en cuando, una o dos nubes añadían motas de blancura al lienzo. Al igual que el día anterior, el paisaje era impresionante. Parecía no tener fin.

—Mira, Bethany, creo que hemos llegado —dijo Megan, asomando la cabeza por la ventanilla, a pesar del frío cortante.

Bethany hizo lo mismo. Miró al frente.

—Esto no puede ser. —Pero entonces pensó en todo el botín que Travers reclamó cuando era el capitán de su barco.

—Sí, lo es. Es magnífico. Nunca he visto nada tan soberbio —gorjeó Megan por encima del

ruido de los cascos de los caballos.

—Sí —murmuró Bethany.

La casa o mansión que aparecía con rapidez en la distancia estaba diseñada en un estilo paladiano. Filas y filas de robles conducían a la gran estructura. «Quienquiera que hubiese diseñado el terreno y la casa, sin duda tenía buen gusto», se dijo Bethany cuando el carruaje la llevó entre los elegantes árboles que bordeaban el camino.

El bloque principal de la casa era un *corps de logis* de dos pisos, la parte principal del edificio cuando se habla de casas, mansiones o palacios clásicos. Lo flanqueaban dos alas secundarias de una sola planta que, obviamente, se habían añadido posteriormente.

El edificio principal y las alas tenían tejados a cuatro aguas con buhardillas. En lo alto de la estructura había una pequeña aguja coronada por una estatua dorada de algo parecido a un hombre.

Bethany tomó nota mental de preguntar a Travers a quién encarnaba la estatua del personaje del tejado, pero recordó que no volvería a hablar con él.

A pesar de sí misma, a menudo se sorprendía mirándole. Estas miradas se producían en los momentos más inoportunos. Una vez, Brian había ayudado a los cocheros a reparar los radios de una rueda. Su fuerza y habilidad la habían dejado sin aliento. Brian le había sonreído al verla estudiando su impresionante físico.

Bethany se había alejado después de eso, buscando un consuelo extraviado en su mente confusa.

—Hemos llegado. Bienvenidos a Old Red Oaks[3], la casa ancestral de mi familia. Fue construida en 1765 por mi abuelo y terminada por mi padre. Vengan. Zachary les mostrará sus aposentos —anunció Brian, acercándose a ellas y abriendo la puerta del carruaje.

Bethany y Megan salieron del transporte. Cerca de ellas había un hombre negro vestido de

mayordomo.

—Buenas tardes, señoras. Me llamo Zachary, y tengo el placer de acompañarlas a sus habitaciones.

Bethany miró a su alrededor mientras seguía al hombre alto hasta la casa. Dentro, todo era igual. Todas las criadas y lacayos eran de piel oscura.

—Tiene esclavos aquí —siseó al oído de Megan.

—¿No hay esclavos en Jamaica? —preguntó Megan, poniendo los ojos en blanco ante otro intento de Bethany de encontrar algo malo en la casa de Travers y en su persona.

—Esa no es la cuestión. No tenemos esclavitud en Inglaterra. Esto es una barbaridad.

—Pero la mansión es preciosa —dijo Megan.

El diseño interior seguía el concepto clásico del exterior.

—Esta casa siempre ha sido una referencia por su estilo —dijo Brian.

Bethany arqueó las cejas. Travers era un hombre diferente. Incluso sonreía. Había desaparecido la agresividad a la que estaba tan acostumbrada. ¿Quizá se siente mejor cuando está en casa? Sin pensarlo, lo siguió por la mansión. Le cautivó su pasión, tan parecida a la suya cuando se trataba de interiores encantadores.

—Cada detalle está especialmente estudiado. Las molduras, las puertas... ¿ve? —señaló él.

—Es magnífico —dijo Bethany con sinceridad.

—Gracias. Yo también lo creo.

Ella continuó siguiéndole. De vez en cuando, él saludaba cordialmente a sus esclavos cuando alguno de ellos aparecía.

Este comportamiento hizo que Bethany frunciera el ceño. Travers no era el típico propietario de esclavos que ella imaginaba. Era amable y considerado con la gente de sus tierras.

Se interrumpía en medio de una frase para preguntar por la familia de su gente o si se sentían bien.

—Muchas de las habitaciones están revestidas con paneles pintados y tienen techos ornamentados con yeserías de estilo neoclásico —explicó él.

—Tiene una casa preciosa, Brian —dijo Bethany. Inmediatamente se reprendió por llamarle por su nombre de pila.

Su comentario le hizo sonreír.

—Quería aprovechar para... disculparme por la última noche a bordo del Poseidón —dijo él —. Me porté mal. Ninguna mujer debería tener que soportar que un hombre hable de esas cosas.

—Entonces, ¿cree que las mujeres no son capaces de mantener tales conversaciones?

«Oh, diablos, aquí va de nuevo», pensó Brian. ¿No podía hacer nada bien?

—No quise decir eso. Como ha demostrado, es más que capaz de enfrentarse a un hombre en un discurso así. Lo que quise decir es que hubiera preferido hablar con usted de cosas más agradables que la guerra.

El semblante de Bethany se suavizó aún más.

—Entonces, tal vez tenga esa oportunidad esta noche durante la cena, señor Travers.

—Oh, por favor, llámame Brian, lo ha hecho antes. Sería un honor.

—Entonces, Brian... ¿a qué hora se sirve la cena?

—A las siete... Zachary la acompañará a sus aposentos —se apresuró a decir él cuando la vio darse la vuelta.

—Gracias, señor Travers... oh, perdón, Brian. Le veré en la cena.

Y con esas palabras, ella se fue. ¿Acababa de sonrojarse? Brian pensó que lo único que tenía que hacer era no estropear la cena.

«No menciones la guerra; no menciones la guerra», se repitió todo el camino hasta su estudio.



Esa misma noche, durante la cena

—Quería preguntárselo, Brian. ¿Qué es la estatua del tejado? —dijo Bethany.

Brian bebió un sorbo de su vino, sin darse cuenta de las miradas excitadas que John y Megan intercambiaban a través de la larga mesa de comedor que tenía sitio para veinte comensales.

—Es una efigie de Poseidón. Es un dios mitológico griego, el mensajero del mar. Es hijo de Poseidón y Anfitrite, y a menudo se le representa como un Poseidón. También lleva un tridente a imitación de su padre.

Bethany frunció el ceño.

—Ya veo. ¿Así que de ahí sacó el nombre para su nave? —Bethany estaba impresionada. Primero, Brian demostraba unos conocimientos notables en todo lo relacionado con el diseño de interiores y la arquitectura, y ahora mostraba su interés por la antigua mitología griega.

—Exactamente. John y yo pensamos que era un buen nombre, ¿verdad, amigo mío?

Los dos hombres levantaron sus copas en señal de acuerdo. El grupo de cuatro siguió comiendo en silencio. De vez en cuando, Bethany lanzaba miradas furtivas a Brian. Tenía una mandíbula fuerte, decidió, mientras lo observaba masticar la comida. Nunca podía mirarlo mucho tiempo, ya que él también le lanzaba miradas fugaces. Más de una vez se sorprendieron

mirándose el uno al otro.

Cuando cuatro lacayos, vestidos con la librea más elegante, recogieron los platos, Bethany no pudo evitar la pregunta que rondaba en su mente.

—¿Por qué tiene esclavos, Brian?

Él sorbió su vino, pensativo. John y Megan intercambiaron miradas nerviosas.

—Bueno, es la forma más eficiente de llevar una plantación de este tamaño.

—¿Y qué pasa con sus derechos? Quiero decir, ¿se les permite salir de este lugar si desean ir a algún sitio?. —Bethany ya sabía la respuesta a su pregunta, pero quería oírselo decir.

—No, no pueden.

—¿Por qué?

—Porque son de mi propiedad —dijo Brian con seriedad. Era evidente que no apreciaba la forma en que se estaba desarrollando la conversación.

—¿No le parece anticuado y cruel? —preguntó Bethany.

—Tal vez, pero no puedo hacer nada al respecto.

—¿Por qué no? No veo cómo pagarles un sueldo y darles libertad de elección, cambiaría mucho las cosas.

—Claro, lo haría si pudiera mantenerlo en secreto. Pero si se corriera la voz por aquí, tendría al condado en mi contra. Y no sería algo agradable —dijo Brian. La expresión de su cara era de enfado.

—No quise entrometerme. Yo, yo... —Bethany tartamudeó. Brian parecía a punto de saltar por la mesa hacia ella.

—Claro que sí. Cree que puede venir aquí y decirnos cómo llevar las cosas... pues se equivoca. Pregunte a cualquiera de estas personas si prefieren estar en Upton Downs o en White

Oaks. Verá lo que le dirán.

Bethany juntó las cejas.

—En primer lugar, le haré saber que no he venido aquí para ninguna cruzada, sino que me vi coaccionada por su toma del barco británico en el que Megan y yo íbamos hacia Canadá. En segundo lugar, no veo el problema en hacer algunas preguntas inocentes sobre cómo se hacen las cosas aquí.

—Vamos a calmarnos todos —dijo John—. Bethany, creo que usted y Brian deberían dar un paseo mañana por la mañana.

—Aparte del placer del ejercicio —respondió ella—, no creo que quiera estar en presencia de un hombre que trata a las personas como bienes materiales.

John se puso en pie y tiró la servilleta sobre la mesa.

—Si me disculpan, Brian, Megan. —Finalmente, se volvió hacia Bethany e inclinó la cabeza—. Estaré revisando los aposentos de los esclavos si me necesitáis —dijo, añadiendo énfasis extra a la palabra esclavos.

Por primera vez, Bethany se quedó casi sin habla.

—Yo, yo solo intenté...

—Está bien —dijo Brian, poniendo su mano sobre la de ella—. La próxima vez, si tiene cosas que discutir, por favor, venga a verme a mi despacho. Hay un momento y un lugar para todo.

Ella miró sus profundos ojos azules, que le recordaban al mar.

—Lamento mi inoportuno arranque de sinceridad.

—No se preocupe. Ya estoy acostumbrado a dichos ataques por su parte. Pero quiero que piense en la tensión que representa mantener a toda la tripulación con vida para vuelvan con sus

esposas e hijos, y lo que supone regresar a casa y ser criticado por alguien que apenas ha estado aquí medio día... ¿puede entenderlo?

Bethany asintió de mala gana.

—Lo siento, Brian.

—Señoras, están cansadas —dijo este—. Sugiero que continuemos por la mañana. Bethany, le mostraré los alrededores para que pueda hacer un juicio más cualificado. Recuerden, si tienen algo que deseen discutir, por favor, hablen con John o conmigo en un momento que no sea el desayuno, el almuerzo o la cena. —Frunció el ceño—. Buenas noches, señoritas.

Mientras Brian se alejaba en dirección a su despacho, Bethany pensó en sus palabras. Él tenía razón. Lo había juzgado sin tener en cuenta las diferencias entre ambas culturas.

Capítulo 9

Old Red Oaks, Virginia, Estados Unidos de América

Diciembre de 1813

Bethany y Brian acababan de coronar la colina más alejada de la mansión. La estructura de ladrillo rojo brillaba como un rubí solitario en el paisaje nevado bajo su posición. Incluso a esa distancia, la mansión se extendía en el horizonte.

Cuando Brian se adelantó, Bethany detuvo su montura y dejó vagar su mirada. Frunció el ceño. Había más edificios hacia el oeste. El pequeño grupo de casas parecía un pueblecito. Se preguntó si sería el pueblo más cercano. Pero parecía improbable, porque Brian había mencionado durante el desayuno de aquella mañana que su finca comprendía todas las tierras al norte, sur, oeste y este a lo largo de muchas leguas.

Miró hacia delante. Brian había desmontado de su semental negro y examinaba el terreno. Su caballo se movía inquieto sobre sus cascos detrás de él. Aunque Bethany era una amazona consumada, estaba agradecida por la yegua castaña, más dócil, que le había asignado el mozo de cuadra.

El paisaje circundante era mágico. A Bethany le recordaba a su hogar. A menudo salía a pasear con el mozo de cuadra de su padre cuando estaban en la finca familiar de Berkshire. El paisaje ondulado parecía una capa de hielo inmaculada que se extendía en todas direcciones. Lo

mismo ocurría en Inglaterra en invierno. La única diferencia era que había más señales de vida humana que en América.

Bethany sintió que la envolvía una punzada de tristeza. Pensó en todo lo que había pasado hasta entonces. Estaba tan lejos de casa y le preocupaba si volvería algún día. Y aunque pudiera, ¿querría hacerlo? ¿Qué tenía allí? Una madre y un padre que querían elevar su posición social vendiéndola al mejor postor, y un prometido que sería la perdición de su vida si el matrimonio llegaba a celebrarse.

—¿Está bien, Bethany? Ha estado muy callada todo el tiempo —dijo Brian, llevando a su caballo por las riendas hasta donde estaba ella.

Bethany movió la cabeza en su dirección. Sonrió con desgana. No quería ofrecerle ningún gesto dulce, pero estaba demasiado preocupada para resistir el impulso natural. Brian no había sido más que cortés con ella desde que lo vio aquella mañana, después de su pequeño paso en falso durante la cena de la noche anterior. Ella se sintió mal por interrumpir una velada que había sido tan agradable. A veces deseaba no ser tan descarada como era.

No había sido excesivamente adulador en ningún sentido, sino amable y encantador. Se había asegurado de que Megan y ella tuvieran todo el consuelo que él pudiera darles.

John y Megan habían decidido ir a bañarse al arroyo mientras Brian le enseñaba a Bethany su finca, como había prometido durante la cena.

—Solo estaba admirando las vistas, todo esto es precioso —dijo Bethany, apartando la mirada de su apuesto rostro, con las mejillas rosadas por el frío.

—Sí, lo es. Venía aquí a menudo cuando era niño. No hay lugar más tranquilo en la tierra —dijo Brian, volviendo a montar en su caballo, que se inquietó, nervioso.

Bethany le imitó y comenzaron a descender la colina a paso tranquilo en dirección al grupo de casas que ella había visto antes, mientras los cascos de sus caballos crujían en la nieve.

—¿Su familia siempre ha vivido aquí? —le preguntó ella. Recordó vagamente que él había mencionado que su abuelo había puesto la primera piedra de la casa en el siglo XVII.

—No siempre. —Brian pensó un momento—. Mi familia es originaria de Escocia. —Sonrió al ver que la sorpresa se reflejaba en el rostro de Bethany.

—Escocia. Nunca lo hubiera pensado. Aunque, ahora que lo menciona…

—¿Mi mal genio y mi altura no me han delatado?

Bethany arrugó la nariz y le dedicó una leve sonrisa. Verle sonreír tanto le resultaba casi entrañable. Era contagioso. Pero sí, su musculosa estatura y su fuerte temperamento apuntaban a las Tierras Altas.

—¿Admite su mal genio?

—*Aye, lassie*, —dijo Brian, imitando un acento escocés—. En ese aspecto soy un verdadero escocés.

Bethany se rio de su horrible imitación, que había sonado más bien como el croar de una rana.

—¿De qué parte de Escocia? —preguntó, dejándose llevar por la curiosidad.

—Mi familia es originaria de Kilmarie, un pequeño lugar en la isla de Skye.

—¿Es bonito? Nunca he estado en Escocia, aunque últimamente se está poniendo de moda, ya sabe, para veranear y cosas así. Por supuesto, solo para las clases altas, algunas de las cuales afirman que la tierra es mágica y como de otro mundo.

—Por supuesto, solo los aristócratas pueden permitirse ir allí; es un viaje bastante largo desde el sur de Inglaterra —dijo Brian con sarcasmo.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó Bethany, frunciendo el ceño.

—Oh, nada; solo cómo lo ha descrito y la sociedad inglesa... —Él agitó la mano en un

movimiento rotatorio—. Pero no, nunca he estado. Aunque me gustaría ir... si esta maldita guerra llega a su fin.

—Le recuerdo que no es aconsejable sacar ese tema de conversación entre nosotros. —Bethany frunció el ceño.

—Tiene razón. —Brian se encogió de hombros—. Pero es difícil no pensar en ello cuando te rodea por todas partes, ¿no le parece?

Bethany asintió. Acarició el cuello de la yegua, pensativa.

—Supongo que sí. Pero no me gusta hablar de ello. La guerra es tan vil y deprimente...

—Bueno, lo hacía bastante bien cuando aún estábamos a bordo del Poseidón. Sabía casi todo lo que había que saber sobre los sucesos de América —le espetó Brian. No podía resistirse a provocarla. Sin embargo, al ver la expresión de su rostro, se dio cuenta de que ella no estaba de humor para una de sus mezquinas disputas—. Mi familia tiene orígenes nobles, ¿sabe? —añadió con rapidez antes de que ella pudiera continuar la conversación.

—Oh.

—Sí. Difícil de creer, ¿no?

—En realidad no. Tiene modales impecables cuando quiere. Alguien de su familia se los debe de haber enseñado.

Brian se rio entre dientes.

—Esa sería Mami.

Bethany frunció el ceño.

—¿Mami?

—Sí, la señora que me crio cuando mis padres murieron durante la guerra de la Independencia contra los británicos. Yo solo tenía cuatro años. Esa señora de buen corazón me

salvó la vida, bueno, ella y el padre de John.

Brian Travers era más de lo que parecía. Aquella mañana, Bethany había visto deambular por su mansión a una anciana de color elegantemente ataviada. Por la forma en que se comportaba, estaba a cargo de todo el personal doméstico y dirigía el lugar como si fuera la señora de la casa. El afecto que Brian le profesaba era evidente.

—¿Qué pasó? —preguntó. Bethany se arrepintió de inmediato de haberlo hecho cuando vio que una sombra de dolor oscurecía su rostro.

—Mi madre ardió en el granero con muchas de las otras personas retenidas allí. No hubo discriminación, ni blancos ni esclavos. Todos fueron calcinados y a mi padre le hicieron mirar...

Bethany tragó saliva cuando vio que a Brian se le humedecían los ojos. Casi esperaba que se echara a llorar. Bajó la mirada apresuradamente para darle un poco de intimidad. Cuando ella volvió a levantar la vista, los penetrantes ojos azules de Brian estaban casi secos.

—A medida que el fuego crecía, mi padre se separó de los hombres que lo retenían y corrió al granero para intentar salvar a mi madre. Nunca regresó.

—Qué horrible... ¿y usted lo vio todo?

Brian asintió.

—Mami me sujetó para evitar que corriera hacia allí. Estábamos escondidos en la casa principal. Intentó alejarme de la ventana para que no presenciara lo que ocurría y nos vieran los británicos, pero me quedé pegado al sitio. Observamos hasta que se apagaron los fuegos. —Suspiró—. Yo también debería haber perecido ese día, pero Dios obra de maneras misteriosas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bethany con la preocupación dibujada en sus facciones.

—Antes de que los británicos pudieran saquear la casa principal y quemarla hasta los cimientos como el granero, sus exploradores les informaron d que el ejército de George Washington se dirigía hacia el sur para aplastar a lord Cornwallis de una vez por todas. Estaban

peligrosamente cerca de Old Red Oaks, por lo que la tropa británica que había masacrado tanta gente tuvo que retirarse a Yorktown unto al ejército británico principal.

—Lo siento mucho, Brian. —Bethany extendió la mano para tocarle el hombro. Fue el primer gesto de intimidad desde que se conocieron. Se dio cuenta de que bajo la fachada masculina del capitán y de propietario de la plantación había un hombre con muchas facetas, facetas que hablaban de su doloroso pasado y describían su carácter. Le impresionó que su personalidad no se hubiera visto empañada por los avatares de la vida.

—Ese vil coronel de dragones... —Brian carraspeó—. El coronel Clayton mató a mis padres unos meses antes de que terminara la guerra en América.

—Y Clayton, ¿actuó bajo las órdenes directas de Cornwallis? —preguntó Bethany, esperando que sus compatriotas nunca hubieran caído tan bajo.

—Cornwallis nunca dio la orden para tal política de tierra quemada. El hombre se había encargado de castigarlos, a su juicio, eran traidores a la corona. Mi madre y mi padre fueron solo dos de los cientos de víctimas asesinadas por el coronel.

—¿Qué le pasó al coronel? ¿Lo sabe?

—Fue juzgado en consejo de guerra y fusilado gracias a una orden directa de Cornwallis. —Brian se encogió de hombros—. Supongo que la justicia encuentra a todos al final.

Siguieron cabalgando en silencio durante un rato, sus caballos los llevaban al trote. Bethany no sabía qué más decir. Su mente trabajaba afanosamente en un intento de encontrar algunas palabras que pudieran hacer descansar los recuerdos del apuesto americano. Lanzó miradas furtivas en su dirección. Le gustaba su perfil, fuerte y bien definido por una barbilla prominente y una nariz recta, ligeramente puntiaguda.

Sin embargo, no fue su aspecto lo que le atraía. Sus modales eran dignos de admiración. En su mente, él era el enemigo. Y, sin embargo, no estaba segura de poder despreciarlo de la misma

manera que lo había hecho cuando capturó el Capricornio.

—Dijo que su familia es de origen noble. ¿Significa eso que alguna vez tuvo un título? —preguntó.

—Nunca lo tuve, pero mi abuelo era un *laird* cuando llegó a las antiguas colonias para buscarse la vida. Se llamaba Duncan Mackinnon, de Travers —dijo Brian.

—¿Por qué se fue de Escocia?

—Fue después de la batalla de Culloden, en 1746.

—Sí, el duque de Cumberland lideró las fuerzas británicas —dijo Bethany.

Brian sonrió.

—Desde luego, conoce su historia, Bethany. —La estudió más de cerca. Brian había jurado no dejarse sumergir por su semblante inmaculado, pero era casi imposible. Bethany era como un ángel cuando no estaba luchando contra él. Sin embargo, amaba aún más su mente. Estaba llena de información. Brian no conocía a muchas mujeres, pero estaba seguro de que existían pocas con el espíritu y la sed de conocimiento de Bethany.

Llevaba una cofia de seda y lana, adornada con un forro de piel. Su traje de montar se ceñía a su cuerpo, dejando entrever sus líneas perfectas. Su delicadeza y su dulce rostro le hicieron desear estrecharla entre sus brazos. Brian sintió un deseo imperecedero de abrazarla y no soltarla jamás. Protegería a una mujer como Bethany con su vida. Y antes de darse cuenta, estaba actuando como lo había hecho su padre: un amor por una vida.

La sensación le era ajena. El crujido de la nieve bajo los cascos de los caballos, la quietud que les rodeaba y los árboles desprovistos de follaje aumentaban la sensación. Se sentía desnudo ante ella, vulnerable, pero deseoso de descubrir más emociones en su interior. El aire frío contrastaba con el calor de su cuerpo, que era como mantequilla caliente, suave y tersa.

Su mirada permaneció fija en el rostro de ella, mirando en la dirección en la que se dirigían.

Bethany se movía con gracia y en perfecta armonía con el caballo. Sus largas piernas, cubiertas por una falda de *tweed*, colgaban con elegancia por el flanco derecho de su montura, en una postura sin fisuras. Era perfecta, reconoció. Brian nunca había visto una mujer así.

—¿Se fue porque Cumberland dio la orden de no dar cuartel a los rebeldes? —Cuando las palabras salieron de sus labios, Bethany giró la cabeza para encontrar a Brian estudiándola. Su mirada era cálida y seductora, y descubrió que le gustaba cómo la miraba. Tenía algo posesivo y seguro, como si la reclamara como suya.

—Sí. Si se hubiera quedado, como uno de los principales hombres de la hueste jacobita, habría sido ejecutado en la colina de la Torre de Londres como un lord rebelde de alto rango. Además, no quedaba nada para él en Escocia, y sabía que el tiempo de los clanes había terminado, así que cogió a su familia y se marchó.

Brian dejó que su brazo recorriera la tierra circundante.

—Y aquí es donde los trajo: a una nueva vida en una nueva tierra.

Capítulo 10

Old Red Oaks, Virginia, Estados Unidos de América

Diciembre de 1813

—¿Qué más quería John que viera? —Bethany se había pasado media noche pensando en el motivo de John para que su amigo y ella pasaran tiempo juntos. ¿Sería para que él le mostrase algo que la hiciera comprender su estilo de vida?

Brian se aclaró la garganta.

—Sígame. —Hizo girar a su semental. La gran bestia de color obsidiana avanzó como un behemoth[4] del inframundo.

Bethany no dudó ni un instante. Ella también hizo avanzar a su caballo. En unos instantes, ya galopaba detrás de él, gritando de alegría mientras surcaba la tierra cubierta de nieve. Era estimulante sentir el viento helado pasar a su lado.

No tardaron mucho en llegar a las casas que había visto antes desde lo alto de la colina. Eran de piedra encalada y parecían en perfecto estado.

El sol había alcanzado su cenit, recordando a Bethany que llevaban cabalgando más de dos horas. El sol le hacía cosquillas en la piel con sus rayos cálidos y benévolos, contrarrestando el frío que había sentido durante la carrera de pezuñas.

—John creció aquí, rodeado de esta gente. Como ya he mencionado, su padre sirvió al mío como capataz. Pero era diferente a los demás que dirigen las plantaciones de por aquí.

—¿Cómo es eso? —preguntó Bethany.

—El padre de John no era cruel. Así que, cuando su padre murió, John siguió sus pasos. Trataba a los esclavos con amabilidad y no con el látigo. Como su padre antes que él, aprendió sus antiguas costumbres, como sus canciones y cuentos de las tierras de donde vinieron.

—Entonces, ¿ustedes son un poco como de la familia?

—Se podría decir que sí. El padre de John me crio como a un hijo. A través de él, yo también llegué a conocer la forma de vida de los esclavos. John y yo jugábamos con los chicos mientras crecíamos. Por supuesto, Mami me enseñó lo orgullosa que es su gente. Pero ella es diferente al resto. —Brian sonrió con desgana.

—¿Cómo es eso?

—Es tan blanca como cualquier mujer blanca. Sus modales son exquisitos. Es cristiana hasta la médula. Una vez me contó que tuvo como dueña a una mujer muy amable que le enseñó todo eso antes de ser vendida a mi padre cuando ella murió.

—¿Entonces por qué sigue teniéndola como esclava? ¿No podría liberarla y dejar que siguiera trabajando para usted?

—Si lo hiciera, nadie lo entendería, y menos los esclavos.

—Pues libérelos a todos. ¿No sería eso preferible? —Bethany podía imaginar lo lucrativa que era la tenencia de esclavos. Sin embargo, también sabía que las sociedades que lo practicaban, como el Imperio Romano, caían en una decadencia inevitable en un momento determinado de su desarrollo. La esclavitud no iba bien con el avance tecnológico y social.

—Podría en teoría. —Brian apretó los labios—. Y sí, los esclavos son mucho más rentables que los trabajadores a sueldo. Sin embargo, en la práctica, sería imposible liberarlos y seguir

manteniendo la plantación en competencia directa con las demás. Estaría fuera del mercado del tabaco en pocos años. Además, si un esclavo de una plantación vecina que viajara con su amo viniera por aquí y difundiera la noticia de lo que está pasando, costaría muchas vidas.

—¿Por qué?

—Porque otros esclavos exigirían lo mismo y los amos aplastarían ese sentimiento con violencia. Después, vendrían a por mí. Lo siento, Bethany, pero es solo un sueño.

Bethany frunció el ceño. Creía en su sinceridad y humanidad. Brian no era un propietario de tierras y esclavos cualquiera, eso era evidente. Era diferente porque era compasivo con sus semejantes.

Continuaron cabalgando hasta que vieron a John acercarse a ellos y detuvieron los caballos frente a él.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó John, acercándose a ellos.

—Maravilloso. Le mostré a Bethany la tierra, y ahora estamos aquí para conocer a la gente —dijo Brian—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar pescando?

—Me temo que Megan no tiene la paciencia para ello ni la templanza contra el frío. Así que decidí traerla aquí. —Le guiñó un ojo—. Fue una decisión acertada. Se lo está pasando en grande dentro de una casa calentita.

—¿De veras? —A Bethany le picó la curiosidad.

—El viejo Salomon le está contando las historias de su captura en África. Es uno de los esclavos más viejos de aquí. Hoy en día, todos los trabajadores han nacido en Old Red Oaks. —John indicó con la mano en dirección al centro de los edificios—. ¿Por qué no os unís a ella?

Bethany miró a Brian, que asintió.

—Creo que lo haré. —Espoleó a su caballo. Cuando Bethany miró hacia atrás, Brian se

dirigía en la otra dirección. De vez en cuando saludaba a la gente. Se preguntó adónde iría. Al verlo alejarse, Bethany sintió una punzada de pérdida, una especie de sensación de vacío, como si le hubieran quitado algo.

John la guio hasta una estructura. Ante ella jugaban unos niños. Estaban en medio de una pelea de bolas de nieve. Las mujeres mayores los observaban como halcones. Las más jóvenes estaban todas ocupadas con sus quehaceres que consistían en la colada, la preparación de la comida o tareas de costura. Su ropa impresionó a Bethany. Era evidente que Brian se había asegurado de que tuvieran prendas de abrigo suficientes para esta época del año.

Sin embargo, algo la intrigaba. No había hombres jóvenes. Los hombres que vio eran de edad avanzada.

—¿Dónde están los jóvenes? —preguntó a John.

—Oh, trabajan en los campos.

—Pero no en esta época del año, estoy segura —dijo Bethany.

—No, pero aún queda mucho por hacer... ya sabe, reparaciones y cosas así... venga... Megan está ahí dentro. —John apuntó hacia delante.

Bethany siguió su ejemplo y entró en el pequeño edificio. El interior estaba relativamente oscuro. Un fuego ardía en la chimenea del otro extremo de la gran habitación. A los lados, del techo colgaban mantas que servían de tabique para los dormitorios de los niños. A la izquierda de Bethany, había una puerta que daba al dormitorio de la madre y el padre.

—Bethany, me preguntaba cuándo llegarías. Ven a sentarte conmigo. Samuel es intrigante. Me ha estado contando todo sobre él. Es de la costa oeste de África. Unos comerciantes de esclavos lo capturaron cuando aún era muy joven y lo trajeron aquí, donde fue vendido al padre de Brian.

Bethany tragó saliva al sentarse; aunque la degradación humana la rodeaba, despreciaba oír

la palabra «vendido» en ese contexto. Saludó con una sonrisa al anciano, que fumaba en pipa mientras la observaba atentamente.

Samuel tenía unos ojos amables que hablaban de una vida llena de giros diferentes. No parecía triste ni que considerara su destino una desgracia. Rezumaba calma y satisfacción. Era casi como si no estuviera allí, sino en África, con las cinco esposas y los innumerables nietos que podría haber tenido si su destino hubiera sido otro.

Antes de que Bethany pudiera reflexionar un poco más, su profunda voz llenó la habitación. Ella quedó de inmediato cautivada. Samuel habló un poco más sobre su vida antes de ser capturado. Sin embargo, eso no le llevó mucho tiempo. Pronto pasó a hablar de lo afortunados que eran él y su pueblo por tener a Brian como amo. Mientras decía esto, su mirada se centraba en Bethany. De vez en cuando, él asentía con la cabeza, como si supiera que a ella le repugnaba esa práctica.

Bethany tuvo que controlarse. Había tantas cosas que quería preguntarle a Samuel… Sin embargo, cada vez que se armaba de valor, le venía a la mente la imagen de Brian. Y John estaba sentado cerca. Era como si estuviera allí solo para asegurarse de que ella se comportara.

Se mordió la lengua. Brian se había sincerado con ella aquella mañana. Había sido amable. Su vida había sido dura por la pérdida de sus padres a una edad tan temprana.

Pero una cosa la hizo pensar más. Si sus padres perecieron durante la guerra de la Independencia americana, entonces él debía de tener ahora treinta y dos años, si murieron cuando él solo tenía cuatro. ¿Por qué no tiene esposa? Era guapo, inteligente, honorable y muy rico. Seguramente muchos padres le habrán hecho proposiciones para sus hijas.

—La vida es buena aquí... aunque seas esclavo —dijo Samuel, y continuó hablando hasta quedarse dormido.

Durante todo el camino de vuelta a la mansión, Bethany pensó en Samuel y en sus palabras. Como había temido, la vida como esclavo era nada menos que una muerte en vida.

Era un mundo en el que la gente sufría como resultado de las crueles maquinaciones de hombres y mujeres inseguros y sádicos. Pero Brian no era así. Era bueno hasta la médula. Bethany se daba cuenta de eso cada vez más.

Cuando Bethany se acercó a la mansión, trató de imaginar si alguna vez podría vivir en un lugar así. Vivir en un lugar con tantas contradicciones y con un hombre como Brian. El tiempo lo diría. Era evidente que Megan había encontrado al hombre que amaba y, a juzgar por los modales de John, él aún la amaba más.

«¿Así es como me va a ir a mí?», se preguntó a sí misma, sin escuchar realmente las palabras. «¿Me reclamará Brian para que sea su mujer, como su amigo John ha reclamado a Megan?». Bethany le dio vueltas al último pensamiento. Era demasiado para asimilarlo. Seguía siendo la prometida de Arthur. Él, con su considerable poder, ¿la dejaría ir alguna vez?

Capítulo 11

Old Red Oaks, Virginia, Estados Unidos de América

Finales de febrero de 1814

Cada nuevo día en Old Red Oaks traía nuevas alegrías y con ellas nuevas y excitantes perspectivas. Bethany y Megan habían explorado a caballo las tierras de Brian hasta llegar a su fin en todas direcciones. John había sido un compañero constante en muchos de estos viajes. Ocasionalmente, Brian se les había unido en estas escapadas invernales.

Incluso las Navidades habían resultado mucho más agradables de lo que Bethany había previsto. Después de su avance personal el día en que Brian la había llevado por primera vez a los aposentos de los esclavos, su relación se había afianzado considerablemente. Él incluso le había hecho un regalo. Bethany a menudo sonreía al ver lo considerado que Brian podía ser.

Este había viajado a Washington en varias ocasiones. Bethany sabía que buscaba ansiosamente una nueva misión. Cada vez que había regresado a Old Red Oaks, había sido sin éxito. John le había contado que el gobierno norteamericano prácticamente había suspendido la guerra naval cerca de Estados Unidos porque el bloqueo británico de la costa era casi total. No pasaría mucho tiempo hasta que toda la costa estadounidense estuviera bajo su control.

En Europa, el marqués de Wellington había entrado en Francia con su ejército por primera

vez. Se decía que pronto se enfrentarían a los franceses en su suelo.

«¿Y entonces?», se preguntó Bethany. ¿Vendría Wellington al oeste y pondría a los americanos en su lugar? A menudo, durante la cena, veía a Brian pensativo. El destino de la nación que tanto amaba estaba al borde del abismo.

Bethany ya no se regodeaba de ello. A diferencia de cuando conoció a Brian, se guardó para sí su fervor patriótico. Ya no discutían sobre la guerra. En cambio, hablaban de ella como lo harían simples espectadores extranjeros del otro lado del mundo. Bethany no se atrevía a odiar las tierras que supuestamente eran su prisión. En cierto modo, había llegado a amar la belleza salvaje de Virginia, casi intacta en cierto lugares.

A menudo pensaba en todas estas cosas cuando se sentaba en la biblioteca de la mansión de Brian. Era la habitación favorita de Bethany. Estanterías tras estanterías llenas de libros encuadernados en cuero.

Últimamente, y poco a poco, Brian se había convertido en un habitante más de su mente. Su forma de ser, su aspecto y sus ideales, rondaban a Bethany como una tenue idea.

—¿Me estoy enamorando de él? —susurró.

Bethany dejó caer su ejemplar de *Pamela: o la virtud recompensada*, de Samuel Richardson, sobre el suelo de parqué.

—No puede ser —dijo Bethany—, no puedo amarle, es americano y un granjero.

—Sabía que al final entrarías en razón, Bethany —dijo Megan, entrando en la sala de la biblioteca con un aleteo de faldas ondeantes.

—¿Qué quieres decir?

—Estabas delirando sobre no poder amar a alguien... y sé de quién estás hablando —dijo Megan con un guiño. Se sentó en la silla más cercana a Bethany y la miró con ojos interrogantes.

—Deja de hacerte la tonta, Megan. —Bethany se rio histéricamente como si la idea de sentir algo por Brian fuera absurda por completo.

—¿Qué tiene de tonto el amor? No debes luchar todo el tiempo.

—No hay nada por lo que luchar. Le tengo cariño, pero eso es todo. Es inteligente y muy honorable... —Las palabras se apagaron cuando Bethany se dio cuenta de que tenía una lista bastante larga de elogios para el capitán americano. Decidió no revelarlos para no provocar más comentarios de Megan, que ya sonreía de forma irritante.

—No tiene nada de malo. —El rostro de Megan adoptó la expresión que siempre tenía cuando se le ocurría un plan—. Podríamos quedarnos aquí y no volver nunca a Inglaterra.

—¿Cómo te atreves a sugerir algo tan escandaloso? No podemos quedarnos aquí. Yo, yo lo prohíbo... Somos súbditas británicas, no coloniales.

—Bethany, sabes muy bien que este es un país en sí mismo. —Megan apretó los labios mientras sopesaba en su mente la candente noticia que quería compartir con Bethany—. ¿Ni siquiera te lo vas a plantear?

—Nunca —siseó Bethany, poniéndose en pie—. Ahora, basta de hablar del asunto. Tengo que prepararme y cambiarme de atuendo. John nos va a llevar a Richmond, ¿lo has olvidado? — se dirigió a la puerta.

Megan suspiró mientras recogía el libro del suelo y lo colocaba sobre la mesa, al lado de donde se había sentado Bethany.

—Tal vez nos encontremos con Brian cuando estemos allí. Está en la ciudad por negocios. Seguro que tiene muchas noticias.

Bethany puso los ojos en blanco.

—Creo que Brian Travers tiene mejores cosas que hacer que pasar el tiempo con mujeres mientras deambulan por las calles y van de compras Ahora, vamos, será mejor que nos demos

prisa.

Megan la siguió a la salida. Tenía algo que decirle a Bethany y le ardía en la lengua como agua hirviendo. No quería arriesgarse. Su señora y amiga podía ser muy estrecha de miras cuando se decidía por algo. Las noticias de Megan tendrían que esperar hasta que Bethany se volviera un poco más maleable.

Capítulo 12

Richmond, Virginia, Estados Unidos de América

Finales de febrero de 1814

Megan y Bethany paseaban ociosamente, contemplando la mercancía de los escaparates, cada vez más escasa desde la llegada de la guerra. John había ido a comprar herramientas y otros materiales necesarios para la plantación de cara a la primavera. Mientras Bethany esperaba, se dio cuenta de que faltaban muchos de los hombres del pueblo. Observó la calle y solo encontró mujeres de todas las edades caminando de un lado a otro. Virginia y los demás estados del sur eran los más fervientes partidarios de la guerra contra los británicos. Por este motivo, los británicos se dedicaron a hostigarlos con más ahínco que a los demás.

—Bethany, qué bueno encontrarla aquí. John no me dijo que la iba a llevar a la ciudad —dijo una voz familiar.

Al volverse, Bethany pudo ver que, en efecto, era Brian quien le hablaba.

—Brian... sí, Megan y yo necesitábamos un cambio de aires. —Bethany le observaba mientras él le sonreía cada vez más cerca.

—¿Le aburre la vida en la plantación?

—No, en absoluto. Me gusta mucho estar aquí. Pero quería conocer la ciudad.

Brian sonrió.

—Me alegro mucho de que piense así. Usted y Megan se han convertido en parte de esto. Será difícil... —Brian se calló cuando pensó en la partida de ella.

Era una perspectiva inevitable que él había apartado de su mente. En otro tiempo, le habría encantado librarse de la irritante inglesa. Ahora, no podía imaginarse la vida sin ella. Disfrutaba teniéndola en su mesa todos los días. Estaba tan arraigada en su vida doméstica que él ya no podía imaginar una comida sin su participación.

Últimamente, Brian pensaba a menudo en tener una mujer en su vida. Y no cualquier mujer, sino ella. Tanto Mami como John se lo comentaban a menudo. Megan nunca le hablaba del tema, pero Brian sabía que ella también era partidaria de esta unión.

Pero no sabía cómo conseguir que Bethany le viera de la misma manera. Se habían hecho íntimos, de eso no cabía duda. Sin embargo, una barrera invisible se interponía entre ellos.

Por las tardes, cuando él estaba en casa, solían jugar al ajedrez en la biblioteca. Brian sabía que a ella le encantaba la sala. Las risitas de satisfacción que emitía después de ganarle, conseguían que la quisiera aún más y a menudo Brian sentía deseos de estrecharla entre sus brazos y abrazarla.

Por supuesto, él no era del todo inmune a las señales que ella le enviaba. Cuando no le prestaba atención, Bethany lo estudiaba detenidamente. Su comportamiento como dama era ejemplar y, sin embargo, cuando él la hacía reír, de vez en cuando le rozaba ligeramente el brazo con la mano. Los gestos eran tan suaves y cariñosos que podrían haber pasado desapercibidos. No para Brian, que se había vuelto muy atento a cada uno de ellos.

—¿Le gustaría cenar conmigo? En el hotel sirven muy buena comida. —Brian no pudo evitar preguntarle.

Bethany parecía sorprendida. ¿Acaso Brian Travers albergaba sentimientos románticos

hacia ella? Bethany sabía intuitivamente que sí. Pero cada vez que pensaba en ello, negaba con rapidez la posibilidad.

Su educación le impidió aceptar, al no ser correcto que una dama cenara sin carabina con un caballero, aunque en su interior sí quería hacerlo.

—No creo que sea apropiado. Las damas no frecuentan los comedores de los hoteles con hombres que no sean sus padres, hermanos o maridos. —Miró nerviosa a su alrededor, pero Megan había desaparecido, seguramente para reunirse con John en la tienda.

—Puede elegir entonces el parentesco.

—Oh. —Bethany nunca se había encontrado con la sonrisa traviesa que mostraba en ese momento. No estaba segura de si le gustaba o le disgustaba; el disgusto no era porque pareciera malvada o poco atractiva, sino porque era nueva, preocupante y, como resultado de ello, un paso hacia lo desconocido.

—Puedo ser su hermano, marido o padre esta tarde. Usted elige, Bethany.

Ella no pudo contener una leve carcajada ante lo extravagante de su sugerencia.

—Todo el mundo sabrá que no soy su hermana... y en cuanto a lo de ser su hija... no creo que funcione. Puede que sea mayor que yo, pero no es tan viejo.

Brian se inclinó.

—Me alegro mucho de que piense así de mí. Bueno, eso solo deja una posibilidad. Seré su esposo. Vamos, tengo hambre, y estoy seguro de que usted también.

—Pero, pero...

—No más protestas ni intentos de hacer más difícil una simple cena entre dos personas que comparten casa. También podría ser su guardián, o quizá podríamos hacerlo más morboso... ¿qué le parece si soy el malvado pirata que la capturó y secuestró en alta mar? Sí, eso me gusta. Pero

usted decide en última instancia qué debemos demostrar al camarero cuando lleguemos.

Bethany se dejó guiar en dirección a uno de los edificios más grandes de la calle principal. Tenía que admitir que estaba hambrienta. La idea de tener que esperar hasta que volvieran a Old Red Oaks le hacía rugir el estómago.

El entusiasmo y actitud dominante de Brian eran contagiosos. Había llegado a apreciar su bravuconería masculina cuanto más lo conocía. Bethany ya no lo veía como algo machista, como antes lo había hecho a bordo de su barco, sino como algo innato en él. Sin su intervención, no sería el hombre que había llegado a conocer. Por supuesto, a Bethany no se le había escapado que el buen capitán había bajado mucho el tono de sus modales prepotentes con respecto a ella. Le hizo pensar que tal vez sentía algo por ella.

Y qué importaba que se comportara como lo haría una mujer fácil. Nadie la conocía en Richmond. Allí podía hacer más o menos lo que quisiera. De todos modos, un día se marcharía y ni un alma sabría que había estado aquí.

«Puedo ser su esposa por un día», pensó, sutilmente emocionada por la perspectiva.

Cuando entraron en el hotel, Bethany sintió una oleada de tristeza. ¿Realmente quería marcharse y no volver jamás? ¿No quería volver a verle?

«No, no quiero —pensó—. Quiero quedarme con él. ¿Es eso posible?».

Al llegar al comedor, habían decidido que pirata y ladrón de mujeres era un título demasiado duro para Brian, y el de hermano era una simple tontería; todo el mundo en Richmond sabía que no tenía hermana, y no elegir el título de padre se explicaba por sí mismo. Solo quedaba ser su marido. Ella había accedido en el último momento con una pequeña risita.

Bethany recorrió todo el camino hasta su mesa. Mientras caminaba por delante de las numerosas mesas con manteles de un blanco inmaculado y adornadas con cristal fino y plata, sintió que los ojos de los demás comensales se clavaban en ella. Dios mío, ¿qué estaba haciendo

aquí? Era demasiado tarde; el camarero la ayudó a sentarse.

—Esto es muy bonito —dijo Bethany, mirando nerviosa el comedor. No era a lo que estaba acostumbrada, pero tenía cierto aire antiguo, con los techos altos y las gruesas cortinas de color burdeos.

—Sabía que le gustaría. —Brian miró feliz a su alrededor—. ¿Me permites que pida por ti, querida? —preguntó cuando el camarero hubo terminado de colocar las grandes servilletas blancas como la nieve. Parecía un canalla, a pesar de su abrigo gris, su chaleco granate, su camisa blanca y su pañuelo azul claro alrededor del cuello.

Bethany casi se hundió bajo la mesa cuando Brian la llamó así. Se sentía bien, pero estaba muy mal. La gente de cierta clase no se comportaba como charlatanes. Sintió que el calor le subía a las mejillas: se estaba sonrojando delante del camarero, peor aún, delante de Brian.

—Tomaré eso como un sí —dijo este con un brillo en los ojos.

Bethany le observó mientras pedía la cena. Le pidió la especialidad del lugar, que consistía en una costilla de ternera con guarnición de verduras y dos docenas de ostras frescas para redondear la comida.

—Te encantarán las ostras de Virginia. Son las mejores.

—¿Cómo sabes entonces que son los mejores? —preguntó Bethany.

Brian se encogió de hombros.

—Simplemente lo sé. —La expresión de su rostro se tornó seria—. Tengo algo que he querido discutir contigo.

—Oh. —Bethany esperó a que Brian probara el vino. Después, bebieron un sorbo sin hacer un brindis. El líquido rubí era exquisito, como todo lo que ella había probado en ese lugar.

—John me ha pedido permiso para pedirle a Megan su mano. Por supuesto, no lo necesita.

Es mi amigo y es muy dueño de sí mismo. Solo me lo ha pedido por respeto a mí y por el afecto mutuo que compartían nuestros difuntos padres.

Por un instante, Bethany sintió que un escalofrío la recorría. Sabía que Megan sentía algo por John, pero nunca le había hablado de sus planes. A Bethany le asaltaron todo tipo de pensamientos: ¿significaba eso que Megan no volvería a Inglaterra con ella cuando llegara el momento?

La idea de volver a casa sin ella le produjo a Bethany unas ligeras náuseas. Su vida no sería la misma. Megan era la única persona que la mantenía cuerda. Ahora, la perspectiva de marcharse le resultaba completamente desagradable. La idea de echar de menos a Brian ya había sido bastante agotadora, pero ahora se uniría la pérdida de Megan.

—¿No lo sabías? —preguntó Brian, leyendo su confusión interior—. Por supuesto, podría negarme a dar mi bendición, pero solo causaría una desavenencia con mi amigo y ellos seguirían adelante de todos modos.

—No, yo no querría eso. Megan merece ser feliz y quiere mucho a John. —Bethany se negó a mostrar su tristeza. Megan era algo más que su doncella. Era su amiga.

—Muy bien, está decidido entonces. Le contaré a John las buenas noticias cuando volvamos a Old Red Oaks. Estará encantado.

Brian asintió al camarero cuando trajo las ostras. Sonrió a Bethany e indicó con la cabeza que ambos se sumergieran y disfrutaran del sabor salino que les proporcionaban semejante manjar.

Comieron en silencio. Bethany estaba perdida en su pequeño mundo, que consistía en el sabor salado de la ostra y la preocupación que sentía por haber perdido a su amiga.

Brian sintió pena por ella. A pesar de que John y Megan eran muy obvios en cuanto a lo que sentían, debió de resultar chocante que Megan se quedara en Estados Unidos. Mientras comía,

sopesaba las opciones en su mente. Podía pedirle a Bethany que se quedara, pero ¿por qué razón? Ellos se habían hecho íntimos, pero no lo suficiente como para proponerle semejante alternativa.

Cuando les retiraron los platos, Brian decidió que había llegado el momento. Haría lo correcto. Se aclaró la garganta.

—Bethany...

Esta levantó la vista y frunció el ceño al ver lo serio que se había puesto.

—¿Sí, Brian?

—Como sabes, cuando llegamos a Baltimore, envié un mensaje a tu familia en Canadá sobre tu liberación.

—Mi rescate, querrás decir. —Bethany no quería sonar tan fría. Recordar aquellos días aún la irritaba.

—Sí, claro, tu rescate. Bueno, todavía no he recibido noticias —dijo Brian, tomando un sorbo de vino.

Ella esperaba que ese gusano que tenía de prometido, no respondiera nunca. Probablemente habrá encontrado a otra mujer a la que castigar con sus ineptos avances.

—¿Qué harás ahora? —preguntó ella—. ¿Aún me dejarás volver a casa?

—Sí.

Bethany no pudo evitar quedarse paralizada. Todo este tiempo había soñado con Inglaterra y con volver allí. Sin embargo, los sueños se habían debilitado con el paso del tiempo. Los recuerdos de sus padres y de su vida allí se habían convertido en algo no tan clamoroso y sí lleno de la realidad de no sentirse querida.

Algo completamente diferente a lo que le ocurría en Old Red Oaks. Aquí se sentía valorada, y el lugar ocupaba el centro de sus pensamientos. Tanto los esclavos, la tierra mágica y él, Brian

Travers.

Por ello le entristeció que quisiera devolverla a su familia, e incluso que ni siquiera le hubiera preguntado a ella qué quería hacer. Bethany miró a Brian, que le devolvió la mirada. Parecía dolido. «Él no quiere esto —pensó—. Estoy segura de ello. Di que deseas quedarte conmigo y con gusto aceptaré. Dilo».

—Bethany. Podríamos tener una vida hermosa aquí y mejor que cualquiera que pudieras tener en Inglaterra. —Brian le pidió con la mirada que dijera algo, pero ella no lo hizo. Lo único que hizo Bethany fue devolverle la mirada, esperando lo mismo de él. La llegada de los platos principales rompió el hechizo.

Una vez más, comieron en silencio. La carne estaba tierna, la salsa excelente. Ninguno de los dos volvió a mirar al otro. Toda la atención se centró en la comida, dando la sensación, por el aire triste que les rodeaba, de que estaban compartiendo su última comida juntos. La triste ironía era que bien podría serlo.

—¿Cuándo piensas llevarme de vuelta? —preguntó Bethany. El silencio la estaba matando. Sin los platos, no tenía ningún lugar donde mirar, salvo en el apuesto hombre que le había robado su sensato comportamiento.

—Pronto. Por supuesto, te acompañaré. Le pediré a John que venga también.

Sus modales eran tan prácticos que Bethany pensó que había malinterpretado todas las señales: entre ellos no había habido nada más que una posible amistad. Brian la había respetado y ahora se deshacía de ella.

Su distanciamiento dolía a Bethany más de lo que creía posible. Intentó recordar todos los momentos que habían compartido juntos. En un abrir y cerrar de ojos, su inquieto cerebro los mezcló todos en una borrosa presentación de risas, ligeras caricias y acaloradas discusiones. Allí mismo se dio cuenta de que no existía ningún otro hombre que la aceptara tal como era. Brian era único, y pronto lo dejaría para no volver a verle jamás.

Capítulo 13

Richmond, Virginia, Estados Unidos de América

Finales de febrero de 1814.

Bethany se resignó al incesante sonido de los cascos de los caballos sobre el suelo helado. La luna llena enviaba rayos plateados a través de los cristales de las ventanas del carruaje. Nada podría haber sido más romántico si las circunstancias hubieran sido otras.

A su lado, Brian meditaba en silencio. Su cena había terminado abruptamente tras el anuncio de sus planes de devolver a Bethany a su familia. Sus motivos no eran más que honorables. Quería mantener su palabra y hacer lo correcto por Bethany. Y, sin embargo, no pudo evitar pensar que ese honor estaba completamente fuera de lugar en ese instante. Bethany no era feliz. Podía sentir la energía que fluía entre ellos. Era como una barrera invisible que los acercaba para luego volver a separarlos.

¿Qué debería haber hecho? Brian conocía la respuesta. Pero en el momento en que había abierto la boca, su cerebro usurpó las órdenes de su suplicante corazón. La batalla estaba perdida.

Antes de que Brian se diera cuenta, se encontró contándole su plan para devolverla a donde él creía que pertenecía. Había intentado dejar de hablar, pero ya era demasiado tarde. La conmoción estaba allí, escrita en su rostro. Bethany quería quedarse, aunque todavía no lo sabía.

Ahora, dependía de Brian hacerle ver que él era el hombre adecuado para ella, sin importar lo que eso implicara. Sus instintos le gritaban que hiciera lo que su corazón le ordenaba.

Brian apretó los labios mientras su mente ideaba cosas que hacían factible una unión entre ambos. Su mano enguantada se deslizó sobre el asiento de cuero. No se detuvo hasta que sintió la de ella, su pequeño dedo primero.

Bethany sintió la mano de Brian antes de que tocara la suya. Al principio, sus movimientos fueron tentativos y cuidadosos. Cuando ella no respondió, los dedos de él se deslizaron por el dorso de su mano, entrelazándose con los de ella. Sin que Bethany pudiera hacer nada para evitarlo, su mano se giró y se abrió como una flor al sol.

Permanecieron así en silencio, tocándose, pero sin moverse. Bethany sintió el calor de su piel a pesar de los guantes que llevaban. Se sentía tan bien…, a pesar de las palabras que él había pronunciado en el hotel.

Intentó sumergirse en el momento. Se cogieron de la mano como si estuvieran paseando, solo dos personas que sentían intimidad la una hacia la otra.

Bethany se giró para mirarle y pudo ver que la luna llena daba a sus profundos ojos azules una especie de brillo romántico. Al mismo tiempo, sus manos, aún entrelazadas en el asiento, empezaron a moverse, tocándose y acariciándose. Ella no podía mover el resto del cuerpo. Era como si su mano izquierda fuera la única parte que tenía alguna función móvil. Se abandonó a ella, a esa mano fuerte que se acariciaba con la suya.

La mirada de Brian era seria. No sonreía. No parecía enfadado. Estaba en equilibrio y donde más quería estar en el mundo. Se resignó a sus caricias, que lo atraían cada vez más. Sin que él lo supiera, se acercó automáticamente, seducido por el rostro de Bethany, que resplandecía bajo un brillo plateado.

—Voy a besarte ahora —dijo él con autoridad. Volvió a suprimir la razón en su cerebro. Esta le devolvió el golpe con teoremas infundados, explicándole por qué lo que estaba a punto de

hacer era una auténtica locura.

Un palmo separaba el rostro de Brian del suyo. Y aun así, Bethany no podía moverse. Como la víctima de la cobra, seguía seducida por el poder de la serpiente. Solo que en este caso, Brian no era un depredador letal, sino el hombre que su corazón decía que amaba. No pensó en ello. Nada de eso tenía sentido para ella. Estaba perdida en el arrebato emocional y tuvo que ofrecerse derrotada ante semejante poder.

Un segundo después, los brazos de Brian la rodeaban, tan seguros e inquebrantables como en el camino nevado hacia Old Red Oaks. Volvió a sentir la oleada de vulnerabilidad, el hundimiento, la marea de calor que la dejó sin fuerzas.

El apuesto rostro de Brian Travers no era más que una visión borrosa ahogada en la nada por su pasión y la noche. Bethany sintió que él la inclinaba hacia atrás, lenta y cuidadosamente. Cuando ella apoyó la cabeza en su brazo, él la besó, primero con suavidad y luego, poco a poco, aumentando la intensidad y la fuerza, hasta que Bethany se aferró a él como si fuera un roble que se mantiene firme y fuerte en medio de una tormenta.

Su boca era implacable. Separó sus labios temblorosos sin que Bethany supiera siquiera lo que le estaba ocurriendo. Las sensaciones que la recorrían, que le provocaban deliciosos cosquilleos en las terminaciones nerviosas y le hacían sentir los dedos de los pies en los zapatos, no se parecían a nada que conociera. Sin pensarlo, y siendo completamente inconsciente de lo que ocurría entre un hombre y una mujer, Bethany le devolvió el beso...

—No, esto no puede ser. —Bethany se apartó. Respiró con dificultad, aún envuelta por el poder del contacto. Lo miró a los ojos. Era imposible apartarse del poder de su mirada. Se llevó las manos al pecho como si intentara detener la frenética marcha de su corazón.

No fue suficiente. La mentalidad racional se apropiaba del arrebato emocional y romántico. Esto no podía ser, de eso estaba segura Bethany.

—¿Te he molestado, te he hecho daño? —Brian estaba confuso.

Besar a Bethany había sido la vida misma. La forma en que su cuerpo se había estremecido dentro de la acogedora jaula de su abrazo había rozado un paso hacia el paraíso. Brian había estado flotando en ese paraíso antes de que ella se separara con tanto miedo en los ojos. No comprendía qué era lo que había hecho mal.

—No me has hecho daño, pero me lo harás. —Con esas palabras, Bethany abrió la puerta del vehículo y salió corriendo del carruaje, que hacía un momento había parado frente a la mansión.

—Bethany... espera. —Era demasiado tarde. Bethany había entrado en la casa y se había ido.

Durante todo el trayecto hasta su casa, hasta el vestíbulo y los últimos escalones de su estudio, Brian trató de averiguar qué había ocurrido para que Bethany se comportara así. Nada tenía sentido para él. Lo único que se le ocurría era que había actuado demasiado deprisa. Al principio no se lo había parecido, pero, por lo poco que sabía de los caprichos femeninos, la indecisión era lo más potente.

—Parece que hubiera muerto alguien, Brian —dijo John, acechando indolente entre las sombras a su querido amigo.

Como Brian no contestó, siguió indagando.

—Le dijiste que te la llevabas a Canadá, ¿no? Maldita sea, Brian. No es lo que quieres, ¿por qué lo hiciste?

Brian se sirvió un gran vaso de whisky del decantador que había en la repisa de la chimenea de su estudio y se sentó en uno de los grandes sillones de cuero. Bebió un buen trago.

—Sí, le conté lo que había planeado. Y sí, no se lo tomó bien....

—Me lo imagino.

Brian se burló de su amigo.

—Pero no era eso. —Bebió otro trago y vació el vaso.

—Déjame traerte otro de esos. Y a juzgar por tu comportamiento, yo también necesitaré uno. —John llenó los vasos y se sentó frente a su amigo—. Toma —dijo, entregándole el whisky.

Brian bebió un sorbo y tragó con una ligera mueca de dolor.

—La besé de camino a casa... Fue maravilloso... hasta que....

—¿Hasta qué, Brian? —John dio un sorbo a su bebida lentamente, sin apartar los ojos de su amigo.

Hasta que se apartó y dijo «no, esto no puede ser». Yo estaba perplejo. Su comportamiento era tan extraño... —Brian miró a John a los ojos por primera vez—. Después corrió hacia la casa... fue como si la hubiera asustado. —Frunció el ceño—. Dijo algo más. Dijo que yo le haría daño.

—¿No fuisteis de ninguna manera... cómo decirlo... demasiado atrevidos con vuestros afectos?

—Por supuesto que no. Me comporté como lo haría un caballero. No lo entiendo, John. Creo que realmente siento algo por esta mujer.

John se rio entre dientes.

—Esa ha sido la peor declaración de amor que he oído nunca. Tendrás que hacerlo mejor si quieres volver a caerle en gracia a Bethany Norbert. Ahora, déjala en paz, amigo mío. Ella vendrá a ti cuando esté preparada.

Brian tragó hondo. No compartía el optimismo de su amigo. Bethany había estado asustada, confusa y distante después de su beso. Había huido de él como si fuera un monstruo repulsivo de un pantano. Él sabía lo testaruda que era. Sería un milagro que volviera a él. Para Brian, había perdido a Bethany.



—¿Qué ha pasado, Bethany? Estás temblando como un cachorro en un viento helado.

Megan había estado esperando a que Bethany volviera a casa. Seguía tomándose muy en serio sus obligaciones, a pesar de su compromiso con John.

Se acercó a Bethany, que estaba frente a la ventana de su habitación. No había nada que ver, pues las pesadas cortinas amarillas estaban cerradas. Megan colocó los brazos con suavidad alrededor de ella, deteniéndose de vez en cuando Bethany se tensaba. Al cabo de unos instantes, Megan la envolvió completamente en su abrazo.

—¿Por qué no vienes y te sientas junto al tocador para que pueda peinarte y prepararte para acostarte? —Megan sonrió con desgana cuando Bethany empezó a moverse en la dirección en la que la guiaba—. Muy bien. Ahora que ya estás instalada, puedes contarme qué ha pasado esta noche —le preguntó Megan, empezando a peinar a Bethany.

Bethany contempló en silencio su reflejo en el espejo. Tenía un aspecto demacrado hasta el agotamiento. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, lo que hacía que parecieran hinchados. Suspiró.

—Le he hecho daño a Brian. Debe de pensar que estoy loca.

Megan tuvo que inclinarse más para captar todas sus palabras.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué crees que le has hecho daño?

—Estábamos en el hotel de Richmond cenando. No le di importancia porque estaba en una ciudad extranjera a la que nunca volvería...

Megan le dio una palmada en el hombro a Bethany.

—No hace falta que expliques por qué frecuentas un establecimiento público con un hombre sin acompañante. Sois el epítome de la gracia y la elegancia de una dama. Solo dime qué pasó.

Bethany respiró hondo.

—Me contó lo de tu compromiso con John... Me alegro mucho por ti, Megan. —Se le escapó una lágrima—. ¿Pero por qué no me lo dijiste? No me habría enfadado.

—Quise hacerlo en la biblioteca esta tarde, pero teníais tanta prisa por marcharte que perdí los nervios. Y luego lo intenté en el carruaje de camino a Richmond. —Megan dejó de peinarla y se encogió de hombros—. Nunca encontré la manera de decírtelo. Siento mucho si te decepcioné.

Bethany se volvió hacia su amiga. Tomó sus manos entre las suyas.

—No pasa nada. Te perdono. —Volvió a ponerse seria—. Pero no vuelvas a ocultarme algo así. Casi me caigo de la silla cuando Brian me lo dijo y me sentí excluida.

—No lo haré, querida Bethany. Nunca más. —Las dos mujeres se abrazaron—. Y... ¿qué más pasó durante la cena?

Los ojos de Bethany volvieron a enrojecer mientras las lágrimas empezaban a brotar de ellos.

—Dijo que quería escoltarme de vuelta a Canadá.

—Oh, ya veo. Qué sorpresa. Nunca esperé que hiciera eso, especialmente después de que John... —Megan se calló.

Bethany no se dio cuenta del lapsus. Se aferró a Megan con todas las fuerzas que aún le quedaban. Permanecieron así hasta que Bethany se fue calmando poco a poco. Aceptó agradecida el pañuelo que Megan le ofrecía y se volvió de nuevo hacia el espejo. Megan volvió a peinarla.

—No es eso. —Bethany tragó saliva—. Brian me besó de regreso a Old Red Oaks. Fue encantador. Me perdí en su contacto. Caí rendida a sus encantos hasta que.... —No pudo continuar mientras más lágrimas caían por su rostro.

—¿Hasta qué? —preguntó Megan, temiéndose lo peor.

—Hasta que me aparté. No sé qué me dominó hasta que lo hice. Cuando Brian me cogió de la mano por primera vez, me sentí como Julieta en la obra de Shakespeare. Cuando empezó a besarme, fue como la escena de la obra en la que su amante Romeo la besa. Me dejé llevar, como Julieta, por el amor, sin importar las consecuencias de ese amor. —Bethany lloriqueó—. ¿Pero sabes lo que les pasó al final a esos dos amantes, Megan?

Megan negó con la cabeza.

—Murieron a causa de un destino que no los aceptaba como tales. Sus familias luchaban y se odiaban, Romeo y Julieta traicionaron la lealtad de sus familias al enamorarse y anteponer sus sentimientos a su deber. —Bethany tragó saliva—. Yo no puedo hacer lo mismo....

—No es más que una obra de teatro —dijo Megan.

Bethany desechó sus palabras con su mano.

—No, es más que eso. No traicionaré a mi país ni a mi familia. Tengo responsabilidades, y estoy obligada por mi honor a cumplirlas —concluyó Bethany, con la convicción reflejada en su rostro.

—Pero...

—Sin peros, Megan. —Bethany se puso en pie y se acercó a la cama—. Ayúdame a desvestirme, por favor.

—Bethany, ¿significa eso que volverás a Canadá y luego a Inglaterra? —preguntó Megan, empezando a desabrochar el vestido de su señora.

—Sí, así es. Brian dijo que nos iríamos en unos días, una vez que haya hecho los arreglos. Después de eso, voy a casa de mi hermana y luego regreso a casa... a Inglaterra.

Megan se estremeció. Siguió trabajando en silencio. Cuando deslizó el camisón de Bethany sobre su cuerpo, ya había tomado una decisión.

—Por supuesto, te acompañaré —dijo, sin compartir realmente la seguridad que transmitían sus palabras.

Bethany se dio la vuelta lentamente.

—Te estoy muy agradecida, Megan, pero no tienes por qué hacerlo. Estaré bien sola. Y además, ahora estás prometida a John.

—Lo sé. Sin embargo, como tú, tengo mis deberes para con mi señora. Y no te fallaré cuando más me necesitas. —Levantó la barbilla con orgullo en un gesto que no invitaba a seguir discutiendo.

—Oh, querida Megan... ¿qué haría yo sin ti? —dijo Bethany abrazándola—. No tienes que hacer esto. No lo permitiré. Mi triste situación no justifica que a ti también te cause tristeza.

—Lo sé, y esta es la última palabra sobre el asunto. —Megan se aferró a ella. Nunca dejaría a Bethany después de toda la amabilidad que le había mostrado. Megan sabía cómo eran algunas señoras, y Bethany había sido un regalo del cielo. Eran almas gemelas en la forma en que las mujeres pueden serlo: un vínculo forjado por el universo e irrompible por naturaleza.

—Hasta el día en que nos vayamos, permaneceré en estos aposentos —dijo Bethany—. No puedo enfrentarme a él, no ahora. Tiene tal poder sobre mí… No sé si sería capaz de resistirme a él.

Megan solo asintió mientras acostaba a Bethany. Se despidieron y Megan se marchó a su habitación mientras Bethany se quedada sola en su cuarto, pensativa.

Bethany se sentía aliviada por volver a casa y a la vez profundamente melancólica por no

volver a ver a Brian y Old Red Oaks. Lo peor de todo era que había arrastrado consigo a la persona más querida del mundo: Megan había decidido acompañarla en su viaje.

Permitir que lo hiciera estaba mal. Sin embargo, Bethany también sabía que Megan no discutiría. Cuando ella tomaba una decisión, no había vuelta atrás.

El último pensamiento que tuvo Bethany fue para Brian. Su rostro había aparecido milagrosamente y le había dado un beso de buenas noches antes de que ella se durmiera poco a poco.

Capítulo 14

En ruta hacia Canadá, Estados Unidos de América

Marzo de 1814

Fiel a su palabra, Bethany no había salido de su habitación ni una sola vez durante los últimos días de su estancia en Old Red Oaks. Brian había intentado verla. Había oído su voz estentórea junto a su puerta en varias ocasiones, pero Megan se había negado en redondo a dejarlo pasar. Como el verdadero caballero que era, Brian había cedido al final, decidiendo dejar en paz a Bethany.

El día de su partida, él no había estado allí para despedirse como ella le había pedido por escrito que hiciera la noche anterior. Sin embargo, él había hecho todo lo posible para que su viaje fuera cómodo. Brian había puesto a su disposición su mejor carruaje, sus mejores caballos y un equipo de sus esclavos más dignos de confianza para custodiarla.

Pero todo ello ya había quedado atrás.

Se encontraban en el octavo día de viaje, en dirección al lago Champlain, bordeando el estado de Vermont, lo que les llevaría algunos días más de viaje, según John, que encabezaba el grupo.

La mayoría de las noches, Bethany, Megan y John las habían pasado en las posadas de los pueblos cercanos a su ruta. Últimamente, estas se habían vuelto algo escasas, a medida que la

guerra reclamaba la tierra cuanto más se acercaban a Canadá. La gente tenía miedo y las puertas se cerraban a su paso, con la confusión y el pánico cada vez más y más evidentes.

Cuanto más se alejaba Bethany de Old Red Oaks, más pensaba en Brian. El primer día había sido fácil. La creencia en su deber para con su familia y su país le había dado la fuerza que necesitaba para resistir. Por la noche, el sueño había llegado fácilmente, ayudado por las pruebas del día que la habían dejado exhausta.

El segundo día, esas mismas fuerzas y creencias habían vuelto en su contra causándole casi la locura. La idea de que se había ido para siempre empezó a calar hondo. Esa misma noche, el rostro de Brian había sido un compañero constante en sus sueños, y el recuerdo de su tacto una bendición y una maldición a la vez.

La visión constante de Megan y John cogidos de la mano o simplemente sentados junto al fuego por las tardes, muy cerca el uno del otro, había permitido a su mente divagar aún más. Era un amor hermoso que se manifestaba con dulces miradas y caricias aún más dulces: el amor era todo lo que Megan quería, y John correspondía a este deseo con su mera presencia y comportamiento.

Al cuarto día, Bethany se preguntó si había cometido un terrible error: ¿Brian era el hombre adecuado para ella? Mientras él la abrazaba, se había sentido tan bien... ¿Cómo podía algo así estar mal?

Los locos y torrenciales sentimientos que la invadían iban y venían, dependiendo de la mente y el estado de ánimo de Bethany. Por las noches, la visitaban pensamientos sobre él que no se calmaban hasta que la oscuridad se apoderaba de ella. Esto también variaba y dependía de su nivel de cansancio. Bethany nunca había rogado por el cansancio. Ahora era una bendición cuando llegaba.

Y así fue para Bethany día tras día, conformando una serie de jornadas unidas únicamente por la monotonía alternante del dolor emocional. Megan dijo que debían volver atrás, pero

Bethany, obstinada, se negó.

En la séptima noche, Bethany se había preguntado si el dolor era igual de malo para él. Y en caso afirmativo, ¿por qué no la seguía? En el fondo, en su corazón y en su alma, le suplicaba que lo hiciera. Pero sabía que Brian Travers era un hombre orgulloso y nunca cruzaría el país persiguiendo a una mujer que lo había despreciado tanto.

Cuando todos dormían, Bethany se echó a llorar, y al día siguiente las secuelas de una noche en vela fueron más que evidentes.

Contempló pasiva cómo John levantaba el campamento y comenzaba a encender el fuego para el desayuno y el café. El viaje continuaría hasta que su corazón se disolviera en un millón de lágrimas.

Capítulo 15

Lago Champlain, Estados Unidos de América, cerca de la frontera canadiense

Marzo de 1814

—Bethany, ya casi hemos llegado. De aquí en adelante, debemos tener cuidado y vigilar a los casacas rojas o a su milicia colonial —dijo John, mirando al frente con una expresión seria grabada en sus facciones.

Bethany, que últimamente se había decidido a montar ella misma, se volvió para mirar al leal y fuerte prometido de su amiga. John le caía muy bien. «Si las cosas fueran diferentes…», se lamentó; él también podría ser amigo suyo.

—John, ¿podríamos acampar aquí para pasar la noche? —preguntó Bethany, recuperando el aplomo con gran dificultad.

—Pero solo han pasado un par de horas desde el mediodía... Si seguimos adelante, podríamos llegar a Canadá y a un puesto de avanzada británico; eso sería más seguro que si atrapan a un grupo de norteamericanos aquí; podrían tomarnos por espías —protestó John.

—Me doy cuenta de eso. Pero no hay prisa; al menos no para mí. —Sonrió al hombre corpulento con cicatrices en la cara—. Te daría más tiempo con Megan y yo tendría la oportunidad de disfrutar de este hermoso paisaje. —resopló John.

Se había vendido ante la mera mención de pasar más tiempo con su querida Megan.

—Muy bien, Bethany. —John dio órdenes a los esclavos para que comenzaran a preparar el campamento. Se acercó a Bethany antes de que pudiera desmontar—. Me la enviarás de vuelta, ¿eh?

—Por supuesto, lo haré, John. Megan me ayudará durante algún tiempo y luego estará libre de sus obligaciones conmigo; lo prometo.

John parecía contento con eso. Se dispuso a desmontar. Un gruñido salvaje escapó de su boca.

—Bethany, estás cometiendo un gran error, espero que lo sepas. —No esperó respuesta. Desmontó y continuó dando órdenes a los hombres.

Bethany permaneció a lomos de su caballo. Las lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos y provocar la cascada de tristeza a la que estaba tan acostumbrada. No recordaba haber llorado tanto en su vida. Apretó los labios con fuerza. «No seguiré siendo una llorona destrozada. Contrólate. Te has hecho la cama, ahora acuéstate en ella».

—¡Alguien se acerca! —gritó John.

Bethany giró la cabeza en la dirección de su voz. A su alrededor, los esclavos se dispersaron, colocándose detrás de rocas, árboles y cualquier otra cobertura a su alcance. Estaba asustada, pero esperanzada al mismo tiempo. Estaba segura de que ningún soldado británico se aventuraría solo tan lejos en territorio americano. Tal vez…

—Bethany, desmonta, no sea que te vea el forastero —ordenó John, que ya estaba estratégicamente situado junto al carruaje donde se ocultaba Megan.

Bethany acató su orden sin protestar. Desmontó apresuradamente, se recogió las faldas y corrió hacia el carruaje y su amiga.

—¿Quién crees que es? —preguntó Megan, una vez que Bethany estuvo instalada a su lado.

—No lo sé, pero pronto lo sabremos.

Y justo cuando las palabras de Bethany se escapaban de sus labios, el hombre a caballo apareció por la cresta de la colina cercana. Era grande de estatura y manejaba su caballo negro como si formara parte de él. La amalgama de jinete y corcel era tan fluida que podría confundirse con un centauro, si existieran tales criaturas.

Llevaba un mosquete sujeto por una correa a la espalda. Otra arma semejante traqueteaba furiosamente en una vaina junto al flanco del caballo. Su espada tintineaba con el movimiento de su montura. En la cabeza llevaba un sombrero negro de copa del mismo negro obsidiana que su caballo. Una chaqueta negra bien abotonada, un pañuelo al cuello y unos pantalones grises que se desvanecían en sus botas negras de montar adornaban su persona.

—¡Brian! —gritó John, poniéndose en pie.

Bethany sintió una oleada de emoción al oír ese nombre tan preciado. Le llegó en una serie de embriagadores zumbidos. Su corazón latió más deprisa, su respiración se hizo más agitada y sus pies golpearon incontrolablemente los tablones de madera del vehículo.

—Sabía que vendría; ven, Bethany, tenemos que saludarle —dijo Megan con un rastro de excitación en la voz.

Bethany la detuvo antes de que pudiera abrir la puerta del carruaje. Megan frunció el ceño al ver la expresión de confusión en el rostro de su amiga.

—Sabes por qué está aquí, ¿verdad?

Bethany asintió.

—Creo que sí... no puedo creer que haya venido.

—Tal vez... él no se dé por vencido tan fácilmente y no le importe todo lo que puede separaros o estar en vuestra contra. Quizás se haya dado cuenta de que te ama y eso es todo lo que ha necesitado saber para venir a por ti —afirmó Megan.

—Creo que tienes razón, Megan —dijo Bethany, abrazando a la vivaracha escocesa—.

Vamos, Megan —dijo, separándose.

Cuando bajaron del vehículo, Brian ya había desmontado y estaba hablando con John. Bethany, tímidamente al principio, se acercó a donde estaban.

Verle de nuevo, después de la forma en que se habían separado, le produjo sentimientos encontrados. Tenía miedo de lo que pudiera decirle. ¿Sería distante y frío? ¿Estaba aquí porque tenía noticias importantes sobre su viaje, y necesitaba contárselas antes de que ocurriera algo desagradable? ¿O era como Bethany esperaba, que Brian Travers había recorrido todo este camino para decirle que la amaba?

—Queridísima Megan, es un placer volver a verte —dijo Brian, alejándose de John para abrazar a la joven, que había sido la primera en llegar hasta él.

Bethany sintió que una punzada de celos le hervía en las venas. Era donde más deseaba estar: entre sus brazos, inhalando el dulce aroma, que recordaba tan intensamente de su beso. Jugueteando con los dedos, esperó a que Brian soltara a Megan. Sentía como si él hubiera saludado primero a su amiga para despreciarla.

—Bethany... he venido —dijo Brian, alejándose de Megan. Sacudió la cabeza con pesar. Lo que había dicho había sonado bastante patético. Podía hacerlo mejor. Volver a ver a su dulce Bethany le había robado la cordura de la forma en que ella siempre lo hacía. El enérgico capitán de fragata se sentía desnudo ante sus encantos femeninos—. Bethany, la forma en que nos separamos no fue como yo quería. He venido a disculparme si te he ofendido. Nunca fue mi intención alejarte. Me sentí atraído por ti aquella noche de regreso de Richmond...

—¿Y ahora? —Bethany se mordió el labio inferior. Ya no sentía el frío. Era como si un calor interior la hubiera reclamado como una piscina volcánica caliente. La espera de su respuesta se sintió como si mil inviernos se hubieran convertido gradualmente en primavera, una y otra vez.

Brian sonrió torcidamente.

—Nada ha cambiado, querida. Sigo sintiendo lo mismo. Estos últimos días me lo han demostrado. Por muy lejos que estuvieras de mí, el deseo ardiente de estar contigo nunca se calmó.

Bethany sonrió cuando volvió a oírle llamarla querida. Le recordó aquella noche en el hotel, en la que no fue más que su esposa imaginaria por una noche.

—Lo sé... desde que nos separamos he sufrido por todo lo que te dije, Brian. Me gustaría que me perdonaras.

Él dio un paso adelante, estrechando el espacio que los separaba: faltaban dos pasos y estarían abrazados.

—No hay nada que perdonar. Te ataqué sin previo aviso. ¿Cómo ibas a reaccionar si no?

—Así —dijo Bethany. Ya no le importaban las repercusiones. No le importaba que Megan, John y todos los esclavos estuvieran cerca.

Antes de que Brian se diera cuenta, sintió el calor latente de sus labios contra los suyos. Ella era cautelosa, incluso cuidadosa, pero su deseo era evidente en la forma en que intentaba atraerlo.

Pronto, su timidez, si es que podía llamarse así, se desintegró en hambre, mientras ella, como él en el carruaje, separaba sus labios con los suyos. Bethany volvía a ser como él la recordaba: enérgica, llena de voluntad y deseos, y dueña de su destino.

Brian le correspondió rodeándola con los brazos y bajando un poco su cuerpo. Necesitaba reclamar a esta mujer, a esta bruja convertida en hada, y hacerla suya. En ese momento, lo eran todo. El crujido de los pies de la gente que los rodeaba al dispersarse para darles un poco de intimidad, no era algo de lo que ellos se percataran.

El calor de sus bocas, la sensación de sus brazos y cuerpos rodeándose y tocándose y el poder de su unión por fin confirmada era lo único que les importaba a ambos.

Todo lo que había eran dos personas enamoradas, sin vergüenza, sin ser prisioneros de tierras y creencias patrióticas, dudas y, sobre todo, sin las pesadas cadenas del orgullo perdido. Esas cosas ya no eran importantes para un beso compartido en verdad y para que todos lo vieran, era el comienzo de eso que el hombre y la mujer tanto aprecian: estar enamorado y amar a esa persona especial sin importar nada.

—Te quedarás conmigo como mi esposa —respiró Brian en su boca mientras se separaba del contacto lentamente y a regañadientes. Deslizó los brazos alrededor del cuerpo de ella para tomar sus manos entre las suyas.

—¿Es una proposición, Brian Travers? —Los ojos de Bethany centellearon con el espíritu de una mujer que había oído exactamente lo que quería oír.

—Así es, querida. —Brian bajó su pesado cuerpo hasta apoyarse en una rodilla—. Bethany Norbert, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa? Aunque en mi corazón ya te considero mía, al amarte tanto... quisiera compartir mi vida conmigo. Es algo que llevo deseando desde el primer día que te vi a bordo del Capricornio.

—Eso no puede ser verdad. Si no recuerdo mal, fui absolutamente odiosa contigo en el Capricornio.

—Eso era lo que me gustaba de ti. ¿No es un buen presagio que pueda amarte cuando me tratas así?

Bethany se rio.

—Procuraré no volver a hacerlo.

—¿Puedo tomar eso como un sí a mi propuesta?

—Oh, Brian. Por supuesto que es un sí. No puedo imaginar nada más maravilloso que ser la señora de Brian Travers o quizás incluso la señora de Brian Mackinnon de Travers.

Brian se rio entre dientes.

—Si no te importa, prefiero quedarme solo con Travers. Nombres tan largos ofrecen demasiado margen para la confusión.

—Puedo vivir con eso —dijo Bethany, con las mejillas enrojecidas mientras su cuerpo desahogaba su placer ante lo que estaba ocurriendo—. Oh, Brian. Todo esto me parece un sueño.

Él sonrió mientras le quitaba el guante y le colocaba un anillo en el dedo. El aro dorado con un lecho de diamantes blancos brilló ante sus ojos.

—Era de mi madre antes de pasárselo a Mami para que lo guardara —dijo él con un deje de tristeza en la voz—. Ella habría querido que mi novia lo tuviera de la misma manera que mi abuelo quiso que su novia lo tuviera. Es el anillo de una dama de Escocia.

—Brian, esto significa tanto... Me siento muy honrada de llevarlo. No sé qué decir. —Las lágrimas corrían por las mejillas de Bethany y, por una vez, a diferencia de días anteriores, brotaban de un manantial infinito de alegría. Todo rastro de su antigua melancolía se había desvanecido en el aire. Su hombre estaba allí y quería que se casara con él: era el mejor día de la vida de Bethany.

—No podría imaginar a ninguna mujer más especial para llevarlo —dijo Brian, poniéndose en pie.

Se inclinó más para besar a su futura esposa de nuevo. Esta vez, el beso no duró tanto. Sin embargo, lo que le faltó en duración lo compensó en emoción y significado: era su primer beso como prometidos.

—Esto es mucho mejor que tener que fingir estar prometido —dijo Brian, separándose, recordando la noche de la cena.

—Oh, sí... pero lo otro también fue muy divertido. Por no hablar de lo bien que me sentí... oh, Brian, siento mucho haberte alejado. Te deseaba tanto que me asusté. Estaba tan confusa al pensar en nosotros…, me volvía loca pensando si tú también me amabas. —Bethany miró

fijamente a Brian con los ojos muy abiertos, verdes como el musgo, como esmeraldas.

—El amor sigue muchos caminos hasta llegar a su destino final. Nosotros decidimos complicarnos las cosas mutuamente al desconfiar, primero de nuestros propios sentimientos, para después dudar de lo que sentía el otro. Pero en realidad lo único que importa es que estamos aquí ahora, juntos. Y que te amaré siempre, Bethany... no lo dudes ni una sola vez. Pase lo que pase, nunca dejaré de quererte.

De nuevo, las lágrimas amenazaron con desbordarse. Bethany respiró hondo.

—Me hace bien oír eso, mi dulce amor. Porque no hay otro hombre de quien desearía oírlo... Te amo, ahora y siempre, Brian Travers.

Como si hubieran permanecido a la espera de una señal, las demás personas que rodeaban el campamento entraron en acción. Megan fue la primera en llegar hasta su amiga.

—Bethany, por fin tienes la cabeza en su lugar. Si hubieras dicho que no a este buen espécimen de hombre, te habría dejado ir sola a Inglaterra.

—No lo habrías hecho —protestó Bethany, aceptando su abrazo con impaciencia.

—Oh, claro que sí... no hay nada que pueda soportar menos que la estupidez frente a un amor tan perfecto.

—Bien hecho, Brian. Si me permites decirlo, estoy orgulloso de ti. Volviste en busca de un buen botín, y entraste al abordaje como el verdadero capitán del Poseidón que eres —dijo John, estrechando vigorosamente la mano de Brian.

—Nunca hemos perdido una pelea, ¿eh? Y no iba a empezar ahora. No cuando mi corazón y mi cordura estaban en juego —dijo Brian, sonriendo a su amigo.

Después de que Megan y John hubieran felicitado a Brian y Bethany hasta la extenuación, los esclavos se unieron a la alegría. Un espectador silencioso nunca habría interpretado que se trataba de un amo y sus posesiones. Tal era la armonía y la felicidad que rodeaban el

campamento.

Se habían declarado su amor, se habían prometido, y los amigos y los demás vitorearon esa única cosa que lo trasciende todo: el amor.

Capítulo 16

Lago Champlain, Estados Unidos de América, cerca de la frontera canadiense

Marzo de 1814

—Ya era hora de que Bethany y tú os casarais. Casi había perdido toda esperanza —dijo John.

La ocasión había merecido que se abriera un barril de whisky que Brian había insistido en que se llevaran durante el viaje, cuando aún estaban en Old Red Oaks.

—Sí... nos costó un poco, pero todo eso ya pasó —dijo Brian, echando una mirada cariñosa a Bethany. Ella se sentó a su lado rodeada de su fuerte brazo.

La hoguera que tenían delante silbaba y chisporroteaba mientras las llamas bailaban frente a ellos. Las cuatro personas que la rodeaban tenían la cara teñida de naranja, que se movía en armonía con la animada danza de la hoguera.

—¿Significa eso que podemos regresar a Old Red Oaks? —preguntó Megan. Miró a Bethany, que sabía que era quien decidiría en última instancia.

—Sí —garantizó su amiga, sin dudarlo un instante.

Brian acercó a Bethany a su cuerpo al oír su respuesta.

—Si hubieras respondido de otro modo, te habríamos dejado aquí para los lobos.

Bethany se rio.

—Si me permites decirlo, ese sería un comportamiento poco caballeroso de tu parte.

—La estupidez debe ser castigada —prosiguió John, que seguía disfrutando de su whisky más que los demás.

—Todavía no estamos fuera de peligro. Hay un puesto británico no muy lejos de aquí. A juzgar por lo que he oído en el camino, los británicos no tienen reparos en aventurarse hacia el sur, en suelo americano —dijo Brian, poniéndose serio.

—Siempre el capitán —añadió Bethany. Oír sus palabras no la asustó. Nunca se había sentido más segura en su vida. Sus brazos a su alrededor eran como una fortaleza.

—Prefiero ser prudente. No volveré a perderte por una decisión desafortunada. —Brian dedicó un momento a ordenar sus pensamientos—. Partiremos mañana al amanecer.

Todos asintieron. Todos deseaban alejarse lo más posible de las hostilidades. Cuanto más tiempo permanecieran donde estaban acampados, más posibilidades había de que fueran víctimas de un grupo de exploradores británicos. Si eso ocurría, no tendrían ninguna oportunidad, por muy hábiles que fueran John y Brian.

—¿Qué pasará cuando lleguemos a casa? —preguntó Bethany. Se dio la vuelta para mirar a su prometido.

—Enviaré un mensaje a tus padres padre sobre tu cambio de circunstancias. Es justo informarles de tu paradero y de que estás bien.

No era eso lo que Bethany quería saber. Le interesaban más las intenciones del capitán respecto a la guerra. Sabía que su barco había recibido la orden de permanecer en el puerto. Pero conociendo a Brian, Bethany estaba segura de que no se quedaría en tierra. Era demasiado patriota para eso. Brian sin duda buscaría una comisión en las fuerzas terrestres.

—Todavía hoy me pregunto por qué tu familia en Canadá nunca respondió a mi carta. —Brian frunció el ceño—. No la redacté con demasiada insolencia. Fui cortés y franco. No

enviaron nada; fue como si no les importara. —Sacudió la cabeza—. Incluso si la carta nunca llegó a tu familia, algún oficial en Montreal debería haberla enviado a Inglaterra para informar a tus padres... ya deberíamos haber tenido noticias.

Bethany se encogió de hombros. Se había vuelto hacia la hoguera, apoyando su hombro contra Brian. Decidió que le preguntaría a Brian por sus intenciones respecto a la guerra cuando regresaran a Old Red Oaks.

—Puede que tenga algo que decir al respecto —dijo John, con el aspecto más sobrio que había tenido en toda la noche.

—¿Qué, sobre la carta? —Brian le fulminó con la mirada. Parecía casi un espectro a la luz de la hoguera.

—Sí, sobre eso.

—Entonces habla, hombre.

Megan se estremeció ante la fuerza de la voz de Brian. Lanzó miradas furtivas a John, que parecía buscar las palabras adecuadas.

—Me guardé esa carta a la que te refieres, Brian —dijo John al fin.

—¿Te la guardaste? —preguntó Brian mirando fijamente a su amigo.

—Bueno, verás, cuando llegó esa carta de Canadá, la escondí.

La expresión de Brian era de incredulidad.

—Esconderla... ¿por qué?

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Bethany. Había comprendido de inmediato lo que John quería decir. Sin embargo, no desveló sus sospechas, prefiriendo ver a los dos hombres resolverlo por sí mismos.

—¿Quieres que te sea franco? —preguntó John, tomando otro trago de whisky para

fortalecer su resolución.

—Por favor, John... y pásame eso; tengo la extraña sensación de que podría necesitar un trago de whisky en cuanto empieces a arrojar algo de luz sobre el asunto. —Brian aceptó agradecido el recipiente que contenía la bebida y bebió un buen trago—. Adelante —dijo, relamiéndose los labios.

—Verás, sabía que deseabas rescatar a las damas para la familia de Bethany... y a juzgar por el contenido de la correspondencia mencionada, aceptaron tu propuesta.

—Ya veo —dijo Brian, todavía muy serio—. Entonces, ¿leíste una carta dirigida a mí?

—Sí... también ofrecieron una buena suma. El hijo del duque de Benson insistió mucho en que las damas en cuestión le fueran devueltas lo antes posible. —John se aclaró la garganta—. Yo no quería eso, y tú tampoco. Así que quemé la maldita cosa y no te distes cuenta. —Se encogió de hombros—. Fue lo mejor. Piensa que, si las hubieras devuelto, ahora no estaríamos aquí sentados.

—¿No crees que yo debería haber sido el juez de eso?

—¡No! —replicaron al unísono las dos mujeres.

—Yo nunca lo habría aceptado —dijo Brian con autoridad.

—Tonterías: me habrías mandado a paseo en cuanto hubieras visto la cantidad que mi antiguo prometido estaba dispuesto a ofrecer —dijo Bethany, volviéndose a mirar a Brian.

Una sonrisa juguetona se materializó en su rostro.

—Como dices, eso depende de la cantidad... ¿cuánto era, John?

John arrugó la frente, pensativo.

—Unas diez mil libras, si no me equivoco.

—Mmm... una suma considerable, desde luego —murmuró Brian—. ¿Crees que la oferta

sigue en pie, John?

Pasaron unos cuantos segundos antes de que John le sonriera.

—¿No irás a…? —dijo Bethany. Su mirada no se apartó del rostro de Brian en ningún momento. No pudo mantener la expresión de incredulidad en el suyo por mucho tiempo cuando vio que sus facciones se derrumbaban en una carcajada—. Sinvergüenza. —Ella lo golpeó en el pecho, induciéndolo a una risa aún mayor—. Casi me lo creo —protestó cuando él la a cercó aún más a su cuerpo.

—Pude haber considerado una suma como esa el día que os capturamos en el barco inglés, pero nunca ahora. Tú, mi amor, estás más allá del dinero; significas el mundo para mí y nunca podría separarme de ti.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Bethany, ya sin quejarse. Estaba perdida en su mirada penetrante, que rezumaba sinceridad.

—Claro que sí, querida. —Brian la besó en los labios para después centrar su atención en John—. Te estoy muy agradecido, amigo mío. Sin embargo, en el futuro, me gustaría recibir mi correo sin que se pierda porque mi leal teniente primero lo considere inadecuado para mis ojos.

John asintió.

—No volverá a suceder, Brian.

—Me alegra oírlo.

Después de eso, se quedaron un poco más frente a la hoguera, hasta que Brian instó a todos a ir a dormir, ya que tenían que partir temprano a la mañana siguiente.

—¿Así que esperas compartir mi tienda esta noche? —preguntó Bethany juguetonamente.

—Sí, lo pretendo. Pero no te preocupes, solo deseo estrecharte entre mis brazos y no soltarte hasta mañana. Lo demás tendrá que esperar a que estemos casados —aseguró Brian entrando con

ella en su tienda.

—En ese caso, no tengo motivos para rechazar una oferta tan tentadora —dijo Bethany con la mayor de sus sonrisas.



—Oh, fue una noche mágica, Megan. Brian me abrazó hasta que nos despertamos. No puedo creer que me negara ese placer durante tanto tiempo —dijo Bethany, con los ojos soñadores medio nublados por el recuerdo.

—Lo sé, no hay nada mejor. —Megan pensó un momento mientras frotaba un paño con jabón—. ¿Lo has hecho? —preguntó.

Bethany frunció el ceño.

—¿Hacer qué? —preguntó inocentemente. Cuando vio que a su amiga le costaban las palabras, sus ojos se abrieron de par en par al comprender—. Dios mío, Megan, desde luego que no. Aún no somos marido y mujer.

—Oh… —Fue todo lo que Megan consiguió decir. Después de pensarlo un poco más, añadió—: Creía que eso no importaba en el Nuevo Mundo.

Bethany puso los ojos en blanco mientras se sumergía en el arroyo para seguir lavándose. De algún modo, deseaba ser tan libre como Megan. «No», replicó en su mente. Quería estar casada con Brian antes de seguir ese camino. Se perdía cada vez más en el mundo del amor mientras se lavaba en el arroyo, que no estaba lejos del campamento.

—Buenos días, señoras —dijo una voz con un acento que Bethany reconoció enseguida.

Levantó la cabeza en su dirección. Montados a caballo ante ella, había una tropa de al

menos treinta hombres. Iban ataviados con todo tipo de ropas, excepto uno de ellos. Llevaba la casaca roja de un oficial de las fuerzas armadas de su majestad. Era un oficial británico, acompañado de un destacamento de dragones coloniales.

—Buenos días —graznó Bethany. Al mismo tiempo hizo un gesto con la mano para evitar cualquier protesta o grito de angustia por parte de Megan. No pondría a Brian y John en peligro por su desafortunada situación.

Bethany era una dama y la hija de un hombre muy rico. Podía manejar a este oficial, rogando para sí que fuera un caballero. Tendría que ser astuta, pero estaba convencida de que Megan y ella saldrían de su apuro.

—¿Es usted inglesa? —preguntó el oficial al notar su acento.

—Sí —dijo Bethany, levantando la barbilla—. ¿Le importa si mi doncella y yo nos ponemos algo más de ropa? Me siento bastante incómoda en este estado de casi desnudez, teniente...

—Capitán. Soy el capitán Reginald Pinkman, a su servicio, señora. Y sí, por favor, vístase y luego podemos escoltarla de vuelta a un lugar más seguro que este. Los yanquis están por todas partes.

Bethany tragó saliva cuando el joven oficial ladró algunas órdenes para que sus hombres establecieran un perímetro alrededor de su posición. Instó a Megan a que se vistiera con rapidez. Su corazón latía al triple de su ritmo habitual. ¿Hasta qué punto tenía ella miedo de su propia gente?

—¿Me dice su nombre, señora? —preguntó amablemente el capitán cuando vio que estaban completamente vestidas.

—Soy la señorita Bethany Norbert —dijo con altivez. Cuando vio la curiosa expresión del capitán de la milicia, se tragó su angustia.

—Dios mío, este es un encuentro propicio. La guarnición de Montreal está en pie de guerra por las maquinaciones de su prometido. Él ha ofrecido una suma sustancial para su regreso a sus brazos amorosos... Jugué a las cartas con él en algunas ocasiones. Un granuja con mucha suerte, en mi opinión... y no solo con las cartas —dijo el capitán, observando atentamente a Bethany.

—¿Me llevará con él? —preguntó esta, a punto de romper a llorar. Megan temblaba a su lado. Bethany solo consiguió ponerle una mano tranquilizadora encima antes de que gritara—. Debes estarte quieta. Si gritas, John y Brian intentarán liberarnos, lo que significaría su muerte segura —susurró.

Megan asintió dócilmente. Las lágrimas ya corrían por sus mejillas.

—Sí, por supuesto, señora —dijo el capitán, inclinando un poco la cabeza. Miró a su alrededor y frunció el ceño—. Señora, ¿está sola y sin escolta? —preguntó. Ver a dos mujeres, especialmente a unas tan encantadoras como Bethany y Megan, le había robado momentáneamente la cordura.

Bethany sintió que el corazón le latía con fuerza.

—Los hombres que contratamos para escoltarnos a Canadá nos abandonaron...

—Apenas escapamos cuando sus intenciones se volvieron más... cómo decirlo... carnales —dijo Megan, acudiendo en ayuda de Bethany. Se había calmado después de las palabras de Bethany sobre la seguridad de John y Brian. Lo único que quería era llevar a los británicos lo más lejos posible antes de que ellos hicieran algo heroico.

—Ya veo —dijo el capitán inglés, comprendiendo—. ¿Cuándo fue eso?

—Anoche. Nos escabullimos al amparo de la oscuridad mientras revisaban nuestras pertenencias —dijo Bethany, sintiéndose un poco más segura.

—Enviaré un destacamento de hombres para darles caza —gruñó el oficial inglés.

—¡No! No es necesario, señor. Ya se habrán ido. —Bethany adoptó la expresión más

femenina e indefensa que pudo reunir—. Por favor, capitán... todo lo que queremos es entrar en territorio británico y sentirnos seguras.

El capitán asintió a regañadientes.

—Sí, por favor, acepte mis disculpas por ser tan insensible a su difícil situación. —Él giró su cuerpo en la silla de montar y emitió algunas órdenes. En unos instantes, Megan y Bethany fueron subidas a la parte trasera de la montura que compartieron con un soldado—. Que avance la columna —ordenó el capitán cuando las damas estuvieron montadas—. Pronto estará en suelo británico y a salvo, señora —dijo el capitán, montando junto a Bethany. Sin esperar respuesta, empezó a contarle todo sobre la vida en Montreal y cómo los británicos derrotarían a los americanos en un futuro no muy lejano.

Bethany no escuchó nada. Solo pensaba en Brian; haberlo encontrado para perderlo poco después de su sincero reencuentro, era el giro más cruel del destino. Sin embargo, aunque perdida y arrancada del cálido abrazo de su hombre, Bethany juró que volvería a verlo.

Un poco más atrás de su posición, John y Brian y los esclavos yacían entre los arbustos, observando con consternación cómo la columna se alejaba cada vez más de ellos.

—No, Brian, esta es una batalla que no podemos ganar —siseó John cuando vio a su amigo amartillar su mosquete.

—No me importa; no la perderé, no después de todo lo que ha pasado.

—Lo harás si entras en este curso de acción; son treinta hombres contra diez. Todos ellos son soldados entrenados, y nosotros no somos más que dos. Estaríamos muertos. Debes entrar en razón, Brian. —John le suplicó con la mirada.

—Pero...

—No volveremos a Old Red Oaks hasta que las rescatemos, lo prometo. Los seguiremos hasta Canadá y hasta Inglaterra si es necesario.

Al fin entrando en razón, Brian asintió con una fina sonrisa en los labios.

—Muy bien, esperaremos a que se hayan ido y haremos nuestros planes. —Miró al frente, soltando un profundo suspiro. Bethany se alejó lentamente hasta que, al fin, desapareció de la vista.

Capítulo 17

Londres, Inglaterra.

Mayo de 1814

—Bethany, la temporada ya está en pleno apogeo. Me alegro tanto de que hayas vuelto a casa a tiempo para no perdértelo todo... —Por un momento, su madre detuvo su incesante gorjeo para recuperar el aliento con profundos jadeos—. Sí..., se dice que la temporada de baile de este año va a ser una de las mejores —continuó entusiasmada.

La madre de Bethany se empeñaba en contarle los últimos cotilleos que su hija se había perdido mientras estaba prisionera en Estados Unidos, pero ni una sola vez había preguntado por su cautiverio. Era como si ahora que Bethany hija estaba de vuelta, y su compromiso seguía adelante, nada de eso hubiera pasado.

—No, madre —dijo Bethany, por primera vez en su vida sintiéndose completamente extraña en la casa londinense de sus padres.

Su madre se rio como una niña.

—Es tan escandaloso… —puso los ojos en blanco—. No sé si tengo valor para decírtelo. Has estado fuera tanto tiempo que hasta podrías desmayarte ante tal noticia.

—Oh, madre, no puede ser tan malo. En las Américas están muriendo hombres valientes. ¿Cómo pueden ser tan malas unas habladurías? —dijo Bethany.

Madre perdió la diversión en su mirada y su semblante se volvió tenso.

—No menciones esa horrible guerra. No quiero oír nada de eso en esta casa. —Por unos segundos, ambas quedaron en silencio, hasta que su madre volvió a sonreír—. Bueno, lo que tengo que decirte es repugnante. Uno de los caballeros que recientemente fue elevado a la nobleza junto a tu padre en Carlton House el año pasado, tuvo la audacia de presentarse descaradamente al conde de Lockhart la semana pasada mientras paseaba por Hyde Park. Semejante comportamiento no es aceptable. Los caballeros no hacen esas cosas, a menos que otra persona se las presente formalmente, es el colmo de la vulgaridad y... la comidilla de la ciudad. Lo más probable es que el pobre conde no se atreva a volver a salir a pasear. Se dice que estuvo a punto de desmayarse.

Bethany se quedó sin palabras. Era tan propio de su madre ocuparse de pecadillos tan triviales...

—La idea de acercarse a un par superior del reino y exigir conocer a una persona de la posición de Lockhart es una idea espantosa. Es tan absurdamente colonial... —*Lady* Norbert parloteaba como un periquito en pleno graznido. Su hija suspiró ante la excesiva indulgencia de la Inglaterra de la Regencia, le cansaba solo escucharla.

Por extraño que parezca, antes de conocer a Brian, los modales de la clase alta de su país le resultaban naturales. Hoy le resultaban tediosos. Navegar por la sociedad de la Regencia era como atravesar un campo minado. Había tantas cosas que una dama y un caballero debían tener en cuenta... Cualquier pequeña transgresión, como la mencionada por su madre, podía condenar a una persona al ostracismo y, en algunos casos, para siempre.

Detrás de ella, se encontraba Megan, que volvía a ser su doncella. Al menos, esa era la impresión que tanto ella como Bethany daban al mundo.

Nadie podía saber lo que había pasado mientras estaban fuera. Nadie podía saber que Bethany estaba prometida a Brian, así como a lord Arthur Ranson Murray. En esencia, vivió dos

vidas separadas y fue prometida a dos hombres diferentes. Si esta información saliera a la luz, la reputación de Bethany quedaría arruinada sin remedio.

—Madre, podemos hacer esto en otro momento. Estoy cansada. Apenas llevo una semana en casa. El viaje por mar desde Canadá fue largo y arduo, y estoy deseando pasar unos días en el campo —dijo Bethany—. El aire me sentará bien.

—¿El aire del campo? —Su madre soltó una risita como una exaltación de alondras en pleno trinar—. No es momento para el campo. No en esta época del año. Solo esos aburridos escoceses prefieren el campo a los magníficos eventos que presenta una temporada en Londres. —La dama sacudió la cabeza con disgusto.

Pensar en Escocia y en las Highlands le recordó a Brian. Una punzada de dolor le atravesó el pecho como un cuchillo. ¿Es así como se siente el desamor? Nunca tuvieron tiempo de estar juntos de verdad. Bethany frunció el ceño mientras esos pensamientos tumultuosos pasaban por su mente. En esencia, Brian era un *laird* de Escocia, igual a un lord en Inglaterra. Tal vez si se lo dijera a sus padres, ellos podrían considerar un compromiso matrimonial con el hombre que amaba. Él tenía la posición adecuada y, a juzgar por el tamaño de su propiedad en Virginia, era un hombre muy rico.

Nunca sería posible, y ella lo sabía. Los antepasados de Brian eran considerados traidores a la corona; así lo había dicho él de su abuelo y de la forma en que había abandonado su tierra natal. Habían huido tras la batalla de Culloden. Pero eso ya estaba olvidado, ¿no? En la actualidad, los escoceses formaban parte integrante del ejército y la burocracia británicos.

Bethany dirigió otra mirada a su madre. No había dejado de hablar ni un solo momento. Ahora estaba hablando de los próximos acontecimientos de la capital. Insistió en que Bethany asistiera a todos y, sobre todo, a uno en particular.

—Como iba diciendo, no hacer acto de presencia en el baile de la duquesa de Haddington este fin de semana tendría como consecuencia la muerte social. Y no querríamos eso, ¿verdad,

querida? Especialmente ahora, que estás tan bien comprometida con el hijo de uno de los principales pares del reino.

Bethany dejó que su madre parloteara sobre esto y aquello mientras ella divagaba sobre su tiempo en América.

«Ojalá hubiéramos vuelto a tiempo a Old Red Oaks».

Bethany apretó los labios. Se preguntó qué estaría haciendo su Brian. Naturalmente, ella había recibido noticias sobre los sucesos de la guerra en América y que le hacían pensar en él, pero por supuesto, su recuerdo siempre la acompañaba.

Bethany rezaba cada noche por el día en que volvería a estar en los brazos de su amor. Era lo único que le importaba. Incluso la perspectiva de abandonar Inglaterra para siempre ya no le preocupaba tanto.

Tendría que ser rápido, porque el destino de Bethany estaba en ciernes. Ese fin de semana se celebraba el baile de la duquesa de Haddington y, antes, Arthur había quedado con ella para llevarla a dar un paseo por Hyde Park. La madre de Bethany había anunciado que el acontecimiento era incluso más importante que el baile, porque suponía su presentación en sociedad como pareja prometida.

—¿No sería encantador que el elegante lord Arthur Ranson Murray te acompañara al baile este sábado? —preguntó Margaret como si leyera su mente—. Y tu paseo de mañana… —Aplaudió—. Qué delicia. Oh, los placeres de ser joven. El amor es tan hermoso...

Bethany no respondió. No importaba; su madre rebosaba emoción por las dos.

—He oído que Arthur te entregará un anillo de compromiso. Dicen que ha pertenecido a su familia durante generaciones. —Margaret volvió a reírse—. Me pregunto si será un diamante vulgarmente grande... Oh, estoy segura de que lo es. ¿Qué otra cosa le daría el futuro duque de Benson a su futura esposa?

Al oír hablar de anillos de compromiso, Bethany sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Le hizo pensar en el hermoso anillo que Brian le había regalado antes de separarse tan bruscamente. Le dolía más porque no podía llevarlo. Si su madre llegaba a verlo, sería desechado de inmediato. Su compromiso con el hijo de un duque era demasiado importante para su familia.

Bethany le había dado el anillo a Megan para que lo guardara. Era un riesgo, porque si alguna vez encontraban algo de ese valor entre sus pertenencias, daría lugar a preguntas, ninguna de las cuales Bethany y Megan serían capaces de responder.

—¿Qué dices, hija, sobre ese pequeño paseo con Arthur mañana?

Bethany puso los ojos en blanco. ¿Qué tenía que decir? Nada.

Su madre frunció el ceño, pensativa. La expresión de su rostro se iluminó.

—No olvides mencionar también la fecha de la boda. Debemos saber exactamente cuándo tendrá lugar. Las conversaciones se interrumpieron debido a tu ausencia. —Como de costumbre, Margaret hizo parecer que era culpa de Bethany que la hubieran secuestrado.

Bethany tragó saliva. Por obvia que fuera la sugerencia, la idea de celebrar la boda le parecía lejana e irreal. Era algo que siempre había rondado por su cabeza, pero que nunca parecía llegar. Oír a su madre mencionarlo fue como una patada en el estómago.

—Estoy segura de que será el perfecto caballero. Tu padre me dijo el otro día que tuvo un viaje muy rentable en Canadá. Seguro que ahora solo se centrará en el tema de la boda.

—Sí, estoy segura —dijo Bethany, sin nada más que decir. No podía quitarse de la cabeza la idea de estar junto a Arthur delante del altar. Le aterraba la perspectiva.

—De todos modos, te sugiero que lleves el bonito vestido verde de paseo. Combina con el color de tus ojos, y la delicada prenda seguro que hará que el corazón de Arthur se acelere. No debemos permitir que se arrepienta de su decisión de casarse contigo, ¿eh, querida? —Margaret, que ya se tomaba la libertad de llamar al marqués por su nombre, siempre y cuando solo

estuviera su hija presente, empezó a pasearse arriba y abajo por la habitación de Bethany. Se comportaba como si fuera ella la que se fuera a casar.

—Sí, madre... el vestido verde suena encantador.

—Podrías parecer un poco más entusiasmada —dijo Margaret, girando sobre sus talones y arrugando el entrecejo—. Pobrecita, debes de estar muy cansada. Me da miedo pensar lo que has pasado al estar cautiva de esos salvajes americanos durante tanto tiempo. Menos mal que fueron tan estúpidos como para traerte tan cerca de territorio británico, o nunca te habrían encontrado.

Las palabras de su madre fueron como una daga en el corazón. Bethany sabía que era culpa suya, pero oírlo decir le hacía daño. Si no hubiera sido tan testaruda, tal vez nunca se habrían marchado de Old Red Oaks, y Megan y ella seguirían con los hombres que amaban.

—Mejor descansa hoy para que mañana estés en tu mejor momento. No sería bueno decepcionar a tu prometido, ¿verdad? —Margaret se volvió hacia Megan—. Informa a la cocina que mi hija tomará su comida en sus aposentos hoy. —Puso una mano en el hombro de su hija—. Estoy tan emocionada por ti, Bethany. Eres la joven más afortunada de Gran Bretaña.

Bethany apretó los labios. Si fuera la joven más afortunada de América, estaría mucho más feliz.

Capítulo 18

Londres, Inglaterra

Mayo de 1814

Era una gloriosa tarde de finales de primavera, con un cielo azul perfecto sin apenas nubes. El sol colgaba lánguidamente en el cielo invitando a los pájaros a cantar sus alegres melodías. Las parejas paseaban juntas por los senderos que cruzaban por el parque más grande de Londres, en el centro de la ciudad, que se extendía en todas direcciones. Los jinetes daban su paseo diario, haciendo que Hyde Park pareciera más un lugar en el campo que una parte de la ciudad.

Bethany no compartía nada de la alegría que reinaba a su alrededor. Para ella, Londres era una prisión. No tenía nada de la familiaridad de antaño.

Cuando antes consideraba su cautiverio en América como una cárcel, ahora anhelaba esa tierra con todo su corazón. Su antiguo carcelero se había convertido en el hombre que amaba, su nuevo hogar y el lugar donde Bethany sabía que residía la felicidad. Ahora, el hombre al que su padre la había prometido había asumido el mismo papel que Brian había tenido: su carcelero. Lord Ranson Murray sería el hombre que encerraría su corazón para siempre hasta que se marchitara por la desesperación.

Como había prometido su madre, el día anterior había sido de descanso ocioso en sus

aposentos; para la madre, de preparación, y para Bethany, de ilusiones y sueños sobre Brian Travers.

Hoy sin embargo, se encontraba paseando del brazo de lord Ranson Murray. Todo a su alrededor era como una gran mancha verde a la que de vez en cuando se añadía algún color. No percibió las miradas de asombro y respeto que recibía de los transeúntes. Caminaba como un fantasma en busca de lo que quedaba de su alma.

Bethany y lord Ranson Murray formaban una pareja impresionante. Su prometido, era el epítome de la moda de la Regencia, mientras que Bethany estaba resplandeciente con su vestido de color verde pistacho.

—Bethany, debo decir que habría esperado un comportamiento mucho mejor por su parte. ¿Qué es lo que le pasa? Al menos debería mostrar algo de felicidad por haberse reunido con su prometido después de que yo organizara su rescate. —El tono de la voz de Arthur era áspero y penetrante, como si fuera un trozo de acero arrastrado sobre una superficie áspera y cascajosa.

La mirada de Bethany se enfocó gradualmente hasta que aparecieron los contornos del rostro de un hombre. Su corazón lloraba por Brian, pero su mente le susurraba la verdad. El hombre que estaba ante ella era apuesto, pero de aspecto malévolo.

—Bethany, respóndame cuando le hablo —insistió con su arrogancia—. No tendré una esposa que no muestre el decoro adecuado en público. Por Dios, mujer, tú... .

—Oh, cállese. Esto es difícil para mí, Arthur. No fue usted quien estuvo cautivo —soltó Bethany desesperada, dejando a Arthur asombrado.

—No prestaré atención a sus palabras ni su tono. Sé que ha debido de pasar un infierno y que necesita tiempo para adaptarse. Pero debería estar más agradecida por haber organizado su rescate —se mofó, repitiendo su propio heroísmo y, como hacía su familia, sin querer saber la verdad de su cautiverio, optando por creer lo que a ellos les convenía.

Bethany, que desde su regreso no era tan tolerante como antes, y menos aún con la arrogancia, se tensó al escuchar cómo él se otorgaba todos los méritos. Se detuvo y lo miró seria.

—¿Puedo preguntarle cómo orquestó mi rescate? Si no me equivoco, fue un tal capitán Reginald Pinkman quien lo hizo con tanta gallardía. A usted, en cambio, no se le vio por ninguna parte. Estaba aquí, en Inglaterra.

—Debe saber que mi incesante acoso a los burócratas coloniales lo que les indujo a actuar. Si no hubiera sido por mí, no la habrían buscado. Yo organicé el envío de las patrullas. —Arthur, parado frente a ella, se la quedó mirando fijamente—. ¿Su madre no te contó nada? Además, podría mostrar más educación cuando esté en mi presencia.

—¿Insinúa que no soy una dama? —siseó Bethany, interrumpiéndole a mitad de la frase. Ya estaba harta de que dijera ser su salvador, cuando obviamente no lo era.

Una sombra de altivez ensombreció las facciones de Arthur.

—No ha dicho ni una palabra desde que salimos de su casa. Ese comportamiento es el colmo de la mala educación. La conversación educada es la base de la cortesía inglesa.

—Entonces continuemos el paseo y puede que encuentre algo que decirle —dijo Bethany, queriendo poner fin a esa conversación que no llevaba a ninguna parte.

Arthur la estudió durante unos instantes, hasta que se convenció de que había ganado la discusión.

—Por supuesto, querida. —Le indicó dando un ligero toque con su mano en el brazo de Bethany, que aceptase el suyo.

Bethany tragó saliva. De mala gana, se aguantó las ganas de darle un manotazo y apartarse de él, pero se contuvo y dejó que la guiara por el sendero. Que diferente hubiera sido todo, si no se sintiera tan apática y triste…

—Creo que iremos a casa de mi padre a almorzar. Mencionó que le gustaría volver a verla

—indicó Arthur—. Oh, casi lo olvido. —Dejó de caminar y empezó a rebuscar en el bolsillo de su abrigo—. Tome... solo estaría medio prometida sin un anillo. Sé que no siempre es costumbre dar un anillo, pero en mi familia lo hemos hecho durante generaciones. —Extendió su brazo—. Tómelo, Bethany.

Arthur le mostró el gran diamante en forma de pera en un anillo de oro blanco guardado en una caja de terciopelo, y Bethany lo miró como si fuera una serpiente venenosa.

—Vamos... cójalo —la incitó Arthur con ese tono de voz arrogante suyo.

Toda la situación le gritaba a Bethany que saliera corriendo de ese gran error. No había forma de que estuviera enamorada de Arthur, pero si alguna vez hubiera esperado estar emparejada con un hombre así, todo ello había cambiado cuando su corazón quedó atrapado por el amor a Brian.

—¿Y bien? —Para entonces, Arthur parecía decididamente irritado. Su brazo extendido temblaba, mostrando su indignación. La expresión de su cara era feroz, haciéndole parecer aún más el hurón.

Bethany cogió el anillo con vacilación y se lo puso en el dedo. Era demasiado grande. Incluso con los guantes puestos, le quedaba holguero.

—Creo que hay que llevarlo a un joyero para que lo ajuste. Es precioso, pero demasiado grande para mi dedo.

Arthur parecía a punto de explotar.

—Sí, ya lo veo —siseó—. Los dedos de mi abuela no eran tan delicados como los suyos, démelo. —Le arrebató el anillo a Bethany con brusquedad.

—¿Su madre nunca llevó este anillo? —Al ver la expresión de confusión en su rostro, Bethany añadió—: Acaba de mencionar que su abuela tenía unos... um... cómo decirlo... sus dedos no eran tan delicados como los míos.

—También era el anillo de mi madre. Tuvo la amabilidad de dármelo para mi prometida. Es una tradición familiar, como ya he dicho —espetó él.

—Es muy bonito, pero demasiado grande para mis delgados dedos. No se preocupe; podemos cambiarlo por uno de la talla adecuada —dijo Bethany por primera vez, dejando asomar una sonrisa en su rostro. No era habitual que las damas de clase alta tuvieran los dedos como salchichas.

—Sí, así es. Es bueno que vayamos ahora a casa de mi padre. Parece que necesita engordar un poco. Sus dedos son como los de un esqueleto. —Se dio la vuelta y echó a andar de nuevo. Esta vez no le ofreció el brazo. Como un general que avanza, marchó rudamente delante de ella hacia el carruaje que los llevaría a la residencia londinense de su padre.

Detrás de él, Bethany sacudió la cabeza. ¿Cómo podía un hombre así reprocharle sus modales? Lord Arthur Ranson Murray era el hombre más grosero que había conocido. Suspirando, lo siguió en dirección a su transporte.

Capítulo 19

Londres, Inglaterra

Mayo de 1814

Benson House era casi tan impresionante como Carlton House. La gigantesca estructura estaba situada en Strand, frente al río Támesis y los hermosos parques que lo bordeaban. Su ubicación hablaba por sí sola, ya que el ducado de Benson era un antiguo linaje: la primera piedra de la sede londinense de la familia se colocó en el siglo XVI y, por tanto, en el centro de Londres. Desde entonces, la casa palaciega había sido reformada y ampliada continuamente para adaptarse a la vida moderna y a las crecientes necesidades de cada nueva generación.

No habían tardado mucho en llegar desde Hyde Park Corner. Bethany levantó la vista del carruaje cuando este entró en un patio cerrado separado de la calle principal. Era su segunda vez allí, pero no pudo evitar sentirse impresionada.

La casa se alzaba sobre ellos hasta una altura de cuatro pisos. Era de estilo paladiano y se asemejaba en parte a un templo romano perfectamente simétrico. Se parecía a Stourhead House, en Wiltshire, pero con muchas más ventanas. Bethany recordaba que era una casa muy luminosa. Junto con el actual duque de Benson, la casa o el palacio eran las dos únicas cosas que la consolarían si tenía que casarse con lord Arthur Ranson Murray.

Durante todo el trayecto, Arthur no había dicho una palabra. Se había sentado junto a Bethany y se había quedado pensativo. Se consideraba de mala educación dejar a una dama sentada en silencio, pues un caballero educado y con clase debía entablar conversación con ella. La entretendría con una historia de cómo llegó a ser la residencia familiar en Londres. Cualquier cosa para pasar el rato. Arthur se comportaba tal y como parecía: soberbio y petulante.

El instinto de Bethany se lo había advertido en cuanto lo conoció. Ahora, todo lo que él hacía confirmaba sus temores iniciales. Primero, la había reprendido bruscamente en el parque, y ahora se encerraba en un desdeñoso silencio. «¿Cómo pueden querer mis padres que me case con un hombre así? No pueden desear que viva una vida infeliz, porque eso es lo que Arthur me daría: tristeza hasta el día de mi muerte», pensó.

En cuanto le proporcionara un heredero, la desdeñaría, prefiriendo pasar el tiempo con sus compinches y amantes. Frecuentarían los establecimientos más turbios de la ciudad, y ella sería el hazmerreír. Todo el mundo sabría que el marido de la duquesa de Benson era el libertino y mujeriego más famoso de Londres.

Qué diferente había sido el comportamiento de Brian con ella...

Ni un solo minuto había sido tedioso en compañía de Brian. En retrospectiva, incluso disfrutaba discutiendo con él. Como el verdadero caballero que era, entablaba con ella una conversación inteligente y, lo que es más, divertida. Cómo le gustaría poder retroceder en el tiempo y volver al esplendor de Old Red Oaks.

—Bethany... estamos aquí... maldita sea, ya está otra vez distraída como si fuera estúpida —murmuró Arthur al salir del carruaje.

Bethany no se molestó en escuchar el insulto. Para ella cualquier cosa que dijera el marqués carecía de importancia. Estaba atrapada con ese hombre y ella no podía hacer nada para cambiar su destino. Incluso si pensaba en rebelarse y enfrentarse a él, no conseguiría mejorar su situación, sino empeorarla. Su marido, y más siendo tan influyente, podía ingresarla en un manicomio

cuando quisiera, quedando él como el afligido esposo.

—Sígame, Bethany. Mi padre está esperando, y no es conocido por su paciencia. El almuerzo empieza a la una. —Giró sobre sus pies y subió con rapidez los pocos escalones que conducían al edificio—. Dese prisa, Bethany. No pierda el tiempo. —Darle órdenes parecía la única forma en que pensaba comunicarse con ella.

Bethany le siguió sin que nada a su alrededor la impresionara. No vio los magníficos paneles de caoba de las paredes ni la doble escalera de madera que conducía al piso superior. Todo aquello era como una pesadilla sufrida por la vigilia.

El hombre más grosero y vanidoso estaba a su lado. Sin la intervención de Dios, estaría con ella hasta el día de su muerte. Estaba atrapada en un mundo en el que no tenía nada que decir. Otros habían planeado todo su destino por ella. Cuando hubiera actuado como yegua de cría, lord Arthur Ranson Murray la echaría a un lado. E incluso cuando Bethany pensara que esto era una bendición, moriría suavemente por dentro porque sabía cómo era el amor verdadero y que lo había perdido para siempre.

¿Qué podía hacer para ir a Estados Unidos? ¿Cómo podría hacer que su padre pensara más en ella que en su posición social? Y si conseguía escapar y llegar a América, ¿cómo podría escapar de su hermana y su marido? ¿Cómo llegaría hasta la propiedad de Brian? ¿Y cómo conseguiría que su prometido no buscara venganza por dejarle en ridículo?

Bethany no recordó cómo había llegado a sentarse en la gran mesa del salón del duque, pero cuando este le llamó la atención, ella se percató de que ya había empezado el almuerzo.

—Querida, parece que está a punto de desmayarse. —Desde su asiento en la cabecera de la larga mesa, el duque de Benson centró su mirada en su hijo. Sus ojos marrones se oscurecieron de inmediato—. Tú, petimetre... no te quedes ahí parado y ayuda a tu prometida a sentarse antes que esta pobre y delicada muchacha se desplome.

Arthur se apresuró a sujetar la silla por el respaldo para que Bethany se acomodara mejor en

su asiento, obedeciendo sin protestar a su padre. La profunda voz ronca del duque rezumaba poder y autoridad, recordándole a Bethany a la de Brian. Él también tenía la capacidad de mandar a los hombres con solo un grito.

Bethany sonrió al viejo y canoso duque ,que parecía un viejo león con su larga y desgreñada melena grisácea. Su rostro presumía de inteligencia y experiencia. Pero, sobre todo, el duque parecía amable. Era lo que Bethany más recordaba de su primer encuentro.

—Entonces, mi querida niña... dígame, ¿se siente mejor? —preguntó el duque.

Bethany asintió.

—Sí, Su Gracia.

El duque sonrió cálidamente.

—No se preocupe, querida. Todo irá bien. La perspectiva del matrimonio, los viejos duques gruñones y la temporada de bailes bastan para hacer que cualquier joven encantadora se desmaye de cansancio —dijo riendo entre dientes.

—Ha estado extraña toda la mañana, padre —añadió Arthur a modo de reproche.

—Esa no es forma de hablar de una dama, muchacho. Pensé que te había enseñado mejores modales. Es prerrogativa de una dama actuar diferente de vez en cuando. Tu querida madre es igual. Hoy, por ejemplo, decidió quedarse en su habitación porque se siente un poco mal. Desconozco la causa de su malestar, pero no la he interrogado. —Agarró la muñeca de su hijo—. Debes confiar en tu esposa, y todo irá bien. Y sé siempre un caballero.

Ignorando a su hijo, el duque indicó con la mano que sirvieran el primer plato.

—Querida, tenemos salmón ahumado... ¿Le parece bien? Puede tomarlo, o mando que preparen una sopa.

Bethany asintió.

—Sí, Alteza, es uno de mis platos favoritos; me gusta mucho el salmón ahumado.

—Excelente. Debo decir que ya tiene mejor aspecto. —Le dedicó una sonrisa.

Mientras el duque hablaba con su hijo de los asuntos de la familia, Bethany observaba cómo el mayordomo preparaba el salmón con pericia. Para cuando todos estuvieron servidos, los tres empezaron a comer y la conversación no tardó en reanudarse.

—Entonces, Bethany, ¿qué hay de la fecha de la boda? Sus padres y yo no hicimos ningún progreso al respecto después de enterarnos de su secuestro. —Enarcó una ceja—. ¿Fue horrible?

—¿Las discusiones de la boda, Su Gracia?

El duque soltó una carcajada.

—No, querida niña... Su tiempo de cautiverio en las Américas. He oído que son bastante bárbaros —dijo el duque dejando los cubiertos en el plato e indicando al mayordomo que estaba listo para el siguiente—. ¿Son incivilizados? —añadió, volviendo a mirar a su futura nuera.

Bethany arrugó la frente. Para ser franca, no sabía qué decir. Sentía un gran respeto por el duque y no quería mentirle. Su madre no la había educado así.

—En realidad, los americanos no son tan diferentes a nosotros.

El duque arqueó una ceja y bebió un sorbo de vino.

—¿En serio? —dijo, dejando la copa sobre la mesa.

—Tonterías, los yanquis son un grupo despreciable —intervino Arthur.

—¿Eres experto en la materia? —preguntó el duque, obligando a Bethany a contener una carcajada—. Que yo sepa, nunca has estado allí, así que cállate y deja que hable de ello quien tiene autoridad en el asunto. —Volvió a mirar a Bethany—. Continúe, por favor, querida. Porque ha sido usted quien ha estado en ese país infernal.

Bethany creyó tener una manzana entera se le hubiera atascado en la garganta. Se sintió

agradecida cuando el mayordomo, que trajo el plato principal, distrajo al duque.

Al ver su desconcierto, este frunció el ceño.

—No tiene que decir nada si es demasiado agotador, querida.

—No, Su Gracia, me encantaría contarle mis aventuras.

—Aventuras, ¿eh? —dijo el duque, llevándose un poco de carne a la boca con una sonrisa burlona.

Y así, Bethany contó al duque y a su prometido lo que había sucedido desde la captura del Capricornio por el Poseidón. Hizo especial hincapié en describir a sus captores americanos como hombres benévolos que se comportaban de forma caballerosa. También se explayó sobre la belleza de la tierra. Además, no pudo decir más elogios sobre Old Red Oaks y los esclavos que vivían allí.

—Parece que le encantó el lugar… —se burló Arthur.

—Sí, parece que le gusta —añadió el duque—. No tiene nada de malo. Es una pena que hayamos perdido aquellas malditas tierras a manos de los lugareños, ¿eh? —Se rio antes de beber otro sorbo de vino—. Y todo por culpa de un impuesto infernal y la falta de representación. —Se acercó a Bethany—. En mi opinión, creo que tenían mucha razón. ¿Quién quiere pagar impuestos, eh?

—Lo que no acabo de entender es por qué estaba tan cerca de la frontera canadiense en primer lugar —dijo Arthur—. No había noticias de una carta confirmando la recepción de mi oferta para pagar el rescate, y ninguna respuesta por mi parte en cuanto a dónde entregarla a cambio de dinero. Nada... no hubo respuesta de ese... ¿cómo se llamaba? —Arthur arrugó la frente—. ¡Ah, sí! El capitán Brian Travers.

Bethany estuvo a punto de atragantarse con el vino cuando oyó el nombre del hombre al que amaba salir de la boca de su prometido.

—Tome un sorbo de agua, querida —dijo el duque, tranquilizador.

Bethany no dispuso de mucho tiempo hasta que su prometido la apremió para que respondiera.

—El capitán Brian Travers es un caballero y un hombre de honor. Al principio exigió un pago por mi liberación, porque así se lo exigía el Estado y también su tripulación, que naturalmente recibiría su parte. Al final, decidió recompensarles de su propio bolsillo y devolverme a mi gente sin recibir un rescate. —Las palabras salieron de su boca con firmeza.

—Parece todo un caballero —señaló el duque—. No sabía que en las colonias hubiese hombres así —rio—. Perdón, en los Estados Unidos de América —se corrigió.

—No hace tanto tiempo que formaban parte del imperio. Y además, Brian desciende de una línea noble... —La mano de Bethany voló a la boca cuando se dio cuenta del error que había cometido.

—Ciertamente, usted se familiarizó con nuestro capitán de la marina americana —se burló fríamente Arthur—. Se ha referido al hombre como Brian; dudo que yo llamase a mi captor por su nombre de pila.

—No sé qué está insinuando.... —dijo Bethany, haciendo acopio de todo su autocontrol.

—No hace falta que responda a ese comentario tan injustificado y grosero, querida. —El duque dirigió entonces una expresión de desdén a su hijo—. ¿Cómo te atreves a hablarle así a una dama en esta casa? Te disculparás, te lo aseguro —gruñó el duque.

La fuerza de su voz casi hizo que Bethany se deslizase bajo la mesa. Sentado a su lado había un hombre de verdad. Su mirada se desvió hacia su prometido. Sus finos labios se crisparon, pero no se atrevió a mirar a su padre de frente.

—Pido disculpas por insinuar cualquier tipo de familiaridad por su parte con el pirata americano —dijo al fin Arthur. No levantó la vista. En cambio, siguió dedicando toda su

atención a la comida que tenía en el plato.

Su padre le ignoró. Parecía que la disculpa era suficiente para él. Dio algunos bocados a la comida y de vez en cuando, bebió de su copa.

—Bueno, ahora que el viejo Boney ha abdicado ¿qué cree que pasará ahora? —preguntó el duque, dirigiendo su pregunta a Bethany, que casi estalla riendo cuando su prometido estuvo a punto de atragantarse con un trozo de carne. No era habitual que un hombre le pidiera algo así a una dama, y menos a una tan joven.

—En mi opinión, Su Gracia, la amenaza de Napoleón aún no ha terminado...

—Tonterías, el tirano se pudre en la isla de Elba —entonó Arthur, airado.

El duque levantó la mano para calmar el arrebato de su hijo.

—¿Por qué dice eso, querida? Tendría que estar de acuerdo con mi hijo. No tiene más que mil hombres a su disposición y la flota británica tiene rodeada la isla. No hay salida para él.

Bethany había leído mucho sobre el tema y también había escuchado hablar mucho de ello tanto a su padre como a Brian y John.

—Todo lo que Napoleón tendría que hacer es salir de la isla y desembarcar en la Francia continental. Aún le quedan muchos soldados leales. Se unirían a sus estandartes y marcharían sobre París —dijo Bethany.

—Una idea muy interesante, querida. —El duque pensó un momento—. Será encantador hablar sobre este tema con usted.

Mientras Bethany y el duque conversaban, Arthur dedicó toda su atención a beber vino. No podía creer que su padre se tomara tan en serio a aquella mujer. Una cosa era que considerara las opiniones de su madre con tanta seriedad, pero esto era ridículo. Su prometida no era más que una niña, y una niña tonta.

Verla sonreír con tanta autosuficiencia le irritaba. Lord Arthur Ranson Murray despreciaba a la gente que se creía demasiado lista. Alguien como al parecer era Bethany. No tardaría en convertirse cuando fuese su esposa en una persona más sumisa y callada. Sabía que tendría que tener cuidado mientras su padre viviera. Pero eso no sería para siempre, y entonces la señorita Bethany Norbert estaría a su merced.

Capítulo 20

Londres, Inglaterra.

Mayo de 1814

—No sé qué hacer, Megan. La situación es desesperada. —Bethany se paseaba arriba y abajo en la habitación de su casa de Londres. Era la noche anterior al baile y sus padres no estaban en casa.

—Tenemos que escapar, Bethany —dijo Megan.

—¿Cómo? No tenemos dinero.

—¿Cómo puedes decir eso? Vienes de una de las familias más ricas del país. Todo lo que se necesitaría es vender algunas joyas, y podríamos obtener pasaje a bordo de un barco a Canadá. Enviaremos una carta a Brian de antemano para que él y John lo organizaran todo. No sé por qué dudas. —Megan estaba de pie junto a las ventanas de guillotina, mirando hacia la calle.

Bethany suspiró mientras se sentaba en el banco frente a su tocador.

—No creas que no he pensado en todo eso. Pero aún hay muchos obstáculos. ¿Y si abren la carta...?

—¿Por qué iban a hacer eso? —intervino Megan, dándose la vuelta para mirar a su señora y amiga.

—Porque este país está en guerra con los Estados Unidos de América. Además, supongamos que tenemos suficiente dinero para llevar a cabo este plan; el duque de Benson es un hombre poderoso. Hará que todos los barcos sean controlados en el puerto antes de que puedan siquiera considerar la posibilidad de partir. Nos atraparían y piensa en las repercusiones: yo sería condenada al ostracismo en la sociedad, y tú nunca volverías a trabajar; acabarías en la calle, y yo no podría hacer nada para ayudarte.

Megan se encogió de hombros.

—Entonces tendremos que fingir nuestras muertes. Eso les despistaría. —Se dirigió a la cama.

Bethany negó con la cabeza.

—No podría hacerles eso a mis padres. Les rompería el corazón y no digamos al viejo duque.

—¿Por qué no? Quieren que te cases con ese ogro. ¿Cómo crees que será la vida con él? Te socavará a cada paso. El buen duque no vivirá para siempre, Bethany... ¿entonces qué crees que te pasará? Sucumbirás y te marchitarás como una flor. Nunca volverás a ver a Brian. ¿Es eso realmente lo que quieres?

—Podría hablar con él —dijo Bethany en voz baja y temblorosa. La idea de no volver a ver a Brian le producía ligeras náuseas.

—¿Con quién?

—Con el duque.

—¿Qué? ¿Has perdido el juicio? Te tendría encerrada en su casa hasta la boda y a mí a tu lado. —Megan frunció el ceño—. Tenemos que escapar. Sé que hay una manera. Mucha gente lo ha hecho antes que nosotros. Y míralo por el lado bueno. No es como si estuviéramos encarceladas en esta casa. Podemos irnos cuando queramos.

—No lo sé, Megan. El duque de Benson es un buen hombre. Me recuerda a Brian en cierto sentido. Sé que puede ayudarme con todo este asunto si hablo con él. —Bethany se pasó la mano por la cabellera oscura y sedosa.

—¿Qué te hace pensar que aceptaría ayudarnos en una empresa tan absurda? —Megan empezó a pasearse de un lado a otro. Pronunció unos cuantos juramentos en su escocés nativo. Normalmente, esto habría hecho reír a Bethany, pero esta noche no—. Puede parecer un buen hombre, pero necesita una mujer con la que casar a su hijo y que le dé nietos. Ahora que le gustas, no te dejará marchar, eso seguro. Necesita un heredero, eso es lo único que les importa a esos aristócratas.

—No estoy de acuerdo. Hubo un momento durante la comida en el que reprendió a su hijo por hablarme mal. Parecía como si supiera cómo es realmente su hijo. Quiere que se case, pero también sabe que necesitará una mujer muy especial para sobrevivir a su trato.

—¿Y esa eres tú, supongo? —preguntó Megan, sarcástica.

—Yo no he dicho eso. Solo opino que puedo convencer al duque de que nos ayude a salir del país. —Bethany apretó las yemas de los dedos haciendo fuerza con las articulaciones—. El duque me hizo sentir más hija suya de lo que jamás lo hizo mi padre.

—¿Por qué no te casas con él, entonces? —preguntó Megan, riéndose.

—Megan, deja de intentar sabotear esta discusión —siseó Bethany.

—Lo siento. —Megan dejó de dar vueltas y se sentó en la cama. Acunó la cabeza entre las manos y suspiró.

—Si realmente no te gusta la idea de involucrar al duque, entonces debemos pensar en otra cosa. Y se me ocurren muy pocas aparte de salir corriendo —dijo Bethany, mirando a su amiga por el espejo.

Megan levantó las manos y volvió a suspirar.

—No me gusta la idea de involucrar al padre del hombre con el que se supone que te vas a casar... no —dijo —, definitivamente no me gusta esa idea. Pero también sabes juzgar muy bien a las personas, y confío en ti.

—Gracias, Megan. Eso significa mucho para mí. Yo también confío en ti. —Bethany sonrió por primera vez ese día—. Conseguiremos volver a América, lo sé. —Se levantó, se acercó a Megan y se sentó en la cama a su lado. Le cogió la mano—. ¿Lo crees, Megan?

Esta giró la cabeza hasta mirar a su amiga a los ojos.

—Sí, lo creo. Ya me costó bastante conocerlo. Soñé que nos encontraríamos con ellos. Entonces, ¿por qué nos separaría Dios después de todo? No tiene sentido.

Bethany rio entre dientes.

—Como siempre, Megan, has dado en el clavo. —La expresión de su rostro pronto se ensombreció—. Si no hubiera sido tan testaruda, aún estaríamos allí con los hombres que amamos.

—Nunca te culpes por ello. No podías saberlo. Además, es mucho más difícil para ti… —Megan hizo una pausa en un intento de encontrar las palabras adecuadas—. …Actuar con normalidad.

Bethany frunció el ceño.

—¿No crees que soy normal?

—No, no es eso. Si las cosas hubieran sido diferentes, yo habría seguido trabajando aquí y habría encontrado a algún hombre que se casara conmigo y ya está; nos habríamos querido y todo habría ido bien. —Puso los ojos en blanco—. Vosotros, en cambio, tenéis que seguir todas estas reglas. No me extraña que no supieras lo que te pasaba cuando empezaste a sentir algo por Brian. Iba en contra de todo lo que te habían enseñado.

Bethany revivió los momentos que había pasado con él. Megan tenía razón. No sabía lo que

le estaba pasando. La había sorprendido de forma clandestina. Sin darse cuenta, le había devuelto el beso a Brian. Había intentado resistirse, pero sus sentimientos habían podido con ella. Pensándolo bien, no lo habría hecho de otra manera.

—Muy bien, entonces. El baile de la duquesa de Haddington es mañana. Estoy casi segura de que el duque asistirá. Me acercaré a él y expondré mi caso. —De alguna manera, Bethany ya no se sentía tan segura sobre ese curso de acción.

—Supongo que entonces lo sabremos —dijo Megan, apoyando el brazo en el hombro de Bethany.

—Por supuesto que no mencionaré nada sobre ti. Este es mi sacrificio. Si no convenzo al duque, tendremos que encontrar la forma de llevarte a América sin mí —dijo Bethany, con la mandíbula apretada.

—No, no te dejaré. Es mi deber permanecer a tu lado.

—Como doncella tal vez, pero no como mi amiga.

La expresión del rostro de Megan se endureció.

—No, no te abandonaré a los lobos —repitió—. Es mi deber aguantar. Eso es lo que hacen los amigos.

—Mira, le debes a John hacer todo lo que esté en tu mano para volver con él. Hiciste una promesa —dijo Bethany—. Y además, ¿qué clase de amiga sería si te negara tu felicidad, porque yo no logré asegurar la mía? Si tiene que haber algún perjudicado, solo seré yo.

Megan reflexionó un momento.

—Los dos volveremos a América o no volveremos. Y esa es mi última palabra sobre el tema.

Bethany podría haber llorado. La fortaleza y la lealtad de Megan la asombraron. En cierto

modo, no esperaba menos de la tenaz escocesa, pero oírlo en voz alta significaba mucho más.

—¿Tal vez deberíamos escapar después de todo? ¿Y si me equivoco sobre el duque? Arruinaré nuestras vidas.

—Por supuesto, esos dos muchachos podrían facilitarnos las cosas apareciendo por aquí y poniéndonos a salvo en sus brazos. ¿Por qué tenemos que hacer todo el trabajo, eh? Si son caballeros, ¿no deberían luchar por nosotras? —Megan apretó la mano de Bethany—. Creo que deberíamos ser pacientes. ¿Cuándo será la boda?

—Aún no está fijada la fecha —murmuró Bethany.

—¡Exacto! Lleva tiempo preparar estos grandes acontecimientos. Creo que deberíamos esperar un poco más. Nada bueno sale por precipitarse… ¿qué te parece?

Bethany asintió.

—Tienes razón. Solo tomaremos medidas drásticas cuando se fije la fecha de la boda. Antes de eso, esperaremos. Podríamos, por supuesto, escribirles una carta y decirles que estamos bien. —Tenía tanto que decirle a Brian, pero no sabía por dónde empezar.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Bethany—. Aunque hay que tener cuidado con lo que escribimos, y debes ser tú, Megan, quien la firme.

—Bien. Entonces escribiremos una carta a nuestros hombres... —declaró Megan en un tono que no abordaba discusión.

Capítulo 21

Londres, Inglaterra

Mayo de 1814

Delante de la Haddington House había un hervidero de colorida actividad. Cualquier persona importante había sido invitada al baile. Incluso se rumoreaba que el mismísimo príncipe regente asistiría.

—¿No es emocionante, Bethany? —balbuceó su madre—. Y estar en compañía de tu encantador prometido... Eres muy afortunada, hija mía. Serás la envidia de todo el baile.

—Sí, las damas se pondrán verdes de envidia —dijo lord Arthur Ranson Murray, chorreando prepotencia. Ayudó a su futura suegra a bajar del carruaje. Su comportamiento era peor que de costumbre, si es que eso era posible. Arthur no había dirigido la palabra a su prometida en todo el trayecto en coche desde la casa de los Norbert, prefiriendo dedicar toda su atención a la madre de Bethany.

Esta los observó intercambiar algunos comentarios más mientras se acercaban a la mansión.

Bethany estaba espectacular con su vestido de corte imperio, que se deslizaba con delicadeza alrededor de su esbelta figura. Era de color verde claro, y en la mano llevaba un abanico pintado a mano, hecho de marfil y con adornos de oro.

Como de costumbre, Arthur iba impecablemente vestido con un elegante traje oscuro. Un

pañuelo de cuello rojo adornaba su almidonada camisa blanca con un elaborado nudo.

—Estoy deseando ver cómo ha decorado la duquesa el salón de baile esta vez —dijo la madre de Bethany, que llevaba un elegante vestido de seda azul de corte imperio. Ya había entrelazado su brazo con el de Arthur y los dos empezaron a dirigirse hacia el pórtico de Haddington House. Bethany y su padre los siguieron. Estaba contenta de estar con él y no con el insufrible marqués. Le preocupaba que hubiera muchas oportunidades de pasar tiempo con él durante el baile. Esperaba que Arthur considerara su situación como la de una pareja casada, pues dos personas en tal unión difícilmente bailaban juntas en actos formales.

Bethany apretó los labios. Odiaba que su madre se comportara como si llevara toda la vida perteneciendo a la alta sociedad. Nunca había estado en la residencia londinense de la duquesa, aunque su comportamiento denotaba lo contrario. Su padre era rico y ahora ostentaba el título de baronet, pero eso no bastaba en absoluto para conseguir una invitación a ese baile. Todo se debía al hecho de que Bethany era la prometida del hijo del duque de Benson.

En secreto, Bethany rezó para que el viejo duque estuviera presente. Pensó en su conversación con Megan de la otra noche. En cierto sentido, seguía estando parcialmente en desacuerdo con su amiga. Creía que el duque la ayudaría si le contaba todo, incluso que estaba comprometida con Brian. En el fondo de su corazón, estaba segura de que era un buen hombre que haría lo correcto cuando tuviera que tomar una decisión. Sin embargo, habían decidido ser pacientes y eso es lo que haría Bethany.

—Esto es bastante grande —dijo el padre de esta cuando entraron en el enorme edificio.

El interior era más impresionante que el exterior. En el vestíbulo, unas escaleras conducían a un piso superior. Era la única estancia que se elevaba a través de dos pisos, creando la sensación de techos interminables.

Bethany, junto a su padre, se acercó a la escalera que tenía una barandilla y postes de vidrio. Se amalgamaba perfectamente con varias de las habitaciones principales, que juntas formaban

parte de un vasto salón de baile dorado. Era como estar en un cuento de hadas.

—Ahí está la duquesa de Haddington —balbuceó la madre de Bethany—. Se ha puesto bastante rellenita últimamente.

Bethany puso los ojos en blanco mientras seguía caminando hacia el centro del salón de baile. Mientras tanto, su madre y Arthur seguían cotilleando sobre los demás invitados. Su padre permanecía en silencio. Cuando se detuvieron junto a la pista de baile, él señaló discretamente a un grupo de hombres que conversaban.

—Ése sería el Club de los Dandis[5] —dijo.

Bethany dejó que su mirada recorriera el gran salón. Aún no se había anunciado el primer baile, así que los invitados se arremolinaban charlando.

—Y el príncipe regente está con ellos —dijo ella con naturalidad.

—Siempre lo está —respondió su padre en tono desinteresado. Sus ojos avariciosos buscaban perspectivas más lucrativas. Bethany sabía que tenía la esperanza de encontrar a un político o a otra persona que favoreciera sus intereses comerciales. Cuando puso los ojos en alguien, dijo—: Estarás bien, Bethany. Tengo que ir a ver al embajador francés. Ahora que la guerra ha terminado, querrá establecer lazos comerciales con nosotros. —No esperó respuesta.

Bethany lo observó deslizarse por el salón de baile hacia su posible objetivo. Siempre le asombraba involucrado que estaba en su negocio. Nada, ni siquiera su madre, se interponía en su camino cuando olía el beneficio. Otra mirada en dirección a su madre demostró que ella no era más que un vehículo para su designio. Arthur estaba a punto de presentarle a la duquesa de Haddington.

—¿Ya se ha aburrido, querida? —dijo una voz familiar.

—Su Gracia, esperaba que estuviera aquí —dijo Bethany a su futuro suegro. Le sonrió cálidamente.

Él se rio entre dientes.

—Incluso yo tengo que hacer acto de presencia de vez en cuando. Los bailes no son algo que me guste, pero mi mujer insiste en ello. —El duque de Benson señaló discretamente a una atractiva mujer de unos cincuenta años, que conversaba con unas damas—. A estos eventos acuden demasiados charlatanes inflados —añadió.

Bethany sonrió.

—Mi prometido parece estar en su elemento.

—Ah, sí. Eso será porque todavía tiene mucho que demostrar.

A Bethany le pareció que el duque estaba decepcionado con su hijo. En ese momento, quiso contarle al anciano sus planes. Quería sincerarse con el dulce hombre y contarle todo sobre Brian. Entonces, Megan vino a su mente. Le había prometido que tendrían paciencia.

—Venga conmigo, querida. Aquí al menos hay gente interesante —dijo el duque—. Permítame que se los presente. Cuando esté casada con mi hijo, las personas como estas serán su salvavidas durante esos largos y aburridísimos banquetes. Siempre tienen ganas de divertirse.

Bethany inclinó la cabeza y entrelazó su brazo con el de él. Dejó que la guiara en dirección al grupo de hombres que antes había observado con su padre.

—Ah, Benson, veo que no has olvidado a tu mejor amigo —dijo una voz altiva que no admitía discusión. Pertenecía a un hombre que siempre conseguía lo que quería.

—Nunca os olvidaría, Alteza Real —dijo el duque de Benson, inclinando ligeramente la cabeza.

—Bien, ¿y quién es esta encantadora dama que le acompaña? —El príncipe levantó la mano para adelantarse al duque—. No, no diga nada; nos conocemos ¿verdad?

A Bethany le costó ocultar su sorpresa. El regente la recordaba de la ceremonia de

nombramiento. Hizo una reverencia.

—Sí, así es, Alteza Real. Me rescató de una tediosa charla de negocios durante el nombramiento de mi padre el año pasado.

—Sí, me acuerdo. ¿Cómo podría olvidar a una joven tan encantadora? Su belleza brilla como un faro en este entorno tan monótono... ningún hombre podría pasarla por alto —dijo el regente, con cara de satisfacción—. Así que esta es su futura nuera, ¿eh, Benson?

—Sí, esta es la encantadora señorita Bethany Norbert, Priney —dijo el duque de Benson, utilizando el sobrenombre de la regente.

La cara del hombre regordete se iluminó. Sus mejillas parecieron enrojecer aún más.

—Su hijo es un hombre afortunado, Benson. A cualquiera de estos granujas le encantaría cortejar a una dama tan elegante. Por suerte para usted, Bethany, su madre la mantuvo tan bien escondida que no cayó sobre usted ninguno de nuestros bribones. —El príncipe regente señaló al Club de los Dandis.

En el grupo estaban William Arden, segundo barón Avanley, sir James St. John-Mildmay y James Pierrepoint y, por supuesto, el tristemente célebre Beau Brummel; juntos formaban los Regency Bucks, que era otro sobrenombre de la agrupación.

Todos iban vestidos a la moda. El frac negro o azul marino era, por supuesto, de rigor en una de estas reuniones formales. Bajo él, un chaleco de seda blanca descendía por debajo del frac y cubría la parte superior del pantalón. Cada hombre llevaba una camisa de lino y zapatos negros con hebillas o cordones plateados. La única forma en que realmente se distinguían era por el pañuelo del cuello. Avanlay había optado por la seda negra, Mildmay por la amarillo, Pierrepoint por la verde y Brummel lucía un atrevido color rosa.

El príncipe regente, un hombre notoriamente veleidoso, llevaba un corsé de ballena bajo la camisa, un chaleco amarillo brillante y un frac de color clarete. Un pañuelo de cuello

especialmente alto ayudaba a disimular su papada.

—Bueno, Benson. ¿Cuándo es el gran día? —preguntó el príncipe, relamiéndose y cogiendo un pastelito relleno de salmón ahumado, cebollino y crema agria que un criado le ofreció en una bandeja de plata—. Por supuesto, recibiré una invitación... —añadió el regente.

El duque de Benson se acercó.

—Por supuesto, que sí, Priney. Una boda no sería lo mismo sin Su Alteza. Es casi tan importante como la novia. —Este comentario provocó cierta risa entre los demás miembros del Dandy Club.

El príncipe entrecerró sus ojos.

—Bien, me alegro de oírlo. Nunca hay demasiadas fiestas en un año, ¿eh?

—Así es —dijo Avanlay, coincidiendo.

—Estoy de acuerdo. Las bodas son acontecimientos encantadores. Hay tanto champán..., y muchas damas hermosas, aunque me atrevería a decir que ninguna será tan encantadora como usted —dijo Pierrepoint, inclinando ligeramente la cabeza hacia Bethany.

Esta se sonrojó. Todos eran encantadores. Contrastaban directamente con el hombre con el que iba a casarse. Cada uno de ellos representaba el pináculo de lo que era un perfecto caballero. Pasaban los días en sus sastrerías, clubes o en el campo cuando era la temporada.

—¿Qué dice, Mildmay? —preguntó el Príncipe—. ¿Le gustan las bodas?

—Me atrevería a decir que Bethany es la dama más encantadora de esta sala, así que sin duda disfrutaré de su boda. Es una pena que yo no sea el novio. Eso haría que el evento fuera aún más agradable. —Acercó la cabeza a Bethany—. Y no le diga a mi mujer que he dicho eso —añadió con un brillo en los ojos.

El grupo de hombres se rio. El príncipe era el más ruidoso de todos. Las migas caían de sus

labios como copos de nieve cuando rio.

—Así que, como ve, querida, no le faltan admiradores —dijo el regente—. Si alguna vez le aburre el joven Arthur, siempre podrá encontrar un caballero adecuado entre todos estos. — Bethany sonrió. Al mismo tiempo, otro rubor le subió por el cuello hasta la cara.

—He oído que acaba de regresar de una ardua aventura en las Américas —dijo Pierrepoint.

—Sí, la señorita Norbert fue víctima de un secuestro. Una fragata americana atacó su barco y fue retenida por sus captores durante meses —dijo el duque de Benson, respondiendo por Bethany.

—Dios mío, eso debió de ser aterrador —dijo Avanley.

—¿Es el gusto de los americanos para vestir tan malo como dicen? —preguntó Brummell, desviando la conversación hacia su tema preferido—. He oído que visten de forma espantosa.

—Quizá debería viajar a Estados Unidos y enseñarles cómo se hace —dijo Mildmay.

—Podría mejorar sus finanzas, Brummell. Me atrevería a decir que, con el tiempo, acabará en la cárcel por sus deudas —dijo Arthur, uniéndose a la conversación.

—Es un pesado insufrible, joven —dijo el regente—. Benson, le sugiero que le enseñe modales a este hijo suyo. No quiero que saque el tema de las fianzas en esta alegre ronda... muy maleducado... muy maleducado.

El duque de Benson miró a su hijo con el ceño fruncido.

—Mi hijo se disculpará por su comentario. Sabe que estuvo fuera de lugar. Me temo que el champán debe de haberle afectado el juicio.

—Sí, debe de ser eso —dijo el regente.

En los momentos siguientes, se anunció el primer baile.

—¿Me concede el honor de este baile, querida? —preguntó el duque de Benson.

—Me encantaría —respondió Bethany con sinceridad.

De camino a la pista de baile, ella escuchaba las conversaciones que tenían lugar a su alrededor. Casi todas las conversaciones eran chismes escabrosos y lascivos, discusiones sobre la temporada de caza, la última moda y muchas otras tonterías superfluas. Le hizo pensar en lo que estaba pasando Brian. Aquí la gente se comportaba como si no pasara ocurriera, pero ella sabía que, a unos miles de kilómetros, la vida de su hombre pendía de un hilo.

Bethany apretó los labios y pensó en lo que haría a continuación. Mientras caminaba en silencio con el duque, de alguna manera se desvaneció la noción de toda su existencia, y no le gustaban sus opciones. Miró furtivamente en dirección al duque.

¿Debía confiar en él o no? Este fue el pensamiento que le vino a la mente cuando comenzó el primer baile con el rasgueo de muchos violines y algunos violonchelos. Era un vals. Para Bethany, el sonido era cacofónico. ¿Qué habría sido de Brian Travers?

Capítulo 22

Londres, Inglaterra

Septiembre de 1814

A Brian le había costado encontrar alguien que lo ayudara a llegar a Inglaterra, al estar la guerra entre ambos países en su auge. Pero afortunadamente había conseguido un pasaje a bordo de una fragata británica con destino a Inglaterra, alegando que eran comerciantes en un viaje de vital importancia para la corona. El sello que así lo acreditaba les dada seguridad, así como el alegar que sus negocios aportarían dinero a las arcas inglesas que, tras la guerra contra Napoleón, estaban casi vacías.

El viaje había tardado unos veinticinco días en llegar a su destino, que en general era el tiempo habitual, teniendo en cuenta la distancia de algo más de tres mil millas náuticas entre Baltimore y Portsmouth.

Tras desembarcar en Portsmouth, los dos hombres habían conseguido viajar en carruaje hasta la capital, un viaje que les había llevado cerca de un día y que incluía pernoctar en una de las posadas del campo. Aún quedaban muchas cosas por considerar y pasar unas horas en la posada les ayudaría a no precipitarse en su llegada a la capital y pensar bien en cuál sería su siguiente paso.

Al llegar a Londres, Brian no sabía qué pensar. No sabía si la ciudad le gustaba o no. En su

país, había estado en Washington, Baltimore y Nueva York, pero no eran nada en comparación. Londres era un monstruo en expansión que poco a poco se comía los pueblos de alrededor y, con el tiempo, los absorbía como distritos.

Lo que más disgustaba a Brian era la marcada división entre los ricos y los desfavorecidos. Lo mismo le ocurría en su tierra, y por eso salía lo menos posible de su plantación. Old Red Oaks era su refugio, y esperaba compartirlo algún día con Bethany.

Pero en Londres, el abismo entre ricos y pobres parecía más pronunciado. Por un lado, las mugrientas calles estaban repletas de viviendas ruinosas, llenas de mendigos, borrachos y lisiados; por otro, estaban repletas de blancas estructuras adosadas y bien cuidadas, o de mansiones gigantescas por las que deambulaban hombres y mujeres elegantemente ataviados; era en una de estas partes de la ciudad donde John y Brian se encontraban en ese momento.

John silbó.

—Menuda casa tiene el padre de Bethany —dijo mirando la gran estructura del West End londinense. Era un clásico edificio georgiano adosado, de un blanco impoluto, que tenía una numeración negra en uno de los pilares junto a la puerta principal.

—Sí, lo es. —Brian pensó un momento—. Espero que estén en casa y no en el campo.

—Están aquí, lo noto en los huesos —dijo John. Al ver que su amigo vacilaba, le dijo—: Bueno, ¿a qué esperas? Llama a la puerta. No hemos venido hasta aquí para desanimarnos cuando solo una puerta nos separa de las mujeres que amamos.

Brian asintió. Su corazón latía al doble de su ritmo habitual. Lo que estaba a punto de hacer le había parecido muy fácil durante el viaje a Inglaterra y cuando John y él habían discutido su plan la noche anterior. Ahora que estaba frente a la casa de Bethany, se sentía cohibido. ¿Y si ella había seguido adelante con su vida? ¿Sería posible que se hubiese resignado a su destino y estuviese dispuesta a cumplir con su deber para con su familia? ¿Le despreciaría y negaría lo que pasó entre ellos?

Todos estos pensamientos le provocaron ligeras náuseas. Un fuerte golpeteo seguido del tañido de una gran campana de latón junto a la puerta principal le sacó de sus cavilaciones. Miró a John con el ceño fruncido.

Su amigo arqueó las cejas y se encogió de hombros con indiferencia.

—Uno de los dos tenía que hacerlo, y no parecía que fueras a ser tú. —Guiñó un ojo y volvió la vista a la gran puerta negra.

Un lacayo no tardó en abrir la puerta, que se dejó entreabierta sin apenas hacer ruido. No pronunció palabra. Retrocedió hasta que otro hombre entró en escena.

En el centro del vestíbulo de mármol blanco y negro a cuadros se encontraba el mayordomo.

—Buenas tardes, caballeros —dijo el hombre vestido con la elegante librea de noche que se ponía invariablemente antes del almuerzo.

—Buenas tardes, señor —dijo Brian—. Estamos aquí para ver a la señorita Bethany Norbert.

El mayordomo arqueó las cejas. Era muy raro que un extraño visitara a una dama sin una presentación formal.

—¿Puedo saber quién pregunta por ella? —preguntó con su voz gutural, casi helada. Los músculos de su rostro apenas se movían al hablar.

—El señor Brian Travers y el señor John Jefferson, de Virginia, Estados Unidos. —Brian pensó que tal vez mencionar sus orígenes podría aumentar sus posibilidades. Seguramente, en Norbert House se sabía que Bethany había sido retenida en los Estados Unidos...

—Bethany... quiero decir la señorita Bethany Norbert fue huésped en mi plantación cuando estuvo en las Américas.

—Ya veo. Tendré que consultar con el señor de la casa si pueden complacer su petición de ver a su hija. —El mayordomo dio un paso atrás y acompañó a John y a Brian al interior. Después de que el lacayo les ayudara a quitarse los abrigos, el mayordomo los condujo al salón —. Pueden esperar aquí si lo desean. —Hizo una reverencia y se marchó, sin que sus zapatos hicieran apenas ruido al atravesar el ornamentado suelo de parqué del salón, de vuelta hacia el pasillo.

John silbó de nuevo mientras observaba el rico papel pintado de seda de las paredes y el lujoso mobiliario a su alrededor.

—Bonito, pero no tanto como el de Old Red Oaks —dijo.

Brian no respondió. Cada vez estaba más nervioso. El tiempo pasaba muy despacio. Se volvió adicto al rítmico tic-tac del reloj de pie del pasillo exterior. John era mucho más optimista mientras merodeaba por la habitación, inspeccionando las obras de arte de las paredes.

—Creo que esta es Bethany de joven —dijo examinando un retrato.

—Sí, lo es —dijo una voz en tono altivo. Tanto John como Brian se giraron. De pie en la puerta había un hombre de considerable estatura, con un traje impecablemente confeccionado—. Mi mayordomo me ha dicho que conoce a mi hija.

Brian se puso en pie.

—Sí, es correcto. —Se acercó al padre de Bethany y le tendió la mano—. Brian Travers, señor, a su servicio.

Sir George tomó la mano de mala gana.

—Sir George Norbert, señor Travers.

Después de que Brian hubo presentado a John, lanzó el discurso que había estado ensayando para este día.

—Sir George, mi amigo y yo hemos venido desde Estados Unidos a bordo de un barco británico para visitar a la señorita Norbert. —Pensó especialmente en evitar mencionar a Megan, lo que podría poner en peligro la posición de esta en la casa—. No sé si su hija me ha mencionado...

—No, no puedo decir que lo haya hecho. Sin embargo, no estoy aquí para complacer su deseo de visitar a mi hija. Solo quería conocer al hombre que la secuestró y la retuvo contra su voluntad. En cuanto mi mayordomo me dijo su nombre, supe de quién se trataba. Mi futuro yerno lo mencionó en alguna ocasión cuando me habló de su escandalosa petición de rescate.

—Nunca seguí con eso, señor —dijo Brian, interrumpiendo al otro hombre.

—Puede ser, pero secuestró a mi hija y a su doncella. Podría haberles hecho daño a las dos —le espetó sir George.

—Nosotros nunca lo habríamos hecho —intervino John.

—Ahora tendré la satisfacción de echarle de mi casa. Nunca pensé que llegaría este día —dijo, y llamó a su mayordomo para que hiciera traer sus abrigos.

—Es imperativo que vea a su hija, señor —dijo Brian.

—No, señor Travers. Es imperativo que abandone mi casa y no vuelva nunca. No deseo conversar con granujas ni un momento más. Debería estar agradecido de que no le exija una satisfacción. Buenos días, caballeros. —Sir George se dio la vuelta y salió de la habitación.

Brian y John siguieron su estela, sin dejar de suplicar al hombre que cambiara de opinión, sin éxito.

—Sir George, su hija es mi prometida —dijo Brian de pronto.

Sus palabras surtieron el efecto necesario. Sir George detuvo su paso y se volvió lentamente.

—Se equivoca, señor Travers. Mi hija se va a casar con lord Arthur Ranson Murray, el hijo del duque de Benson —anunció.

—Lo sé. Pero eso fue antes de que ella y yo nos enamoráramos. He venido aquí para oponerme a su unión con el hijo del duque y pedirle su mano en matrimonio.

—Qué propuesta tan absurda. No escucharé nada de eso y mi hija tampoco... de eso estoy seguro. Ahora, váyase antes de que llegue a casa y encuentre a sus viles secuestradores en el pasillo de su hogar —gruñó sir George.

Un grito agudo detuvo a Brian antes de que pudiera responder.

—¡Brian!

Era Bethany. Era lo más hermoso que había visto en su vida. A ella le temblaba el labio inferior mientras se llevaba poco a poco la mano a la boca.

—¿Qué... cómo... por qué estás aquí? —Fue lo único que se le ocurrió decir. Durante meses, ella había soñado con este día, pero nunca pensó que llegaría. Ahora, el hombre al que amaba estaba en el pasillo de la casa familiar de Londres.

—Bethany... no puedo creer que te esté mirando. —Él vio la confusión y la emoción en su cara. Tenía que explicarle—. Después de que te separaran de mi lado, he estado buscando la manera de regresar junto a ti. Tuve que esperar hasta tener todo listo para poder embarcar en un barco inglés con destino a Inglaterra —dijo Brian, dando un paso en dirección a Bethany. Había tanto que contar, pero no era el momento ni el lugar. Notó que sir George hervía de indignación a su lado.

—Un americano a bordo de un barco británico... ¡absolutamente ridículo! —dijo Arthur pasando junto a Bethany—. ¿Quiénes son estos hombres? —preguntó, dirigiendo su arrogante mirada a los dos americanos.

—¿Y qué hacen en mi casa? —preguntó a su vez la madre de Bethany. Estaba más esnob

que de costumbre con su elegante abrigo con forro de piel. Se lo había puesto para el paseo por el parque que había dado antes.

—Este hombre dice que ha venido a pedir la mano de mi hija —dijo sir George, señalando a Brian.

Arthur soltó una carcajada.

—Me temo que llega un poco tarde y que usted es demasiado americano para que eso ocurra.

—Es usted quien llega tarde —dijo Brian, cerrando la brecha que los separaba. Tomó las manos de Bethany entre las suyas—. ¿Todavía me amas, Bethany? Si es así, díselo. No ha pasado un solo día sin que pensara en ti. Volver a coger tus manos es el regalo más especial.

A Bethany se le escapó una lágrima que rodó por su mejilla. Sus labios temblaron. Por un instante, se quedó sin palabras. Era demasiado maravilloso tenerlo de pie ante ella y cogiéndole las manos.

—Nunca he dejado de quererte —dijo al fin.

—¡¿Qué?! No es posible que sientas algo por ese hombre. —La madre de Bethany infló las mejillas como una rana toro en época de celo—. Ya estás prometida a lord Ranson Murray. —Empezó a agitar las manos delante de la cara de forma errática—. Piensa en el escándalo; oh, no puedo soportarlo. ¿Quieres matar a tu propia madre, Bethany?

Su hija se giró para mirarla.

—Crees que todo gira en torno a ti, madre. Pero no es así. Sucede que amo a este hombre y no al insufrible aburrido con el que quieres que me case. El capitán Brian Travers es un hombre honorable y un caballero.

—Comodoro Travers —corrigió John, sonriendo. No pudo evitar mirar furtivamente a su alrededor con la esperanza de ver a Megan.

Bethany le sonrió, luego volvió su escrutinio a Brian.

—¿Comodoro? —Sus ojos centellearon tal y como Brian recordaba. No pudo evitar que una sonrisa apareciera en su rostro a pesar de lo incómodo de la situación.

—Me ascendieron en abril.

—Muy impresionante. —Los dos actuaron como si fueran las dos únicas personas en la sala. El amor que sentían el uno por el otro había creado esa burbuja impenetrable que solo los amantes comparten. Ella le miró a los ojos, de un azul intenso, que le recordaban al cielo de Old Red Oaks. La atraían como imanes. Lo único que deseaba era besarle. Pero antes de que Brian pudiera acercarse más, su burbuja se rompió para ellos.

—Siente algo por este hombre. Puedo verlo —farfulló Arthur—. Usted, señora, es una ramera de la clase más baja. Me imagino que podría haber...

Brian le dio un puñetazo en la cara antes de que pudiera continuar con sus insultos. El golpe resonó en todo el pasillo.

—Ningún hombre habla así a la mujer que amo —siseó Brian con los dientes apretados.

Arthur retrocedió tambaleándose, casi derribando a la señora de la casa mientras se sostenía la nariz sangrante con la mano.

—Usted, señor, es un granuja por aprovecharse de mujeres inocentes —dijo Arthur—. Apostaría a que Bethany no es la primera mujer que iba a comprometerse a la que sedujo. —Se estremeció cuando vio que el gran americano de voz grave de barítono se acercaba aún más. Su mirada se dirigió con rapidez a la puerta principal, en busca de la vía de escape más rápida.

Bethany sujetó a Brian antes de que pudiera atacar a Arthur por segunda vez.

—Por lo que he oído de su persona y por lo que he presenciado hoy aquí, usted, señor, es un cobarde —dijo Brian.

—Tal insulto no puede quedar sin respuesta. —Sir George se interpuso entre Arthur y Brian —. Debería exigir una satisfacción, milord —le dijo a Arthur.

—Yo, yo... no lo haré. Ya he tenido suficiente de todo esto. Quédese con la mujer. No merece mi vida —dijo Arthur con los labios temblorosos.

Brian había visto antes hombres cobardes, pero ninguno de ellos le había hecho sombra a este aristócrata asustadizo.

—Pero… no debe irse. Este hombre le ha insultado —dijo sir George, en un intento de detener al noble.

—Arthur, no puede dejarnos —dijo la madre de Bethany casi llorando. Todos sus grandes planes de ascensión social se esfumaban ante sus ojos. Para ella, era un destino más doloroso que la muerte. Temía que, a partir de ese día, la familia Norbert fuera condenada al ostracismo y al rechazo.

Cuando Arthur hubo logrado escapar, sir George se volvió para mirar a Brian. Su mirada destilaba ira. A diferencia de su antiguo yerno, este hombre no era un cobarde.

—Al contrario que ese insípido y cobarde lord, yo me tomo en serio mi honor. Le reto, señor, a un duelo.

—No quise ofenderlo, sir George —dijo Brian levantando sus manos—. No deseo pelear con usted. Solo quería reunirme con la mujer que amo. —Señaló discretamente con la mano a Bethany—. Y creo que ha oído lo que ha dicho su hija.

Las mejillas de sir George se encendieron.

—Ella no tiene nada que decir en este asunto. Esto es entre usted y yo ahora. Insulta a mi casa y a mi familia viniendo aquí. Usted finge buenas intenciones al pedir la mano de mi hija en matrimonio, aunque tuvo el descaro de cortejarla sin mi permiso. Es un ultraje. Ningún caballero de categoría recurriría a tales tácticas clandestinas.

—Estábamos en América; no tuve ocasión de pedirle permiso —dijo Brian, sintiendo que la situación se le escapaba cada vez más de las manos.

El padre de Bethany estaba desesperado por encontrar una excusa para deshacerse de ese hombre, por lo que no dudó en utilizar todo lo que sabía, o se imaginaba que habría sucedido.

—Usó su posición como captor de mi hija para introducirse en su corazón, y por eso exijo una satisfacción —dijo sir George. Su cara se había vuelto del color de un tomate.

—No, padre, no puede hacer esto —suplicó Bethany—. Amo a este hombre.

Él la ignoró descaradamente.

—Tenga la amabilidad de facilitar a mi mayordomo la dirección de su alojamiento en la ciudad para que pueda darle el nombre de mi padrino. Como soy yo quien lanza el desafío, puede elegir las armas, la hora y el lugar del duelo. Le agradeceré que me proporcione todo por escrito a última hora de la tarde... Buenos días, señor. —Sir George agarró a su hija por el brazo y se la llevó. Su esposa, que seguía en estado de shock, les siguió con rapidez.

—Señor —dijo el mayordomo, entregándole a Brian pluma y papel—. Para su dirección.

Brian no tuvo más remedio que acceder a la petición del mayordomo. No hacerlo le valdría el título de cobarde y, lo que era peor, no podría volver a ver a Bethany. Estaba seguro de que su padre y su madre la vigilarían de cerca, ahora que sabían de su existencia.

Garabateó su dirección y se la devolvió al mayordomo. Por una u otra razón, Brian se quedó mirándolo durante unos segundos. El hombre carecía por completo de emociones. Era como mirar a una pared.

—Venga, John, vámonos de aquí —dijo Brian.

Los dos hombres cogieron sus abrigos de manos de los lacayos y abandonaron la casa. De algún modo, había esperado que su reencuentro con Bethany fuera diferente. En lugar de enfrentarse a su prometido, él se enfrentaría al padre de ella. Dios, ¿cómo iba a salir de esta?

pensó, girando hacia South Audley Street.

Capítulo 23

Londres, Inglaterra

Septiembre de 1814

—Señor, acaba de llegar una carta para usted de sir George Norbert —dijo el mayordomo, acompañando sus palabras con una reverencia, para después extender el brazo para que el mensaje estuviera al alcance de Brian.

—Gracias, Milton —dijo Brian, tomando la correspondencia que se le ofrecía en una ornamentada bandeja de plata.

Se sentó reclinado en el sofá del salón de la casa londinense que había alquilado con motivo de su estancia en Inglaterra. Estaba convenientemente situada en el West End. El diseño interior, demasiado bucólico, no era de su gusto, pero tenía que conformarse, por haber sido todo tan precipitado.

Apretando los labios, Brian se tomó un momento para estudiar el elegante papel color crema, grueso y obviamente muy costoso. Había un sello de lacre rojo en el anverso. Suspiró. ¿Cómo había llegado a esto? Lo único que quería era que sir George entrase en razón: él quería a su hija, ¿tan difícil le resultaba de entender? ¿Qué pasaría si lo mataba? ¿Le odiaría Bethany para siempre?

—¿Vas a abrir eso? —preguntó John, bebiendo de un vaso de whisky. Se sentó frente a él

en un sillón tapizado en seda—. ¿O te vas a quedar mirándolo?

Brian gimió.

—Ambos sabemos lo que es esto.

—Claro que sí, pero no hay remedio, Brian. Vais a tener que hacerlo y punto —dijo John.

—Es fácil para ti decirlo. No eres tú quien tiene que batirse en duelo... y tal vez matar al padre de la mujer que amas. —Brian rasgó el sello y comenzó a desdoblar el sobre con brusquedad.

—Eres uno de los mejores tiradores que he visto. Dondequiera que mires, pones la bala de mosquete. No matarás a nadie, no si no quieres hacerlo —dijo John. Dio otro sorbo a su bebida. Estaba tan tranquilo como un hombre paseando por el parque—. ¿Qué dice?

—Toma, échale un vistazo tú mismo —dijo Brian, entregándole la correspondencia.

«Londres, septiembre de 1814

A su atención:

Como usted bien sabe, ha manchado mi honor con respecto a su conducta en relación con mi querida hija. En tales situaciones, el honor exige una disculpa por escrito. Sin embargo, esta transgresión a mi apellido y a mi familia es demasiado grande, así como una situación que no puedo ignorar.

No me ha dado otra opción que exigir una satisfacción lo antes posible. Como le lanzo este desafío, la elección del lugar, la hora y las armas quedan a su discreción. Sin embargo, ¿puedo sugerir que llevemos a cabo este duelo en mi finca de Berkshire, para evitar así cualquier enredo innecesario con la ley?

Sir Austin Blackwell, cuarto Baronet de Waylon, amigo íntimo y confidente mío, actuará

como mi padrino.

Espero su respuesta por escrito con la nominación del suyo, junto con su elección del lugar y las armas para mañana a más tardar al mediodía.

Quedo a su disposición.

Sir George Norbert, primer barón de Ramsbury».

Brian silbó.

—Parece que tenemos mucho trabajo que hacer.

Brian arqueó las cejas.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Brian—. Le decimos al hombre que estamos de acuerdo en enfrentarnos en su finca y nuestra elección de armas y nada más.

—No estoy de acuerdo. Creo que deberíamos enviar una carta de disculpa...

Brian se puso en pie bruscamente.

—¿Disculparme con ese hombre..., por qué? Me acusó descaradamente de seducir a su hija y de llevar a cabo… —Brian frunció el ceño mientras trataba de recordar de qué lo había acusado sir George—. Ah, sí, y de llevar a cabo un cortejo clandestino con su hija. El hombre está tan lleno de sí mismo que incluso negaría la felicidad de su propia hija.

—¿Ya has terminado? —John esperó a que su amigo se calmara un poco—. Te sugiero que te sirvas un buen trago de whisky y te sientes a escuchar lo que tengo que decirte. —John se rio —. Hace un tiempo leí un panfleto sobre el decoro en los duelos. Fue una lectura bastante interesante, debo decir.

—¿Cuándo encuentras tiempo para leer, John? —preguntó Brian, permaneciendo en su

asiento.

John volvió a reírse.

—A bordo de los barcos, cuando no hay nada que hacer, ya sabes, durante esas largas esperas en las que el viento no sopla. Bueno, de todos modos, este folleto fue escrito por un grupo de irlandeses y lo llamaron el Código de Duelo. En otras palabras, explica todas las reglas relativas a un duelo. La mayoría de los países las siguen hoy en día. —John miró a Brian con seriedad.

El aire pasó siseando por los labios de Brian y al fin, se acercó al armario de los licores y se sirvió un vaso. Volvió a su asiento y se sentó con un suspiro. Después de dar un gran trago, se volvió para mirar a su amigo.

—Entonces, ¿qué tienes pensado que pueda sacarme de esta miserable situación? —Brian apuró el whisky en de un trago, relamiéndose los labios para saborear el ardiente líquido.

John se aclaró la garganta.

—No es tanto que te vaya a sacar del apuro, sino más bien... ¿cómo explicarlo? Cómo podemos suavizar el golpe, por así decirlo.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —John ya estaba perdiendo la atención de Brian mientras este iba a buscarse otra copa. Para él, la situación era desesperada.

—Escribiremos una carta de disculpa... —John levantó una mano para evitar cualquier protesta—. Y él, por supuesto, no aceptará.

—¿Entonces de qué servirá?

—Te dejará en buena posición a ojos de Bethany. Y esa es la razón por la que estás aquí, ¿verdad? —La mirada de John se clavó en Brian. Necesitaba que entendiera lo que había planeado.

—Supongo.

—Bien. Estás aquí porque la amas, y aceptar directamente este desafío te hará parecer un canalla. Eres un marino entrenado y un soldado. Has luchado en la guerra y comandado un barco. ¿Y qué ha hecho el padre de Bethany? Todos dirán que eres un asesino por tus credenciales como soldado. Con una carta de disculpa y algunas otras tácticas cuidadosas que tengo en mente, evitarás todo eso.

Brian miró a su amigo con gran respeto. John tenía razón. Él era un hombre entrenado y sir George, aunque posiblemente tuviese buena puntería, solo era un hombre de negocios. No tendría ninguna oportunidad contra un veterano experimentado.

—¿Quieres decir que dirán que intenté disculparme, y aún así, sir George insistió en que continuáramos con el duelo?

—Precisamente —dijo John, muy satisfecho de sí mismo—. Por supuesto, alargaremos esto durante un tiempo, asegurándonos doblemente de que quede claro que viste tu culpabilidad en el asunto, y que ofreciste una satisfacción adecuada por tu supuesto insulto a sir George.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Brian, cada vez más intrigado.

—Tras la disculpa por escrito, me dirigiré a su padrino en persona e intentaremos negociar una salida adecuada, aun así, sir George no lo aceptará —dijo John.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que todo se desarrollará tal como lo imaginas? —preguntó Brian, sintiendo los primeros atisbos de duda que se deslizaban por su columna vertebral.

—¿Viste al hombre? Echaba humo. Ni siquiera le importaría que fueras un pirata... solo quiere su satisfacción. Piénsalo, lo arruinaste todo para él. Su futuro yerno era el hijo de un duque y tú eres un americano. Ahora, lo más probable es que se convierta en el hazmerreír por todo este desastre.

—Gracias por eso. —Brian tragó saliva al darse cuenta—. ¿Qué pasará con Bethany? —Ya sabía la respuesta, pero necesitaba oírla de otra persona.

—Toda la llamada sociedad educada se volverá en su contra, sea cual sea el resultado del duelo. —John lo sintió por su amigo. Odiaba tener que decirle esto—. ¿Qué crees que hará lord Ranson Murray ahora? No se quedará de brazos cruzados. Semejante desgracia contra su honor es demasiado para ese aristócrata de pacotilla. Piensa en ello, su prometida se fugó con un americano... la vergüenza es demasiado grande. ¿Y qué hay del padre de Bethany?

—¿Qué pasa con él? —preguntó Brian.

—Tiene que luchar para mantener el honor de su familia. Esto estará en todos los periódicos en poco tiempo. A los ingleses no hay nada que les guste más que un buen escándalo.

Brian suspiró. John tenía razón. Todo lo que tenía que hacer era defender su honor plantándose ante un hombre con un arma; podría hacer algo para proteger a Bethany de alguna manera. No tenía miedo; lo había hecho innumerables veces antes y esta no sería diferente. Sin embargo, para Bethany sería el ostracismo social. No había salida para ella. Lord Ranson Murray probablemente ya estaba corriendo la voz de que su antigua prometida era una ramera deshonrosa por faltar a su palabra.

—Tienes que ganar —dijo John—. Eso solucionaría muchas cosas —concluyó con un buen trago del líquido ambarino.

Brian arqueó las cejas.

—Ganar... —Se tomó un momento para pensarlo—. Entiendo lo que insinúa. Si gano, me la llevo a casa y su reputación quedaría intacta... al menos en Estados Unidos.

—Precisamente. En casa te aplaudirían por salvar a una mujer de semejante destino. —Se rio—. Y por golpear a un noble inglés.

—Muy bien, John. Tenemos que planear algo —dijo Brian, sintiéndose un poco más

animado por todo.

—Ese es el espíritu, amigo mío. Empecemos con la carta de disculpa que entregaré al padrino de sir George mañana.



—¿Le has visto, Bethany? —susurró Megan al oído de su señora, mientras la preparaba para acostarse. Era el único momento del día en que podían estar a solas. Y se moría por saber algo de John. Bethany había estado taciturna el resto del día desde el desafío de su padre. Apenas había dicho una palabra, pero Megan ya no podía contenerse.

Bethany seguía sumida en sus pensamientos. El día había dado un giro inesperado. En un momento estaba paseando por Hyde Park con su madre y el inefable lord Ranson Murray, y al siguiente, estaba en el vestíbulo mirando fijamente a los ojos azules del hombre al que amaba.

Pero todo se había torcido.

¿Qué pasaría ahora? Su padre había retado a Brian a un duelo. ¿Quién mataría a quién? Era la situación más vil imaginable. Bethany apenas tuvo tiempo de pensar un segundo en la inevitable condena de la sociedad ante su comportamiento. A estas alturas, la noticia de la anulación y el motivo de la misma habían llegado a todos los miembros de la sociedad educada: estaba arruinada. Si Brian sucumbía también, Bethany moriría con él.

Bethany apoyó la cabeza entre las manos. Tenía ganas de llorar, pero no podía. Brian estaba aquí, cerca de ella, debía confiar en que él encontrara la manera de que acabaran juntos y resolviera el problema del duelo. Pero ¿y si no era así? ¿Qué podía hacer él?

—Bethany...

—Oh, querida Megan. Perdona que esté sumida en mis pensamientos. Han pasado tantas cosas que no sé por dónde empezar.

—No quería entrometerme...

Bethany cogió de la mano a Megan y la sujetó con fuerza.

—Tienes tanto derecho como yo a saber lo que está pasando. Siento haber estado tan distante hoy. Es solo que ver a Brian de nuevo...

—Lo sé —dijo Megan, acariciándole el pelo con la mano libre—. Pero, ¿puedes decirme qué está pasando? —La expresión de Megan era de esperanza.

—Como sabes, Brian y John vinieron hoy a casa y pidieron hablar conmigo. Mi padre los recibió, pero solo para regodearse.

—¿Pero cómo podía saber quiénes eran? No le dijisteis nada.

—Tenemos que agradecérselo a lord Ranson Murray, como tantas otras cosas. Por lo visto, se lo contó todo a mi padre y, obviamente, eso incluía sus nombres —dijo Bethany, sintiendo que la ira se apoderaba de ella. Se juró a sí misma, a pesar de la etiqueta, que abofetearía a lord Ranson Murray la próxima vez que lo viera.

Megan se llevó la mano a la boca.

—Qué pasará ahora? —Tragó hondo, con los ojos abiertos—. Hay rumores entre los sirvientes de que va a haber un duelo.

—Sí, es cierto. Mi padre exigió una satisfacción y ahora lo más probable es que Brian se bata en duelo con él —dijo Bethany con solemnidad.

—¿A muerte? —Megan seguía con la mano pegada a la boca.

Bethany asintió.

—Creo que sí, si no acontece nada nuevo. No sé mucho de duelos, pero sé que siempre

acaban en un amargo desenlace.

Megan dejó que la información calara hondo.

—Oh, Bethany... lo siento mucho —dijo Megan, abrazando a su amiga—. Es una situación horrible para ti. No puedo imaginar por lo que debes de estar pasando. Tener que elegir entre tu padre y el hombre que amas…

Oírlo tan claramente casi hizo llorar a Bethany. Pero ya había hecho bastante desde que se separó de Brian.

—Brian y John encontrarán la manera, estoy segura de ello —dijo Bethany, apartando de su mente los pensamientos morbosos.

—Estoy segura de que lo harán, Bethany. John es un buen hombre y un buen amigo de Brian. Encontrará la forma de sacarlo de este lío. Y cuando todo esto termine, nos reuniremos con nuestros hombres para siempre —dijo Megan, tomando las manos de Bethany entre las suyas. La expresión de su rostro se endureció—. Sí, así será.

Bethany asintió. Le encantaba la fuerza de Megan. En momentos así, era cuando más la necesitaba.

—Tal vez, tal vez…. —Tragó saliva—. Gracias, Megan, por estar siempre ahí para mí. No sé qué haría sin ti.

Megan sonrió.

—¿Dónde iba a estar, si no?

Capítulo 24

Londres, Inglaterra

Septiembre de 1814

La respuesta a la carta que Brian había enviado llegó ese mismo día por la tarde con la respuesta que esperaban: disculpa denegada. El duelo iba a tener lugar. Además de la negativa, se había incluido por segunda vez en el escrito la amable petición de la elección de las armas y si la finca de sir George en Berkshire serviría como lugar adecuado.

El plan de John aún no había terminado. Hizo que Brian respondiera con rapidez con la oferta de que las dos partes agraviadas se reunieran en persona para discutir otras posibles vías. Esta epístola había sido entregada a la mañana siguiente y rechazada con rapidez esa misma tarde, junto con la demanda de respuesta inmediata en cuanto a la ubicación y armas a emplear.

Después de eso, John había escrito al padrino de sir George, solicitando una cita en persona para discutir los términos de una posible anulación de las hostilidades. Un caballero nunca podría rechazar semejante súplica. Así que, al día siguiente, llegó una carta invitando a John al White's Club de St. James, en Londres. El histórico club, fundado en 1693, era el club de caballeros más antiguo y exclusivo de toda la ciudad, si no del mundo.

Hacia allí se dirigía John ahora. Había dejado a Brian en la casa, pensativo. Se había puesto

su mejor traje para la ocasión y había conseguido un carruaje que le llevara hasta allí.

Pensando en su apuro y en lo que iba a decir, apenas oyó que el cochero le llamaba, diciéndole que habían llegado. ¿Tan pronto? Su ritmo cardíaco aumentó, latiendo entrecortadamente en su pecho.

«Vamos John, te has enfrentado a marineros, soldados y bribones que querían matarte y nunca flaqueaste. Ahora no es el momento de empezar a hacerlo».

Con ese pensamiento, se deslizó sobre el asiento de cuero y salió del carruaje.

Le dijo al cochero que le esperara, ya que no esperaba que la reunión durara mucho. Era consciente de que solo se trataba de una formalidad. Después de esta noche, el destino de Brian seguramente estaría sellado.

Con el aspecto más confiado posible, se acercó a la imponente puerta principal del edificio. El edificio era blanco y de piedra de Portland. John se detuvo y levantó la vista para estudiarla más de cerca. Era impresionante. La fachada paladiana que adornaba tantos edificios de la ciudad, rezumaba poder y privilegio.

Siguió caminando. El pórtico estaba protegido por dos grandes lámparas negras a izquierda y derecha. Saludó amablemente a los dos porteros. Le preguntaron a qué venía y John solo tuvo que mencionar el nombre de su anfitrión y le abrieron la puerta.

Cuando entró, lo condujeron a un mostrador de madera oscura que impedía el paso al club principal. Allí le pidieron que se registrara, ya que obviamente no le conocían. John repitió el nombre de su anfitrión y que le esperaba. En el acto, la actitud del hombre de aspecto más bien insípido cambió milagrosamente a una de encantadora cortesía.

—Permítame que le acompañe, señor. Es muy fácil perderse aquí. —El ujier se rio entre dientes.

John tragó saliva cuando entró en el dominio puramente masculino que albergaba a la élite

de Gran Bretaña. Milton no le había mentido. Dondequiera que mirara, John podía comprobar el poder del Imperio Británico. Había hombres de un lado para otro hablando de todo tipo de cosas, pero el tema principal era la política, el poder y el dinero. El lugar era tan masculino que John imaginó que sus miembros ni siquiera se dignarían a hablar de sus amantes.

El suelo estaba cubierto de piedras blancas y negras, imitando un tablero de ajedrez. Las paredes eran de satén, pero John no estaba seguro: no era algo que le interesara. En el centro del vestíbulo había una gran escalera de madera con una alfombra oscura.

John respiró hondo y siguió a su acompañante, que había permanecido en completo silencio, como si se tratara de un cortejo fúnebre. Pronto entraron en un gran salón de forma rectangular. La pared del fondo era blanca y en el centro colgaba un gran retrato. Debajo, una gran chimenea presumía de un crepitante fuego. Junto a ella, las paredes estaban revestidas de gruesos paneles de roble.

La sala, que era más bien un vestíbulo, estaba llena de hombres vestidos con trajes elegantes. El desagradable ujier dirigió a John a una mesa situada ante una ventana en forma de arco. Era obvio para él que se trataba de un asiento de distinción. Aquí se sentaban los hombres socialmente más influentes del White's Club.

Y así fue... resultó que John no iba a estar solo con su homólogo para hablar sobre la vida de dos hombres. Cuatro caballeros estaban sentados a la mesa. Cuando John y su acompañante temporal se detuvieron, el empleado se aclaró la garganta. John supuso que lo practicaba a diario frente al espejo. El ujier bajó lentamente la cabeza hasta que su boca estuvo justo al lado de la oreja de uno de los caballeros. Empezó a susurrar. Cuando terminó, se alzó, hizo una leve reverencia y, sin decir nada más, volvió en la dirección por la que había venido.

—Buenas noches, usted debe de ser el señor John Jefferson —dijo un hombre que John supuso que tenía unos cincuenta años. Al contrario que su buen amigo, sir George, era delgado como un junco. Casi parecía que la ropa se le fuera a caer del cuerpo. Su cara era otra cosa.

Emanaba confianza y algo más que John reconoció como despiadada perspicacia para los negocios.

—Sí, señor... encantado de conocerle —dijo John, tendiéndole la mano.

—Excelente, soy sir Austin Blackwell, cuarto baronet de Waylon... a su servicio, señor Jefferson —dijo, poniéndose en pie y cogiendo la mano de John. Luego pasó el brazo por encima de la mesa—. Es usted muy afortunado esta noche, señor Jefferson... estamos en excelsa compañía.

John arqueó las cejas mientras observaba a los demás hombres de la mesa. Había un hombre muy gordo, también de unos cincuenta años, y dos mucho más jóvenes. Uno de ellos era extremadamente guapo, de un modo ligeramente afeminado. Pero no fue eso lo que le llamó la atención. Era su atuendo. Los demás caballeros presentes iban impecablemente vestidos, pero este hombre llevaba su ropa como si hubiera nacido con ella. No había nada demasiado diferente en el colorido, las telas o el chaleco; pequeños detalles como la forma en que llevaba el pañuelo al cuello o la caída del chaleco le hacían destacar. Casi hacía que John se sintiera totalmente inadecuado.

—Le presento a Jorge Augusto Federico, Su Alteza Real el príncipe regente. —Sir Austin se inclinó teatralmente, indicando con un brazo al hombre corpulento.

Las cejas de John se arquearon por sí solas. No podía creer que estuviera en presencia del príncipe regente. Esto era peor que estar a bordo del Poseidón en medio de una batalla naval. Su corazón pareció dejar de latir y se le atascó la respiración en la garganta, mientras se inclinaba automáticamente. Cuando por fin se enderezó, pensó que iba a desmayarse.

—El señor Jefferson pasaba por aquí para recoger algunas noticias, ¿verdad, señor Jefferson? —dijo sir Austin, volviéndose poco amistoso en cuanto terminaron las presentaciones, que incluyeron a los principales miembros del Dandy Club: Beau Brummell y lord Avanley. El príncipe regente se dio la vuelta al oír esto, claramente desinteresado. Inmediatamente, los otros

dos hombres empezaron a obsequiarle con su charla.

—Y creo que puedo imaginar cuáles podrían ser las noticias —dijo John.

—No hay necesidad de ser poco deportivo al respecto —respondió sir Austin, dándose cuenta de su desdén—. Me temo que no tenemos nada que discutir esta noche sobre el duelo. Sir George rechaza de plano cualquier tipo de disculpa. Tiene muchas ganas de que esto se haga, señor.

—Bueno, entonces supongo que será mejor que me vaya —dijo John, empezando a darse la vuelta.

—Un duelo, un duelo, qué emocionante —dijo el príncipe regente, poniéndose en pie—. ¿Quién participará? —Casi saltó de emoción.

—No es nada importante, Alteza Real —dijo sir Austin, tratando de evitar que la conversación fuera más lejos.

—Es entre mi amigo, Brian Travers, Comodoro de la Marina de los Estados Unidos y sir George, primer baronet de Ramsbury, Su Alteza Real —dijo John mientras hacía una reverencia. Hizo una pausa—. Pelearán con pistolas —añadió para información de sir Austin.

El regente arqueó una ceja inquisitiva.

—Esto sí que es estimulante: un americano aquí, en medio de una guerra. —Frunció el ceño —. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Mi amigo ha venido por una dama inglesa, Su Alteza Real —dijo John.

—¡Qué absolutamente escandaloso! ¡Me encanta! Lo celebraremos a lo grande. Habrá una orquesta, un montón de sabrosos bocados y baile para concluir el evento. Se celebrará, por supuesto, en Carlton House. No discutiré el asunto, insisto absolutamente.

—Alteza Real, ¿no cree que un baile y un banquete podrían interpretarse como algo de mal

gusto y un poco, cómo decirlo, desacertado? —dijo sir Austin, muy preocupado.

La regente rio en un tono agudo.

—Querido sir Austin, creo que todo el mundo estará encantado. No es frecuente que tengamos la oportunidad de albergar un acontecimiento así: un inglés contra un americano. —El regente volvió a reírse—. Nada podría ser más adecuado, especialmente con una guerra en marcha. Y además, no creo que nadie tenga ningún problema con que disparen a un americano, ¿eh? —El príncipe rio histéricamente, induciendo a los demás, excepto a John, a unirse a la carcajada.

—Su Alteza Real... No creo que esto sea un buen...

—¿Cómo se atreve a interrumpirme cuando estoy en pleno auge creativo, sir Austin? —El príncipe pensó unos instantes—. Sí, le dirá a su amigo... Su nombre... ¿cómo se llama su amigo, señor? —Siguió murmurando algo y miró a sir Austin mientras daba golpecitos con un dedo en la mesa.

—Sir George, primer baronet de Ramsbury, Su Alteza Real —añadió sir Austin.

—Sí..., ese mismo. Le informará de que el duelo se celebrará en Carlton House. —Cuando sir Austin suspiró e hizo ademán de sentarse, el príncipe frunció el ceño—. ¿Qué cree que está haciendo? ¿No le dije que hiciera algo?

—¿Ahora?

—Por supuesto, ahora, tonto. —El príncipe se inspeccionó las uñas—. Su compañía me aburre de todos modos... así que, váyase y sea un buen caballero... dese prisa; el pobre hombre debe ser informado de su destino. —Cuando el noble baronet salió corriendo con el rabo entre las piernas, el regente se volvió para mirar a John con una gran sonrisa en la cara—. Y usted, querido señor, me lo contará todo sobre América... usted es americano, ¿verdad? —Cuando John asintió, el príncipe se echó a reír—. ¡Excelente! No escatimes en detalles. Quiero oírlo todo.

Capítulo 25

Londres, Inglaterra

Octubre de 1814

—Al menos hace un día precioso —refunfuñó la madre de Bethany en un tono hosco que no representaba lo que estaba describiendo. Se había sentido desdichada desde que Arthur había salido de su casa aquel fatídico día. Intuía el presagio de todo lo negativo que estaba por venir. Era inevitable. La sociedad era como una planta carnívora; había quienes lograban sobrevivir bailando ante ella, y luego estaban los que eran devorados; era como Darwin sugeriría: la supervivencia del más fuerte.

Bethany miró al cielo y asintió al comentario de su madre. El día era precioso, aunque su mente no estuviera dispuesta a contemplar la belleza que la rodeaba.

Habían pasado más de dos semanas desde que su padre había exigido una satisfacción. Cada día esperaba que su padre se retractara, pero fue en vano. Al contrario, se había vuelto aún más inflexible en que él era la parte perjudicada. Bethany había intentado razonar con él, pero no la escuchaba. Y su madre seguía más preocupada por su reputación que por la vida de su marido. Hasta ahora no había pasado nada. Parecía que lord Ranson Murray había mantenido la boca cerrada, pero ¿por cuánto tiempo más?

Tras la visita de John al White's Club, las cosas habían tomado un cariz diferente y mucho

más inquietante. Ahora el príncipe regente estaba involucrado. Sin invitación, había ofrecido sus servicios como árbitro y, por supuesto, nadie se atrevió a oponerse a sus deseos. Había fijado la fecha del duelo para dentro de unos días. Para él, todo estaba listo.

El padre de Bethany había estado entrenando todos los días con algunos de los mejores tiradores del país. No había reparado en gastos. Incluso había reducido su ingesta diaria de comida, vino y licores para estar mejor preparado para el encuentro. Bethany nunca lo había visto tan ansioso por algo. Su comportamiento incluso superaba su emoción cuando estaba a punto de conseguir un negocio muy lucrativo.

Todo aquello era desalentador. Bethany se había preguntado cuáles eran exactamente los preparativos de Brian, que nunca mencionaba en sus cartas. Sus palabras estaban dedicadas principalmente a asuntos del corazón, aunque a Bethany no le importaba.

Se estremeció al pensar en la última carta que Brian le había escrito. Era una de tantas desde que habían establecido un modo de comunicación, pero esta, Bethany la consideraba su obra maestra. La había leído la noche anterior y esta mañana al menos treinta veces antes de poder dejarla; el estado del papel en que estaba escrita era testimonio de su interés por el mensaje que contenía. Y se prometió a sí misma que volvería a leerla en cuanto regresara a casa después de su paseo por Hyde Park.

Ya había memorizado las palabras:

«Londres, octubre de 1814

Mi queridísima Bethany:

Desde que te separaron de mí dos veces, tengo la sensación de estar constantemente abatido. Sé que para experimentar la verdadera felicidad tengo que estar cerca de ti. Vivo sin

cesar en el dulce recuerdo de nuestro último beso. Rememoro a diario nuestras caricias y aún más anhelo tu ingenio y encanto. La forma en que te reías cuando estábamos en el hotel Richmond todavía me llena de alegría. Sé que seguiremos construyendo maravillosos recuerdos cuando volvamos a reunirnos, y estoy seguro de que será pronto, mi amor, muy pronto..., te lo prometo.

Siempre que paseo por el parque y miro la hierba, veo tus ojos que me devuelven el brillo de su seductor verde esmeralda. Es en momentos así cuando me detengo, reflexiono y me pregunto si es en mí en quien piensas cuando la soledad te acosa.

Tú, Bethany, enciendes continuamente un fuego ardiente y floreciente en mi corazón. Pensé que te amaba en Old Red Oaks, pero desde que nos separamos, siento que mi afecto por ti se ha multiplicado por mil. Sí, querida Bethany, es por ti por quien siento crecer el amor con cada latido de mi corazón.

Agradezco a John y a Megan que nos permitan compartir estas pocas palabras cada vez que consiguen verse. Si no fuera porque se pasan nuestras cartas, creo que me volvería loco. Déjame prometerte, mi querido y dulce amor, que haré todo lo que esté en mi mano para estar juntos. No pasará mucho tiempo, y será para siempre.

Pienso en ti constantemente, con el mayor respeto y devoto amor.

Tuyo,

Brian Travers».

Bethany estaba tan agradecida de que Megan le proporcionara cartas como estas… Le daban la sensación de estar un poco más cerca de Brian. Eran, por supuesto, un pequeño consuelo en comparación con la realidad, pero al menos, así podía leer lo que él sentía por ella, y

podía escribirle a su vez y profesarle su amor eterno.

Bethany apretó los labios cuando lanzó una mirada furtiva en dirección a Megan. Era la más afortunada de las dos. Podía salir de casa sin escolta y visitar a John siempre que tenía un momento libre entre sus obligaciones. A Bethany siempre se le encogía el corazón cuando escuchaba a Megan hablar de su cita clandestina con John. «El amor es tan hermoso…», pensaba siempre.

Bethany estaba retenida como una prisionera dentro de los confines de su propia casa. Solo en ocasiones como esta se le permitía salir en compañía de su madre y Megan. Cómo deseaba volver a ver a Brian.

Sabía que no tardaría mucho en hacerlo. El día del duelo se acercaba con rapidez, y su padre insistió en que se uniera a ellos y presenciara la caída de Brian en persona. Ella no soportaría estar presente, pero sería bueno para él. Brian la necesitaba allí. Tenía que ver que ella lo amaba y que estaría allí con él, sin importar lo que pasara.

Desde que el príncipe regente se había enterado del duelo, todo el asunto se había convertido en un espectáculo y, para algunas lenguas afiladas, no era más que una farsa y una burla.

—Este duelo me tiene preocupada; es algo tan sórdido hacerlo todo tan público… —dijo Bethany. Dejó de caminar y levantó la vista hacia los árboles que ya habían empezado a deshacerse de sus hojas.

—¿Cómo puedes decir eso? Le está bien empleado por irrumpir así en nuestras vidas y arruinárnoslo todo. Debería haberse quedado donde le correspondía... en ese espantoso lugar que llaman Estados Unidos —siseó la madre de Bethany.

Esta frunció el ceño. Era tan propio de su madre no entender nada más que sus propios intereses... Ni una sola vez se había esforzado en intentar apreciar cómo se sentía Bethany.

—¿Y si es papá el que recibe una bala de mosquete en las tripas? He oído que el dolor es insoportable —dijo Bethany.

Su madre no apartó ni una sola vez la vista de la gente que paseaba por el parque; era lo único que había estado haciendo desde que salieron de casa.

—Eso nunca ocurrirá. Tu padre es un excelente tirador —dijo al fin, dejando de caminar y volviéndose hacia Bethany; se quedó a unos metros y la miró con sorna.

Bethany arqueó las cejas.

—¿Te das cuenta de que Brian...?

—¿Cómo te atreves a llamarle así? Si tienes que hablar de ese horrible hombre, te referirás a él por su rango. No estás familiarizada con él; fue tu carcelero; no tu prometido. Es un desalmado y un canalla que acosó a la navegación británica como el vulgar pirata que es. —El cuello de su madre parecía alargarse con cada una de sus palabras, como el de un pavo.

—Le llamaré Brian porque así es como él quiere que le llame. Y siento decepcionarte, madre, pero es el hombre que amo. Y aunque no lo creas, no quieras o no puedas entenderlo, también es mi prometido. Nunca amé al arrogante y malcriado marqués, pero amo al comodoro Brian Travers, que también es un aristócrata escocés, por si no lo sabes.

Bethany vio un pequeño brillo de interés en los ojos de su madre ante la mención de un título. Pronto desapareció mientras su mente trabajaba febrilmente.

—Tonterías..., es un revolucionario americano y un traidor. Aristócrata escocés, qué idea más ridícula. Me sorprende lo lejos que llegarías para acreditar a ese hombre con algún tipo de honor.

—Madre, ¿lees alguna vez los periódicos? Ahora tienen su propia nación. Se llama Estados Unidos de América. Él no es un traidor, sino un héroe y un patriota de ese país. —La obstinación de su madre no dejaba de sorprenderla.

—De ningún modo. Es un traidor. Lucha con los americanos contra los británicos —dijo su madre, testaruda hasta el final—. ¿Cómo puedes querer estar con un hombre así? ¿Y un americano?

Era inútil. Bethany sabía que su madre no tenía ni idea de lo que pasaba en el mundo. Cada vez que su padre mencionaba temas de actualidad en la mesa del desayuno, la comida o la cena, ella le reprendía de inmediato por hablar de cosas tan groseras durante las comidas. Era su forma de ser.

—Madre, cambiemos de tema. Todo lo que necesitas saber es que amo a Brian. Podría ser un indio nativo, por lo que a mí respecta.

Pero su madre ya no escuchaba.

—Es la duquesa de Haddington... oh, qué encantadora. La semana pasada tuvimos una conversación deliciosa sobre qué flores poner en la mesa para dar un toque otoñal al banquete. Tenía algunas ideas fascinantes sobre el uso de hojas que ya habían cambiado de color y cómo colocarlas para que quedaran bonitas.

La actitud de Margaret cambió por completo, pasando de la melancolía a un estado que rozaba el éxtasis. La tez de su rostro se iluminó junto con su estado de ánimo.

Bethany siguió la mirada entusiasta de su madre, que habría sido más adecuada para un niño. La duquesa iba vestida con el más radiante vestido de paseo granate con abrigo a juego y el correspondiente forro de piel. La mujer se acercaba hacia ellas acompañada de otras damas ataviadas con prendas igualmente espléndidas. La dama no parecía haberse dado cuenta de la presencia de Bethany ni de su madre, pues conversaba con uno de sus aduladoras.

—Oh, que encantador verla, Su Gracia. Le estaba contando a mi hija las maravillosas ideas que ha tenido usted sobre la decoración de una mesa otoñal. —La madre de Bethany se adelantó alegremente. Se comportaba como si estuviera a punto de saludar a su mejor amiga.

La duquesa de Haddington levantó la vista con brevedad, esta osciló en el aire, sin encontrarse con la mirada de la madre de Bethany, y permaneció allí un momento hasta que apartó la mirada, como si Bethany y su madre fueran invisibles. Los penetrantes ojos azules de la duquesa proyectaban aún más su engreída conducta. Susurró unas palabras a las mujeres que se encontraban en su presencia y estas pasaron de largo, lo más rápido posible, sin mirar a Bethany ni a su madre.

Fue un acto deliberado por parte de la duquesa, que señalaba la ruptura de todos los lazos de relación entre las dos partes implicadas. Era algo muy arriesgado, sobre todo, cuando se hacía en público. Generalmente, estaba mal visto y era muy embarazoso para los presentes presenciar algo así. Sin embargo, en este caso, la duquesa estaba con sus confidentes cercanas, de las que sin duda recibiría todo su apoyo, por incómoda que hubiera sido la situación.

Era lo que Bethany y su madre habían temido todo el tiempo. Lord Ranson Murray había estado cotilleando en los bailes, en su club o en cualquier otro lugar donde se reuniera la sociedad educada. A estas alturas, Bethany sería considerada una infractora de su palabra, y una ramera por haber aceptado la propuesta de matrimonio de otro hombre y romper la que ya tenía con el hijo del duque, lo que se consideraba lo más deshonroso que se podía hacer.

—Bethany, vámonos a casa. Nunca me he sentido tan humillada en mi vida —dijo su madre, aparentando al menos diez años más—. No sé si alguna vez podré perdonarte por ponerme en esta situación. He perdido todo por lo que he trabajado tan duro.

Megan y Bethany intercambiaron miradas. Megan podría haber matado a *lady* Margaret Norbert por tratar así a su hija. En esencia, era Bethany la que tenía mala fama, pero toda su familia se hundiría con ella. Bethany le dio una palmada en el hombro a Megan.

—No seas demasiado dura con ella; este podría muy bien ser el peor día de su vida —susurró Bethany.

Megan puso los ojos en blanco, incrédula. Siempre le asombraba lo comprensiva que era

Bethany.

Esta miró a su madre, que estaba al borde de las lágrimas. No tardarían en salir a borbotones y empezar a correr por sus mejillas.

—Madre, será mejor que te llevemos a casa cuanto antes.

Su madre asintió dócilmente. Bethany nunca la había visto así. Pero, en cierto modo, podía entenderla. Al contrario que Bethany, ella daba mucha importancia a la posición social. Era su vida. Ahora todo estaba arruinado. La duquesa era una cosa, pero las otras mujeres del grupo constituían el pináculo de la sociedad. Naturalmente, había más mujeres notables, pero esas damas antes mencionadas decidían casi todo en cuanto a quién sería invitado a los eventos, a quién valía la pena tratar y, en última instancia, quién sería descartado por ser de mala reputación.

Y resultaba que la familia Norbert estaba acabada. Al menos hasta que uno de los nobles necesitara un préstamo del baronet. Esto era algo que ocurría con bastante frecuencia debido a los hábitos de juego casi adictivos de las clases altas. No tenían otra opción, ya que trabajar estaba mal visto. Eso solo les dejaba el juego, la caza, la visita a los clubes, la borrachera y otros pasatiempos inútiles que a muchos de ellos no les aportaban ninguna felicidad intrínseca.

Megan y Bethany llevaron a su madre a través del parque en dirección al West End y a casa, como si fuera una inválida. Como si las nubes percibieran su tristeza, los diversos cúmulos del cielo se habían unido entretanto. La primera gota de lluvia cayó al suelo en el momento en que el trío llegó a la puerta principal.

«Sería una noche lluviosa», pensó Bethany.

Capítulo 26

Londres, Inglaterra

Octubre de 1814

-¿Qué tal el día, viejo amigo? —preguntó John al entrar en el salón. Estaba de buen humor.

Desde su reencuentro con Megan, su ánimo había subido como la espuma. Nada podía deprimirlo.

Brian levantó la vista del periódico que estaba leyendo. Se encogió de hombros.

—Lo mismo de siempre. Practiqué tiro y trabajé un poco.

—¡Trabajo! ¿Qué tipo de trabajo? —preguntó John, intrigado.

—Bueno, estaba buscando formas de mejorar la productividad de la plantación. —Brian seguía estudiando el papel donde había tomado algunas notas.

—¿Y tuvisteis alguna idea brillante? —John se acomodó en el sillón donde solía sentarse.

Brian parecía muy satisfecho consigo mismo. A pesar de que el duelo era dentro de dos días, su humor era bueno.

—Como sabes, cultivar tabaco es muy duro para la tierra. Tenemos suerte de obtener hasta cinco ciclos de crecimiento de cualquier campo. Además, requiere mucha mano de obra. Si seguimos cosechando tabaco, no pasará mucho tiempo hasta que los campos se vuelvan estériles

y ya no podamos cultivar nada allí. Sería el fin de Old Red Oaks, tal y como lo conocemos.

John asintió.

—Ya veo. Tienes razón. —Le sorprendía que su amigo pudiera estar preocupándose por esas cosas cuando dentro de dos días su vida estaría en juego. Sin embargo, al mismo tiempo, también reconoció en él al capitán del Poseidón: intrépido y decidido cuando se trataba de sus objetivos—. ¿Qué tienes en mente?

—Por lo que veo, tenemos dos opciones. Hacemos lo que sabemos y nos lanzamos al mar...

—¿Te refieres a reincorporarte a la Marina cuando volvamos? —John parecía preocupado.

Brian se rio. Su ánimo había mejorado mucho desde que podía cartearse con Bethany.

—No te preocupes; no te pediría que viajaras por mar conmigo durante meses.

—Sabes que iría contigo hasta el fin del mundo si fuera necesario.

—Lo sé, John. Pero no te pondría en esa situación. Megan te mataría solo por mencionar algo así —dijo Brian—. Y a mí por añadidura —añadió, riendo de nuevo. Realmente estaba de buen humor—. Estaba pensando en algo más parecido a crear una compañía naviera. Tengo todas las conexiones necesarias con los constructores navales y los bancos, y también muy buenos vínculos con la gente que vende algodón en el sur —dijo Brian con una expresión socarrona en el rostro.

John se rascó la barbilla.

—Algodón, dices. —Se lo pensó un momento—. Bueno, he oído que el material ha funcionado bien en los últimos tiempos.

—Bueno, eso es un eufemismo, si es que alguna vez he oído uno. La industria del algodón está en auge. Es como una nueva fiebre del oro. Actualmente, la mayor parte del algodón crece solo frente a la costa de Carolina del Sur, y en ningún otro lugar, ya que la tierra y el clima son

demasiado duros...

—¿De qué nos sirve eso en Virginia, entonces? —preguntó John.

—Para ser franco, de nada.

John resopló.

—Bueno, eso no suena tan prometedor.

Brian se inclinó hacia su amigo.

—Tal vez no, pero eso no significa que no podamos participar en la hazaña. Una fuente cercana a mí dice que podría existir otra cepa de algodón, de menor calidad que la variedad de fibra larga. Pero es mucho más duradera, lo que significa que puede plantarse en casi cualquier lugar, siempre que el clima y la tierra sean los adecuados. Si es así, todo el sur y las tierras más al oeste serían aptas para la siembra.

John silbó.

—Sí, y compramos toda esa tierra a los franceses en.... —John se rascó la cabeza pensativo.

—En 1803 le compramos Luisiana a Napoleón —dijo Brian, acudiendo en ayuda de su amigo—. Tienes razón, todo ese cinturón de tierra a lo largo del Mississippi hasta el golfo de México es tierra cultivable —dijo Brian, pensando en las ganancias que podrían obtenerse si la zona pudiera plantarse con algodón.

—Supongo que esta es tu otra idea de negocio. Adquirimos la mayor cantidad de tierra posible y la trabajamos sin descanso —dijo John, comprendiendo con rapidez.

—Precisamente, amigo mío. El negocio está en auge. El algodón se envía a Liverpool, Manchester, La Haya, Nueva York, Lisboa y otros lugares. Ya no hay suficiente oferta para cubrir la demanda, y los precios están subiendo aún más. El potencial de ganancias es enorme, John —dijo Brian, entusiasmado.

—Por eso mencionaste antes la compañía naviera. Así que, resumiendo, tenemos dos opciones, una, invertimos en tierras y esclavos, la otra, invertimos en barcos —dijo John.

—En efecto, amigo mío... ahora solo tenemos que decidir cuál nos gusta. —Brian levantó su vaso. John hizo lo mismo. Ambos los apuraron de un trago y se miraron con una sonrisa en la cara—. ¿Con cuál te quedas? —preguntó Brian, acercándose al mueble de las bebidas para rellenar sus vasos.

—Barcos —respondió John sin vacilar.

—Pensé que dirías eso. Los barcos siempre son necesarios. Bueno, también la tierra, pero ¿qué pasa si hay un cambio en el panorama político, o si baja la demanda de algodón, eh? O quizá los esclavos dejen de ser una opción; quién sabe lo que puede pasar en los próximos veinte o treinta años. Pero si tenemos barcos, podemos cambiar la carga y listo. El transporte marítimo es el futuro.

—Mis exactos pensamientos. Y sabemos un par de cosas sobre barcos. Yo no sé nada de algodón —dijo John, aceptando agradecido el vaso que Brian le ofrecía.

—Bien, entonces está decidido. Por la Compañía Naviera Jefferson y Travers —dijo Brian, levantando su copa.

—Brindo por ello —respondió John sonriendo.

—Señores, hay unas damas esperándoles en el pasillo —dijo Milton, apareciendo como hacen los mayordomos, silenciosa y discretamente.

—Bueno, ¿y para qué las has dejado ahí fuera, Milton? —preguntó Brian.

—Señor, no estaba seguro de si admitirlas a su presencia —dijo el mayordomo, enderezando un poco más su postura, si es que eso era posible—. ¿Quiere que las acompañe al salón, señor?

—No, Milton. Por favor, acompaña a las señoras al comedor. Vamos a cenar ahora —dijo

John, adelantándose a Brian.

—¿Qué estás haciendo? No voy a cenar con unas mujeres que no conozco. ¿Has perdido la cabeza? Amo a Bethany. ¿Qué pensaría si se enterara? —Brian negó con la cabeza.

John no pudo evitar reírse.

—Deberías verte. Te comportas como si hubiera invitado al diablo a cenar.

—No blasfemes, de lo contrario podría unirse a nosotros de verdad —dijo Brian, todavía asombrado de que su amigo hiciera una sugerencia tan descabellada. Creía que John amaba a Megan.

—¿Confías en mí?

Brian frunció el ceño.

—Claro que sí, John.

—Bien —dijo este poniéndose en pie—. Sígueme; no podemos hacer esperar a las damas, sería de muy mala educación. —Salió del salón. Junto a la puerta, giró sobre sus talones—. ¿Vienes? —No esperó una respuesta. Simplemente desapareció por el pasillo en dirección al comedor.

Refunfuñando, Brian se puso en pie y siguió a su amigo. A medida que se acercaba al comedor, pudo oír una animada conversación. El tono era exuberante. Frunció el ceño. ¿John conoce a estas mujeres? Siguió caminando y entró en la sala.

—¡Bethany!

—¡Brian! —Ella se precipitó a sus brazos. Le miró ilusionada, aunque tuvo que alzar la cabeza, al ser él más alto que ella. Brian le sonrió, provocando una pequeña sonrisa en su rostro —. No puedo creer que esto esté sucediendo —dijo Bethany, respirando con dificultad. La pequeña zancada a través del comedor la había dejado sin aliento, como si hubiera sido una

carrera campo a través.

—Por fin puedo volver a tenerte entre mis brazos. —Brian bajó un poco la cabeza, cada vez más cuando sintió que el cuerpo de ella respondía al suyo.

En unos instantes, su boca encontró la de ella. Se unieron de tal forma que nunca podrían separarse. Bethany sintió que el peso de la tristeza desaparecía de cada fibra de su ser a medida que pasaban los segundos, convirtiéndose en un recuerdo, un fastidioso fragmento de su imaginación. Cuanto más besaba a Brian, más fortaleza extraía de él. Era un pozo de poder y fuerza.

Si Brian hubiera podido, habría entrelazado su cuerpo con el de ella hasta que fueran uno solo. Leer sus cartas y poder escribirle lo que sentía ya había sido un regalo, pero esto... era mágico: tocar, oler y besar a la mujer que amaba.

Cuando se separaron a regañadientes, sus miradas permanecieron fijas. Él la sujetaba por la cintura, necesitando tocarla, aún incrédulo de que fuera real. Bethany dejó que sus manos se deslizaran a lo largo de sus brazos hasta sujetar las manos de él, que descansaban en su cintura.

—He esperado tanto este momento... —dijo Brian—. Hasta ahora, era mitad agonía y mitad esperanza. Tenía fe, pero nunca supe si nuestros caminos volverían a cruzarse. —Brian aún no daba crédito a sus ojos. Si sus manos no se estuvieran tocando, habría dicho que se trataba de una ilusión.

—Estoy aquí, Brian. Realmente no hay palabras que puedan describir lo que siento ahora mismo... —Bethany respiró con fuerza. El beso y las emociones que fluían en su interior eran demasiado para soportar—. Creo que todo lo que puedo decir es que soy la mujer más feliz del mundo.

—Yo también, Bethany —dijo Megan, riendo tras ellos.

—Sí, esta es una noche mágica. Los cuatro juntos de nuevo —entonó John—. Sugiero que

nos sentemos. Le pedí a la cocinera que nos preparara algo rico para cenar.

Brian no podía soltar a Bethany; la llevó de la mano hasta la mesa. En lugar de sentarse frente a ella como John había pensado en un principio, insistió en sentarse a su lado. Prefería sentir su suave piel y oler su fragancia antes que verla. Sin embargo, también en eso estaba indeciso. Quería mirarla por siempre, y no perder nunca de vista a esa mujer que había reclamado su corazón. En esencia, quería todo de ella.

Para Bethany fue lo mismo. A pesar de su felicidad, también se quedó boquiabierta. Aquí estaba el hombre que amaba... vivo, respirando, sonriendo y sentado a su lado. Era demasiada buena suerte para soportarlo. Las lágrimas brotaron de sus ojos y corrieron por sus mejillas. En aquel momento, no sabía si eran de felicidad, de tristeza o de ambas cosas.

—Bethany..., no llores..., todo saldrá bien. —Brian extendió la mano y tomó a Bethany en sus brazos. Enterró la nariz en su pelo, saboreando el aroma que emanaba. Era suficiente para hacerle olvidar su angustia. Apartando la cabeza a regañadientes, la miró a los ojos, dejando momentáneamente que el prístino verdor de sus ojos se reflejara en ellos—. ¿Qué te pasa, cariño? —preguntó preocupado.

—Es tan mágico volver a abrazarte después de tanto tiempo… —dijo Bethany, secándose unas lágrimas.

—¿Lloras por… abrazarme? —preguntó Brian, con cara de preocupación.

Le acarició la mejilla.

—Oh, sí, Brian..., es... lo mejor del mundo. —Otro sollozo la detuvo en seco—. Solo me preocupa el duelo. Es dentro de dos días. No sé si podré sobrevivir a ello. Verte enfrentarte a mi padre, los dos con intención de matar.

Brian frunció el ceño.

—No planeo matar a tu padre.

—¿Qué? Pero él te matará, entonces, Brian. —Bethany no podía creer lo que estaba oyendo.

—Bethany... —Brian la miró a los ojos como si intentara abrir el portal de su alma—. No te preocupes más por el duelo. Se cuidar de mí mismo. Hace meses que no estoy contigo. Ansío tu compañía, tu risa... todo lo que eres. Por favor, compartamos una comida como si no nos importara nada más.

Bethany asintió.

—Tienes razón. Me he comportado como una niña. —Enderezó la postura y levantó la barbilla—. Olvidémoslo y vivamos esta noche, porque mañana la vida continúa —dijo, sintiendo que la fuerza de antaño volvía a ella. En ese momento, supo con certeza que a su lado se sentaba un hombre que le daba fuerzas, y eso hizo que lo amara más.

—Salud —dijo John, levantando su copa de vino. A su lado, Megan hizo lo mismo.

Brian no pudo evitar sonreír todo el tiempo mientras levantaba su copa en señal de reconocimiento por el brindis. Solo Bethany y él sabían que algo más profundo acababa de pasar entre ellos. Era la prueba de la adversidad y el sentimiento de una fatalidad inminente; los enamorados podían afrontarla juntos o sucumbir a su poder. Aquella noche, ambos la afrontaron juntos, haciendo nacer la esperanza que, espoleada por las alas de un amor compartido, les llevaría a donde necesitaban ir.

Capítulo 27

Londres, Inglaterra

Octubre de 1814

John y Brian se habían levantado temprano la mañana del duelo. Había sido una noche de muy poco sueño para Brian. No tanto porque estuviera nervioso, sino porque aún pensaba en Bethany y en la noche mágica que habían pasado juntos. Era un recuerdo que atesoraría el resto de su vida. Un recuerdo por el que rezaba para que algún día se convirtiera en una vida entera.

John había sido un verdadero amigo, el hermano que nunca tuvo, porque nadie había hecho nunca nada parecido por Brian. La velada con Bethany había sido obra suya. La cena había sido planeada desde el primer plato hasta el último. John se había superado.

La cena había terminado demasiado pronto. En un momento dado, él y Bethany estaban cogidos de la mano en el salón después de cenar, y al siguiente, Bethany y Megan tenían que marcharse para que el padre de ella no descubriera su ausencia. Brian aún podía sentir la sedosa suavidad de sus labios apretados contra los suyos cuando recordaba su beso de despedida.

En eso pensaba poco después del mediodía, sentado en un carruaje camino de Carlton House. Para la época del año, hacía mucho calor. No era nada a lo que Brian no estuviera acostumbrado después de vivir en Virginia. Esperaba que sir George lo encontrara agradable, lo

que le daría una ligera ventaja. Necesitaría toda la ayuda posible, porque sir George quería matarlo, a pesar de las reglas de etiqueta.

Por lo general, a muchos hombres les bastaba con demostrar su valentía plantándose ante un cañón y mantenerse firme hasta que se oyese la descarga de las balas de las pistolas. Después de eso, en la mayoría de los casos, la querella se resolvía cuando el desafiado pedía disculpas al agraviado. Entonces, ambos tomaban caminos separados. Sin embargo, sin la intervención divina, hoy sería un camino hacia su muerte.

—John, he querido preguntarte todo este tiempo: ¿cómo demonios terminamos teniendo el duelo en Carlton House? —preguntó Brian—. Lo que quiero decir es que fuiste a reunirte con sir Austin para discutir una alternativa al duelo, y luego, ¿qué pasó? —Brian nunca había llegado a formular esa pregunta, a pesar de que había estado ahí todo el tiempo; habían pasado demasiadas cosas.

—Intenta ir a ese White's Club y permanecer cuerdo... el lugar te roba los sentidos. Todo lo que quería era encontrarme con sir Austin e irme, pero ¿cómo iba a saber que el príncipe regente estaría allí también?

Brian levantó las manos.

—Oye, no te estoy culpando, John.

—El hombre es imposible de rechazar. Lo intenté, pero no hubo manera. Después empezó a hacerme preguntas sobre América y la guerra. —John pensó un momento—. ¿Sabes?, no es tan estúpido como muchos piensan que es. En realidad, es bastante inteligente.

—¿De veras? Bueno, estoy seguro de que lo averiguaré pronto —dijo Brian, con el cuerpo tembloroso mientras el vehículo recorría las calles de Londres. No tardaron mucho en llegar a una puerta y entrar en un camino que conducía a un elaborado patio.

John silbó.

—Parece que hemos llegado. ¿Has visto alguna vez algo así? ¡Es más grande que la casa del Presidente! —Exclamó John mirando a su alrededor con los ojos tan abiertos como platos.

—Sí, es muy impresionante. Así es la monarquía, John —dijo Brian—. Pueden construir lo que quieran con el dinero de los contribuyentes.

Bajaron del carruaje que se había detenido frente a Carlton House. Por fin era el día del duelo. Para sorpresa de Brian y John, todo estaba tranquilo. Ambos habían esperado que decenas de personas avanzaran hacia la casa del regente con júbilo. Pero no era el caso. Bethany había dicho la otra noche, cuando cenaron juntos, que el regente estaba preparando algo fastuoso para el duelo. De momento, no se veían rastro de ello.

—¿Dónde están todos? —preguntó John, comentando lo que ambos habían pensado.

—Parece que el príncipe regente ha decidido mantener esto mucho más exclusivo de lo que pensábamos. —Brian apretó los labios, pensativo. Era extraño. ¿Por qué tomarse tantas molestias para organizar el duelo aquí, y no utilizarlo como un truco publicitario para reforzar su ya inflado ego?

John suspiró y levantó la vista antes de entrar en el cavernoso edificio. Él y su amigo estaban bajo un pórtico hexástilo techado. Se volvió para mirar en la dirección por la que habían venido. El patio de Carlton House estaba separado de Pall Mall por una pantalla coronada por una magnífica columnata. Al volverse, tragó saliva solo para encontrarse de nuevo con el ostentoso interior que tenía ante sí.

—¿Qué clase de persona vive en un lugar como este? —preguntó, entrando en el gran salón que tenía un agradable aire de elegancia clásica.

—La realeza, amigo mío. —Brian, sin embargo, no pudo evitar sentirse impresionado también por la perfección de todo. Parecía que cada adorno, por pequeño que fuera, había sido colocado en el lugar exacto.

—Síganme, por favor —dijo un lacayo, vestido con librea roja de sirviente real y medias de seda blanca. Había otros de pie junto a los muros, esperando a cumplir las órdenes de su señor.

Brian y John le siguieron a través de un vestíbulo octogonal hasta la gran escalera que les conduciría a la planta baja, donde comenzarían las actividades del día.

Los dos estadounidenses no sabían lo que les esperaba.

Tras pasar por otra antesala y la biblioteca, Brian y John entraron sin sospechar nada en el Salón Dorado. Era espectacular. Como su nombre indicaba, tenía una cornisa dorada que bordeaba el techo y muchos más elementos del mismo material. Y como la mayor parte de la residencia, los elementos arquitectónicos eran del periodo gótico.

Los dos hombres no tuvieron tiempo de inspeccionar su entorno. En cuanto entraron en la sala, un fuerte aplauso les dio la bienvenida. Ante los norteamericanos, había más de cien personas vestidas con sus más lujosas prendas. Aclamaban a Brian por su valor y le deseaban la mejor de las suertes en el duelo que se avecinaba.

Todo estaba coreografiado a la perfección. Momentos después de la entrada de los americanos, los aplausos se reavivaron cuando aparecieron sir George, su esposa y Bethany. También en este caso, los presentes eran partidarios y mensajeros portadores de misivas verbales de buena fortuna. Toda aquella atención hizo que sir George se sintiera aún más importante de lo que era.

Las miradas de Brian y Bethany se entrecruzaron. Él le sonrió y ella le correspondió plenamente. Estaba guapísima con una chaquetita corta verde claro de estilo militar que estaba de moda. Estaba ribeteada en piel y abierta por la parte delantera, revelando un pálido vestido de muselina. La visión de ella le hizo tragar hondo. Brian pensó que si eso era lo último que veía, todo habría valido la pena.

—Bienvenidos, valientes héroes —dijo una voz aguda que arrastró las palabras. Procedía de detrás de la multitud—. Bienvenidos —dijo de nuevo—. Bienvenidos a Carlton House. Me he

tomado la libertad de organizar un pequeño almuerzo antes de comenzar con el duelo. —El regente aplaudió con entusiasmo.

El príncipe apareció milagrosamente de entre el apretado grupo de cortesanos que, por arte de magia, crearon un pasadizo para que pasara. Cuando llegó al frente, sonrió a los recién llegados.

—¿No es emocionante? Una lucha por el honor, una lucha entre naciones y... —Avanzó unos pasos hasta situarse frente a John—. Y como aquí mi amigo John me ha dicho, una lucha por el amor. —Se giró y le guiñó un ojo a Bethany, haciendo que se sonrojara.

Se oyó un murmullo generalizado cuando el regente se refirió a uno de los americanos como su amigo, en lugar de conceder a sir George la dignidad de recibir su atención en primer lugar. Al príncipe no le importó. Realmente disfrutaba con la táctica de conmoción y pavor que tan a menudo empleaba.

—¿Qué le dijiste, John? —siseó Brian.

—No pensé que pudiera hacer daño contarle al regente toda la historia. Le encantó y me dijo que a él también le había roto el corazón —dijo John.

No había tiempo. El príncipe, que vestía uniforme de mariscal de campo, se puso de nuevo en marcha. El cordón que le rodeaba la cintura era de un azul más claro, y una soberbia estrella brillante adornaba su pecho junto con algunos otros galardones relucientes; había un lazo y un botón de diamantes en su sombrero, y una pluma que se balanceaba en la parte superior. Iba muy maquillado y llevaba una peluca bajo el sombrero.

—Venga, sígame —dijo, excitado. Le guiñó un ojo a John antes de darse la vuelta. Sin esperar más, giró sobre sus talones y regresó a través de la multitud por donde había venido.

John y Brian intercambiaron miradas. John se encogió de hombros, como diciendo: «Te lo dije».

—Parece que le causaste una buena impresión, John —murmuró Brian, sacudiendo la cabeza—. No es de extrañar; sobre todo, si mantuviste al hombre entretenido con todos los detalles de cómo conocimos a Bethany y Megan. ¿En qué estabas pensando?

John se encogió de hombros.

—Dale a un hombre unas copas y todos se abren al bueno de John —dijo este—. En mi opinión, el príncipe es un tipo bastante agradable. —Brian arqueó las cejas y John volvió a encogerse de hombros. Antes de que se dieran cuenta, seguían a la gran procesión de gente que salía del Salón Dorado para entrar entraba en el Comedor Gótico contiguo.

—Aquí estamos —anunció el príncipe con una exagerada alegría—. He preparado una pequeña exhibición de mesa en honor de nuestros dos valientes. —Pasó la mano dramáticamente por encima de la mesa. Sus ojos brillantes recorrieron la sala en busca de la inevitable reacción de asombro que esperaba.

Corriendo por el centro de la mesa, ligeramente elevado sobre la superficie, un canal de agua pura continuaba fluyendo desde un manantial plateado que estaba bellamente construido en el otro extremo del tablero. Sus orillas artificiales estaban cubiertas de musgo verde y flores marinas; unos barquitos con pabellones británicos y americanos, gracias a un invento mecánico, nadaban a través de la burbujeante corriente. En un punto anterior a donde se sentaba el regente, el agua desaparecía milagrosamente en la mesa.

Hubo un gran aplauso que incluyó muchos gritos de alabanza. Tras inclinarse ante la aclamación de sus invitados, deleitándose en el momento durante demasiado tiempo, dio la orden de que todos los presentes se sentaran.

—Venga, sentémonos.

El príncipe regente se sentó a la cabecera de la mesa. Detrás de él se alzaba un elaborado atril real que exhibía su escudo de armas en seda carmesí y plata. Desde esta posición, el regente podía ver y ser visto por todos los presentes en el comedor.

A su lado, en asientos de honor, se sentaron los dos combatientes. Después, los asientos se dispusieron de acuerdo con quién estaba más a favor del príncipe ese día. Para gran sorpresa de todos, John había sido sentado justo al lado de Brian para que el príncipe pudiera conversar con él directamente. La esposa de sir George se sentó junto a su marido, luego vino Bethany, junto a ella lord Avanley y así sucesivamente. Beau Brummell estaba en alguna parte, junto con los otros dos miembros del Club de los Dandis, que habían sido colocados estratégicamente para entretener con sus ocurrencias a los invitados.

—Solo he preparado un pequeño almuerzo para que no se cansen demasiado, pero no me gustaría que ustedes dos, caballeros, se enfrentaran a la prueba de la muerte con el estómago vacío —dijo el regente. Inclinó ligeramente la cabeza. El gesto no había pasado desapercibido.

Rápidamente, soperas, fuentes, platos, incluso platos hondos, todos de plata, llegaron de las cocinas. Los platos se colocaron delante de los invitados. Poco después, se sirvieron sopas calientes en los platos hondos. Pronto se hizo el silencio mientras todos consumían la sopa a una velocidad vertiginosa.

Brian y John intercambiaron miradas: ¿por qué todos se comportaban como si llevaran semanas sin comer? Al oír un sonoro sorbo dirigieron su mirada al príncipe, que había terminado su sopa con presteza. Cuando llegó el momento, los sirvientes, vestidos con libreas azules adornadas con encajes dorados, retiraron los platos. Cuando el príncipe acabó de comer, todos los demás también lo hicieron, tal era la etiqueta de su corte.

Minutos después aparecieron asados de todo tipo, fríos o calientes, pero de excelente preparación. Había melocotones, uvas, piñas y cualquier otra fruta menor de temporada o fuera de ella en profusión. Había champán helado y todos los demás vinos también de magnífica calidad.

—Entonces, ¿está emocionado, comodoro Travers, al luchar por su amor? —le preguntó el regente a Brian.

—Lucha para satisfacer mi honor y defender el suyo, si es que alguna vez lo tuvo —intervino sir George desde el otro lado de la mesa.

—No creo que estuviera hablando con usted, sir George. Le preguntaba a este caballero, que además es un valiente comodoro de la marina, cómo se siente luchando por la mujer que ama —le espetó el príncipe. Las conversaciones más cercanas a él se fueron silenciando mientras la gente esperaba lo que pudiera ocurrir a continuación.

—Bueno, por supuesto que lucho por amor, Su Alteza Real. ¿Qué mejor razón puede haber? —dijo Brian, sin saber exactamente qué más decir.

—Espléndido, espléndido, señor. —El príncipe se rio—. Verá, mi amigo John me contó todo sobre cómo conoció a la encantadora señorita Bethany. También mencionó que usted es de ascendencia escocesa... de noble ascendencia, para ser exactos. —Entrecerró sus ojos de cerdo —. ¿Es cierto, señor?

Sir George estaba a punto de estallar de indignación. A su lado, su esposa mostró la primera sonrisa verdadera en días. Miró al marino americano con unos ojos completamente nuevos. Luego estudió a su hija, que miraba a Brian mostrando abiertamente su afecto por el hombre. Sus sentimientos estaban a la vista de todo el mundo.

—Bueno, Alteza, eso fue hace mucho tiempo. Pero sí, soy originario de Escocia. Mi abuelo se fue después de los levantamientos jacobitas...

—Era un traidor —siseó sir George.

El regente dio un manotazo en la mesa.

—Si insiste en ser desagradable, sir George, disfrutará del resto del almuerzo fuera con mis perros hasta que yo decida cuándo empieza el duelo. ¿Qué diablos podrían pensar de nosotros los americanos, si usted es un ejemplo de caballero inglés, eh? —El príncipe despreciaba a los advenedizos, especialmente a los que pensaban en los negocios como una especie de santo grial.

Si hubiera sido su elección, nunca habría ascendido a sir George, en primer lugar. Había sido el primer ministro quien había insistido. Por otra parte, respetaba a Brian porque este era un marino.

Volvió a centrar su atención en él.

—Continúe, señor. Estaba hablando de su abuelo...

Brian se sorprendió con toda la atención que estaba recibiendo. ¿Qué le habría dicho John al príncipe regente?

—Mi abuelo era el *laird* Duncan Mackinnon de Travers, Su Alteza Real.

—Oh, llámeme Priney. Ese título es demasiado largo para usarlo siempre entre amigos. De todos modos, usted es un *laird*. Qué encantador. —Volvió a mirar a sir George—. Técnicamente este caballero le supera en rango. —Comenzó a reír histéricamente, induciendo a los demás a seguir su ejemplo. Incluso Brian no pudo contenerse. Los ojos de Bethany se agrandaron. Ya no sabía qué pensar. ¿Se estaba volviendo loco el mundo entero?

—Te dije que el hombre era muy divertido. Y tampoco es tonto —susurró John.

Brian asintió. Lanzó una mirada disimulada a Bethany. Ella le había estado observando todo el tiempo. Sonrió cuando sus miradas se cruzaron. Eran momentos como este los que hacían que la vida mereciera la pena. Brian podría mirarla eternamente. La mirada de Bethany lo aprisionó y lo mantuvo allí hasta que su atención se desvió.

Brian miró a la izquierda cuando sintió que alguien le tocaba el brazo. Era el príncipe regente una vez más.

—Investigaré los aspectos del título de su familia. Por favor, escríbalo, incluyendo el nombre de su abuelo.

Con sus palabras, un criado le tendió pluma, tinta y papel. Brian los cogió y escribió lo que Priney le pedía.

—Es muy amable, Priney.

Se le iluminó la cara.

—El querido comodoro Travers dice que soy muy amable —proclamó Priney extasiado.

La congregación rio al unísono. John fue el más ruidoso. A diferencia de Brian, había bebido demasiado vino.

Capítulo 28

Londres, Inglaterra

Octubre de 1814

Brian estaba en los jardines detrás de la gran casa. Eran más bajos que los de Pall Mall, situados en la parte delantera. La congregación de invitados había salido del comedor por unas grandes puertas de cristal que daban directamente a los jardines. Todo estaba magníficamente decorado.

Fue la primera vez ese día que Brian se sintió realmente un poco nervioso. Su experiencia como capitán de barco le decía que era un sentimiento sano, porque los hombres que no sentían miedo acababan muertos. Los hombres valientes sabían canalizar el sentimiento y usarlo en su beneficio. Brian podía hacerlo. Sin embargo, esta vez era diferente. Bethany estaba entre la multitud, mirándolo. Por primera vez en su vida, tenía algo que perder.

Bethany observaba cada movimiento de Brian y le sonrió. Obviamente, se había hecho un traje nuevo para la ocasión con uno de los sastres más famosos de la ciudad. Estaba tan guapo con su frac azul oscuro a la moda, con los botones forrados de tela. No podía dejar de mirarlo del mismo modo que no podía dejar de temblar.

Se negaba a pensar lo que sucedería dentro de unos minutos. Sin importar el resultado, tras el duelo perdería a alguien a quien quería, ya fuera a su padre, o al amor de su vida.

—¿Puedo pedir a los padrinos que se acerquen? —anunció el regente. Tenía las mejillas sonrosadas por el exceso de alcohol consumido durante el almuerzo. Se balanceaba un poco sobre sus pies, y el calor inusual le estaba afectando.

Durante el almuerzo, había estado de excelente humor, insultando a sir George en todo momento. Sin embargo, nunca hizo un comentario grosero sobre Bethany y el hecho de que ella hubiera desdeñado a lord Arthur Ranson Murray en favor de Brian. De alguna manera era extraño, ya que él debía estar al tanto de los chismes y del insulto que ella le había dedicado al duque de Benson y a su hijo.

—¿Hay alguna posibilidad de reconciliación sin llegar al duelo? —preguntó Priney a John y sir Austin.

John miró a sir Austin con esperanza en los ojos. El otro hombre negó secamente con la cabeza.

—Me temo que no, Alteza Real. El duelo debe continuar —dijo sir Austin con una voz alta y clara que sobrepasó las cabezas de las más de cien personas presentes.

—¿Acepta continuar su hombre, John? —preguntó el regente, con aspecto ligeramente perturbado.

—Sí, Priney —dijo John.

A pesar de la gravedad del momento, las carcajadas inundaron el recinto. El regente apenas podía contener la risa. Había olvidado que le había dicho a John que le llamara por su sobrenombre cuando estuvieran en el White's Club. Evidentemente, John no sabía que en momentos como aquel debía volver a dirigirse a él por su título real.

—Bien —dijo el regente—. Los padrinos pueden conversar con sus hombres, y luego les llamaré para que elijan las armas cargadas —dijo el regente en un tono sorprendentemente claro. Señaló con la cabeza a dos hombres, obviamente militares, que de inmediato empezaron a

preparar las pistolas de duelo.

—Buenas tardes, Bethany. Me alegro de volver a verla —dijo una voz familiar—. Aunque hubiera preferido que fuera en circunstancias más propicias, pero a veces uno no puede elegir, ¿eh?

Bethany se dio la vuelta. Era el duque de Benson. En contra de toda etiqueta, ella tomó al anciano caballero en sus brazos y lo abrazó como si le fuera la vida en ello, quizás a causa de los nervios que sentía en ese momento.

—Vaya, vaya, querida. Debes de haberme echado mucho de menos. Es una pena que no compartieras los mismos sentimientos por mi hijo —dijo. No había rastro de malicia ni de ningún otro sentimiento airado en su voz.

Cuando Bethany retrocedió, solo pudo ver en los ojos del duque su habitual brillo travieso.

—Lo siento mucho, Su Gracia. Sé que estuvo mal lo que hice. Especialmente, después de que usted ha sido tan amable conmigo.

—No hay necesidad de disculparse. Sé que mi hijo no es el individuo más conmovedor. Eso se debe a que mi mujer lo mimaba demasiado cuando no era más que un niño. Intenté que dejara de hacerlo o al menos amortiguar su ardor, pero ya sabe cómo son algunas madres.

El duque sonrió a Bethany. Su mirada recorrió el césped hasta detenerse en Brian.

—¿Así que ama a este americano?

Bethany giró la cabeza. Observó a Brian durante unos segundos más. John lo había colocado a unos metros de su padre. Las expresiones de los rostros de ambos hombres eran estoicas. Mientras tanto, John seleccionaba un arma de una caja de madera ornamentada que le había presentado uno de los sirvientes del regente. Una vez hubo elegido, sir Austin cogió el arma restante.

Ambas pistolas de duelo, fabricadas en Londres por Joseph Simmons, estaban cargadas.

Eran armas preciosas con líneas doradas y de platino. Las empuñaduras eran de madera pulida, y los laterales junto al martillo tenían intrincados diseños en oro.

—Sí, así es —dijo por fin Bethany, contestando a la pregunta del duque.

—Entonces, este debe de ser un momento muy difícil para usted, querida —dijo el duque.

—Lo es, Su Gracia. Una de las más duras que he tenido que soportar en mi vida. —La otra era estar en presencia del hijo del viejo duque y saber que no había salida a su compromiso. Pero ella nunca le diría eso.

El duque de Benson suspiró.

—Es una pena que ya no pueda tenerla como nuera. Pero entiendo que no quiera casarse con mi hijo. —La expresión de su rostro se volvió dura—. He hecho arreglos para que obtenga... cómo decirlo... un poco más de coraje.

Bethany no pudo evitar arquear las cejas. Si su madre estuviera cerca, la reprendería de inmediato por hacer muecas. Las señoras no hacían esas cosas.

—¡Oh!

—Sí, pensé que una pequeña estancia en la India le vendría bien. Tengo buenos contactos con la Compañía Británica de las Indias Orientales. Estaban encantados de tenerlo. Se fue hace unos días.

Bethany no pensó que el dulce duque pudiera ser tan estricto con su hijo. Brian había sido severo y ella supuso que, en ocasiones, podía ser brutal. Eran los tiempos que corrían. El duque le dio un golpecito en el hombro.

—Parece que está a punto de empezar —dijo—. La dejo ahora, querida Bethany. Creo que preferiría presenciar esta prueba lo más privadamente posible.

Bethany le agarró del brazo.

—Su Gracia, por favor, no se vaya. Significaría mucho para mí que se quedara a mi lado —lo dijo en serio, pues se sentía al borde del desmayo. Necesitaba tener a alguien cerca, y no le importaba que fuera el duque, ya que no podía ser su madre.

Él asintió con la cabeza.

—Por supuesto, querida.

—Pongan las marcas —anunció el príncipe regente.

Inmediatamente, dos hombres avanzaron desde el centro del campo en dirección opuesta portando espadas. Tras dar veinte pasos cada uno, se detuvieron y clavaron las espadas en el césped.

—Los marcadores han sido colocados. Padrinos, ¿han elegido sus armas y están cargadas y listas? —El príncipe estaba en su elemento. Estaba haciendo un excelente trabajo como maestro de ceremonias. Cuando ambos hombres respondieron afirmativamente, el príncipe continuó—. Padrinos, pueden entregar las armas a sus hombres.

Bethany apenas podía respirar cuando vio a Brian coger la pistola de manos de John. Su mirada se desvió nerviosa hacia su padre, que tomó la suya de sir Austin. Ambos hombres sabían lo que hacían mientras sopesaban las pistolas en sus manos.

—¡Pistolas a los hombros y sobre la cara! Cuando empiece a contar, podrán avanzar hasta el lugar designado. Cualquier otra cosa hará que el infractor pierda el duelo.

El estruendo de la voz del príncipe sobresaltó a Bethany. Inmediatamente, el duque le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

—Todo irá bien, Bethany. Cierre los ojos si es necesario.

—UNO - DOS - TRES - CUATRO...

La cuenta parecía interminable. Bethany pensó que podía sentir cada latido palpitando en el

pecho de Brian. Sus ojos estaban fijos en él. Sin embargo, de algún modo, no podía ver nada. Sabía que se había quitado el frac y que tenía puesto solo el chaleco. No era capaz de mirar a su padre. Una voz en su cabeza le decía que debía hacerlo, haciéndola sentir culpable. Pero algo dentro de ella le culpaba de todo.

—¡DIECIOCHO - DIECINUEVE - VEINTE!

—Cierre los ojos, querida. No tiene por qué ver esto —repitió el duque, amablemente.

Bethany sacudió la cabeza. Tenía que verlo todo. Mirando a Brian, vio la misma resolución de acero que había visto en él a bordo del Poseidón. El hombre era realmente un guerrero. Sabía que él debía de sentirlo, pero no había ni rastro de miedo en su rostro.

Una mirada a su padre confirmó que estaba igual de decidido, por muy probable que pareciera, a juzgar por su corpulencia. Puede que no fuera un guerrero, pero era un hombre que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. El padre de Bethany era como un terrier. Nunca soltaba su presa hasta que ganaba o moría en el proceso. A su manera, ambos eran hombres valientes.

—Caballeros, amartillen sus pistolas —dijo el regente.

¡CLICK! ¡CLICK!

El sonido fue casi ensordecedor en el entorno silencioso. Bethany sentía que el corazón le latía con fuerza en los oídos. ¿Cómo será para Brian, si yo ya me siento así? Debo ser fuerte para él. No debe ver el miedo en mis ojos. Bethany enderezó la postura. Sintió que recuperaba la determinación. El duque también lo notó.

—Pueden darse la vuelta... y esperar mi orden de fuego —dijo el príncipe, que realmente actuaba de mariscal de campo de la manera que su atuendo sugería.

El tiempo parecía haberse detenido. Para Bethany, era como el lento tic-tac del reloj de pie del vestíbulo de la residencia londinense de su padre. El tiempo siempre avanzaba a la misma velocidad, independientemente de las circunstancias: así eran las cosas. Sin embargo, había

momentos como este en los que la percepción era lo único que controlaba el avance del tiempo.

—¡FUEGO!

¡BANG!

El primer disparo se había efectuado casi al mismo tiempo que el príncipe dio la orden. ¿Quién fue? ¿Quién disparó primero? Bethany se sintió mareada. Su mirada oscilaba entre su padre y Brian.

Ambos hombres seguían de pie. La multitud guardaba silencio. Muchos de los espectadores, sobre todo las mujeres, se llevaron las manos a la boca.

—Mire, su amigo americano todavía tiene una bala en su recámara —dijo el duque—. Él es quien decide quién vive o muere. El humo se arremolina alrededor de su padre, él fue el primero en disparar.

Bethany no se había dado cuenta. Rápidamente miró a Brian y frunció el ceño: algo iba mal. La expresión de su rostro era tensa. A Bethany le pareció que se le escapaba la sangre a cada momento.

Como un depredador acechando a su presa, Brian bajó la pistola hasta apuntar directamente a su padre. Sir George no se inmutó, a pesar de saber que su muerte era inminente. Como antes, el tiempo transcurría sin apenas notarlo. Los latidos de su corazón se hicieron más erráticos y persistentes. «¿Va Brian a matar a mi padre?», se preguntó Bethany.

Por muy contenta que estuviera de que Brian siguiera en pie, Bethany no quería que su padre muriera. Su destino estaba ahora en manos de Brian. Uno... dos... tres... los latidos de su corazón seguían y seguían como la naturaleza dictaba. Ella quería que se detuviera, caer y que todo desapareciera.

—¡BANG!

Bethany se llevó la mano a la boca. Miró fijamente a su padre, que seguía de pie. No movió

ni un músculo. Volvió a mirar a Brian. El humo le rodeaba, ocultando parcialmente su cabeza. Cuando se disipó, se dio cuenta de que se balanceaba sobre sus pies.

—Parece que tenemos un empate, damas y caballeros. El comodoro Travers falló —gritó el príncipe—. Padrinos, ¿está satisfecho su honor?

—¡Brian! —gritó Bethany, corriendo hacia delante. Cuando llegó hasta él, yacía sobre la hierba. La sangre había manchado su camisa de lino blanco—. Brian, Brian, todo irá bien —sollozó. Pero sabía que algo iba muy mal. El color de su piel era ya de un blanco mortal.

—Me perdonó la vida. Era imposible que un hombre de su habilidad fallara ese tiro —dijo el padre de Bethany acercándose a ellos. Miró a su otrora oponente con ojos suaves. Era muy distinto enfrentarse a un hombre de pie, al que considerabas que te había insultado gravemente, a verlo tendido en el suelo sangrando.

—Traigan a mi médico —ordenó el regente, mientras se acercaba tambaleándose al americano herido.

—John, ¿se pondrá bien? —preguntó Bethany. Cuando vio la expresión de preocupación grabada en sus facciones, pensó que iba a desmayarse.

—Ahora está en manos de Dios, Bethany —dijo.

Capítulo 29

Berkshire, Inglaterra

Noviembre de 1814

Por fin había llegado el otoño. Las hojas cubrían los terrenos de la finca del padre de Bethany en Berkshire, imitando una alfombra de colores. El cielo estaba cubierto por espesas nubes grises que le hacían pensar que el sol no volvería a atravesar aquella barrera.

—Debes comer, Bethany. Apenas has probado bocado en semanas. Si no te alimentas, te reunirás con Brian en su lecho de enfermo —dijo Megan.

—Oh, cállate, Megan. Necesito tiempo para pensar. Anoche le bajó la fiebre. El médico confirmó que era una buena señal. Todo depende de los próximos días. Si se despierta y no vuelve a sucumbir a la fiebre, puede que se recupere. —Era la primera vez desde el incidente que se sentía esperanzada.

—Eso ya ocurrió hace una semana, pero ha vuelto a recaer —dijo Megan. Parecía casi tan agotada como su amiga.

Megan confiaba en la información que le proporcionaba John. Antes de que el médico diagnosticara nada, había sido él quien había dicho que la herida se infectaría. Había basado su análisis en el hecho de que había visto muchas veces lo mismo a bordo de un barco durante su

época de marinero. La bala de mosquete de sir George había penetrado en el cuerpo de Brian y había rebotado en las costillas, sin alcanzar ningún órgano vital, lo cual había sido una suerte. Pero había ido a parar a su espalda.

Sin embargo, el proyectil no era tanto el problema; había sido retirado con bastante facilidad. El médico del regente había hecho un trabajo magnifico. Y gracias a sus cuidados, a la mañana siguiente, Brian tenía mucho mejor aspecto. Incluso se había recuperado lo suficiente como para viajar unos días después.

Presionado por Bethany, Brian había aceptado la oferta de sir George de convalecer en su mansión de Berkshire. El padre de Bethany había cambiado mucho desde el duelo. Apenas salía de su estudio, inundándose de más trabajo del habitual.

Bethany supuso que se sentía más culpable de lo que jamás hubiera imaginado.

Durante el viaje al campo, Brian había sucumbido a la fiebre. Bethany aún podía oír el castañeteo de sus dientes cuando pensaba en ello. Su cuerpo atravesaba giros de tal agonía mientras alternaba entre un calor abrasador y oleadas de frío glacial que habían maltratado su cuerpo como si hubiera sido poseído por otro ser. Hubo momentos en los que pensó que lo perdería.

A su llegada, Brian había caído en un sueño profundo después de que la fiebre hubiera bajado. El médico de la familia Norbert volvió a examinarle y encontró un trozo de tela de su ropa en la herida. El médico del príncipe regente lo había pasado por alto. En muchos casos, las partes de ropa en el cuerpo podían ser más letales que la propia bala de mosquete, debido a las bacterias que permanecían allí.

Tras su eliminación, la fiebre reapareció unos días después. Debido al estado de debilidad de Brian, fue mucho peor que la primera recaída. Y, de nuevo, remitió al cabo de unos días, para reaparecer otra vez tras una breve pausa.

Brian no se había despertado desde que llegó a Berkshire, hacía más de una semana.

Alternaba rachas de lucidez aparente, cuando parecía que iba a mirarla a los ojos, y una quietud sepulcral, cuando el subir y bajar de su pecho era el único indicio de que seguía vivo.

Incluso el padre de Bethany mostró verdadera preocupación por el americano. Todo el ambiente de la mansión era sombrío y deprimente. Las comidas entre padre e hija transcurrían a menudo sin que ambos compartieran una sola palabra. Su madre había escapado a este destino. Había decidido quedarse en Londres, pero debía llegar hoy.

—Vamos, Bethany, volvamos a la casa. Tal vez haya algún cambio en el estado de Brian —dijo Megan, queriendo sacar a su amiga del frío viento y llevarla adentro antes de que lloviera. Era inútil que las dos se pusieran enfermas. Y Bethany tenía peor aspecto.

Esta asintió con desgana. Hacía días que no era ella misma. El día del duelo seguía presente en su mente como un recuerdo maligno. No desaparecía, no se debilitaba y permanecía allí como una sombra siempre persistente. Temía lo peor. John trató de poner cara de valiente, pero ella sabía que no era así: lo llevaba escrito en la cara. La situación era terrible. La vida de Brian pendía de un hilo.

Bethany y Megan caminaron hacia la gran mansión, cada una perdida en sus propios pensamientos. La residencia Norbert se erguía orgullosa sobre una elevación menor que dominaba el parque circundante. Sir George amplió las ventanas de guillotina originales y añadió balcones para poder salir de su dormitorio por las mañanas y disfrutar del aire fresco del campo.

Bethany y Megan caminaron en dirección a los patios interiores que había junto a los establos y las partes funcionales del edificio.

—Haré que envíen unos refrescos a la biblioteca —dijo Megan con voz apagada, al no saber cómo animar a su amiga—. Supongo que querrás leer algo para distraerte.

—No, mándalo a la habitación de Brian. Quiero estar con él —dijo Bethany, quitándose las botas.

Megan asintió. Admiraba la lealtad de su amiga. Sin embargo, no le parecía sano estar siempre sentada en una habitación con un enfermo. Intentó por todos los medios reducir sus visitas, pero Bethany no se dejó disuadir.

Sin decir palabra, subieron los escalones del piso inferior hasta la residencia principal, donde vivía la familia de Bethany.

Había un gran vestíbulo que conducía a un entresuelo donde se encontraban las principales salas de recepción. En el interior, la ornamentación era generosa. En general, la chimenea era el centro de atención en todas las habitaciones. Se les había dado un tratamiento clásico, rematado con pinturas o espejos, según la sala en la que se encontrase.

Los techos de escayola, la madera tallada y las vistosas pinturas murales servían de telón de fondo a colecciones cada vez más ricas de muebles, cuadros, porcelana, espejos y objetos artísticos de todo tipo. Apenas había paneles de madera, que habían caído en desuso a principios de siglo. El papel pintado, incluidas las carísimas importaciones de China, era de rigor.

Cuando Bethany llegó a la habitación de Brian, encontró a su madre sentada junto a la cama.

—Madre, ¿qué haces aquí? —preguntó, incrédula.

—Estoy aquí para disculparme con el pobre hombre —dijo, con una mirada de sinceridad en sus rasgos—. Nunca le insulté a la cara, pero hice bastantes comentarios a ti y a tu padre, implicando a su persona. —Acarició su mano mientras decía esto.

Bethany intentó averiguar si su madre había vuelto a las andadas. Su comportamiento no era propio de ella. Había sido una mujer destrozada cuando se marcharon de Londres. La persona que tenía delante desprendía vitalidad y un nuevo propósito en la vida. ¿Qué había ocurrido para que cambiara tanto de humor?

—No puede oírte. Lleva más de una semana inconsciente —dijo Bethany, sentándose en

una de las muchas sillas de la lujosa habitación.

—No digas eso... Estoy segura de que algunas palabras le llegarán —dijo su madre.

—¿Qué le decías, además de disculparte? —preguntó Bethany, picada por la curiosidad.

La expresión del rostro de su madre se iluminó.

—Le estaba contando los rumores que corren por Londres. En primer lugar, ha sido aclamado como el epítome de buen caballero por su conducta en el duelo. Todo el mundo sabe que podría haber disparado, pero no lo hizo. Superó el dolor y el deseo de venganza porque es un caballero.

—¿Algo más, madre? —Bethany nunca lo había pensado desde ese punto de vista. La gente tenía razón. La conducta de Brian había sido ejemplar y digna incluso de sangre real.

—Además, el príncipe regente ha restituido el título de Brian como *laird* Mackinnon de Travers *in absentia*. Incluso se rumorea que volverá a recibir las tierras de su familia y un estipendio anual del príncipe —dijo dando una palmada—. Y hay otra cosa... —Su madre se rio como una mujer mucho más joven de lo que era—. La duquesa de Haddington se disculpó por haberme tratado tan duramente en Hyde Park. ¿no es grandioso?

Bethany miró a su madre con dureza. Habría sido demasiado bueno para ser cierto que mostrara una pizca de compasión sin tener en cuenta sus propios intereses. Ahora que Brian era confirmado como un par del reino, era material adecuado para el matrimonio.

—Madre, quiero que abandones esta habitación ahora mismo. ¿Cómo te atreves a entrar aquí después de insultarlo? Ahora que es reconocido por el regente y toda la sociedad londinense, ¿lo consideras adecuado?

—No quise decir nada con eso. ¿No puede una dama admitir cuando es corregida por los hechos? No puedo evitarlo. Estaba equivocada. Es un buen hombre, y me encantaría que te casaras con él —dijo, dejando escapar unas lágrimas de cocodrilo.

Bethany miró a su madre con dureza.

—No me creo ni una palabra. Todo lo que puedo decir es que tienes demasiada suerte. No te lo mereces.

—¿Cómo te atreves a recurrir a blasfemias en esta casa, jovencita? —protestó su madre.

Bethany se puso en pie.

—No es el momento de que hagas de madre conmigo. ¿Has pensado alguna vez por qué la duquesa de Haddington te pidió disculpas?

—Bueno, yo... supuse que era por la relación de Brian con el príncipe regente —respondió ella

—No, madre. Fue el duque de Benson quien regañó a la duquesa. Sabes que es uno de los hombres más poderosos de Inglaterra. No le pareció bien que nuestra familia sufriera por el orgullo herido de su hijo. —Bethany señaló la puerta—. Ahora, vete antes de que me enfade de verdad. Ya he tenido suficiente de tus intrigas.

—Bethany... ¿de verdad tienes que gritar tanto? Ya me duele bastante la cabeza.

De pronto, se oyó una débil voz masculina.

—¡Brian! —gritó Bethany, tapándose la boca con la mano. Se quedó congelada en el sitio como una cierva sorprendida por una luz repentina. Parecía débil, pálido, pero lúcido, y eso era lo único que importaba. Lágrimas de felicidad resbalaron por sus mejillas.

—¿Eso es todo lo que recibe un enfermo hoy en día? —preguntó Brian—. ¿Una mirada sorprendida y algunas lágrimas? —Trató de reírse, pero en lugar de eso, balbuceó y casi se atragantó.

Esto fue suficiente para que Bethany se lanzara hacia adelante.

—Mi amor, estás despierto.

Brian frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo estuve dormido? ¿Qué ocurrió?

—Shhh, shhh, no debes cansarte. Aquí... descansa la cabeza. —Bethany se volvió hacia su madre—. Madre, pásame el agua —ordenó.

Brian bebió con avidez.

—Usted, mi l*aird*, es la comidilla de Londres —dijo la madre de Bethany—. ¿Sabía que el príncipe regente ha restaurado la nobleza de su familia?

—Madre, ahora no. Estoy segura de que tendrás tiempo de sobra para contarle a Brian tus buenas noticias —la reprendió Bethany.

—¡Oh, Señor..., está bien! —dijo Megan, casi dejando caer la bandeja que llevaba.

—Sí, parece que lo peor ya ha pasado —dijo Bethany. Se volvió hacia su madre—. Madre, ve a buscar a John y a padre. Querrán saber que está despierto. —Margaret obedeció con presteza y se marchó.

Bethany miró de nuevo a Brian.

—¿Qué?

Esta vez, él se rio un poco.

—Puede que tenga que replantearme mi propuesta de matrimonio. Te has convertido en toda un mandona en mi ausencia.

El color de la cara de Bethany enrojeció.

—Yo, yo no quería...

Brian levantó la mano débilmente.

—No digas nada... Me gusta esta faceta tuya. No podría haber mujer más adecuada para un

capitán de barco que tú —dijo, cogiéndole la mano y depositando un beso en el dorso.

—Comodoro —corrigió Bethany.

—Me corrijo —dijo Brian antes de que John y sir George irrumpieran por la puerta.

Capítulo 30

Berkshire, Inglaterra

Noviembre de 1814

Las risas impregnaban la sala de desayunos de la mansión Norbert. El opulento comedor se llenó de tentadores aromas procedentes del aparador cargado hasta los topes de manjares. Los comensales no podían estar más satisfechos. Por fin, como en Europa y en América, la paz reinaba en esta familia, y parecía que para quedarse.

Era un feliz acontecimiento, una reunión íntima de miembros de una familia que podría interpretarse como algo singularmente extraño en la actual Gran Bretaña de la Regencia. Sin embargo, no importaba en absoluto. Después de muchas diferencias espoleadas por el patriotismo, el amor, el odio y un malentendido general sobre lo que significaba el amor, los implicados habían comprendido lo que de verdad era importante.

La familia Norbert habían sobrevivido a la borrasca de pequeños malentendidos y diferencias nacionalistas alimentadas por la guerra para convertirse en una sola familia. Había merecido la pena. Todos los presentes no podían estar más contentos.

—¿Qué te parecen las conversaciones de paz entre nuestros dos países en Gante? —preguntó sir George a Brian. Desde el duelo, había recuperado su antigua corpulencia y se

aplicaba a la comida con su gusto habitual.

Brian pensó un momento.

—Realmente creo que esto es todo. Francamente, no hay necesidad de continuar las hostilidades. La guerra terminará pronto.

—Estoy de acuerdo. Ha costado una fortuna al erario público mantener la guerra durante tanto tiempo —dijo sir George, metiéndose más comida en la boca.

—Es cierto. Los comerciantes de aquí están en pie de guerra debido a la interrupción de las exportaciones estadounidenses de algodón. Además, con el fin de la guerra en el continente, ya no es necesario bloquear las exportaciones estadounidenses a Francia. La Marina Real reanudará su tiempo de paz reduciendo así la necesidad de marineros capaces. En otras palabras, se acabaron los ataques de los americanos a la Marina inglesa.

Sir George asintió con la cabeza. Pero antes de que pudiera aportar nada más, su esposa intervino.

—¿Debemos hablar de política y de guerra en la mesa del desayuno? Hay tantos otros temas encantadores... Por ejemplo, ¿podríamos hablar de las festividades navideñas o de la boda del año que viene?

Brian y sir George intercambiaron miradas de complicidad. Significaba que se reunirían más tarde en el estudio de sir George para continuar la discusión mientras disfrutaban de un buen vaso de whisky o dos.

—¿Pasará las Navidades con nosotros, mi *laird*? —preguntó Margaret, con aspecto ligeramente preocupado por la posibilidad de que no fuera así. A pesar del carácter familiar de la ocasión, insistió en utilizar el título propio de Brian; algunas cosas nunca cambiarían.

Brian se rio.

—Por supuesto, me encantaría. John y yo estaríamos más que encantados de pasar las

Navidades aquí. Ya he escrito a mi gente en Estados Unidos, contándoles mis planes desde que la guerra está más o menos terminada.

Sir George sonrió a su esposa mientras Brian hablaba. Ella no se cansaba del nuevo título de su futuro yerno. Se comportaba como si fuera suyo. Se había confirmado por escrito hacía unas semanas, poco después del milagroso despertar de Brian, quien no había vuelto a recaer y poco a poco fue mejorando. Aunque aún le quedaba un poco para volver a ser como antes.

Pero lo que más le alegraba, era ver lo feliz que era su hija. Su comportamiento contrastaba con el de cuando era la prometida de lord Arthur Ranson Murray. Aún podía imaginar su rostro plagado de tristeza y esperanza. Ahora era como una flor en todo su esplendor

Con Brian, era una mujer diferente; para ser precisos, volvía a ser ella misma. Volvía a ser la niña de su padre. Bethany volvía a emanar felicidad y decisión, como todos esos años atrás. Sir George se arrepintió de lo que le había hecho pasar, y todo para alimentar sus propios sueños de prosperidad. Se había disculpado con su hija y con Brian; tanto que sus remordimientos habían llegado a irritarla. Había amenazado con casarse con Brian en Estados Unidos si él pedía perdón una vez más.

Incluso Margaret se había prendado del americano, y no solo por su título. Había llegado hasta a confesarle a su hija que le parecía extremadamente guapo. En otro giro de 180 grados, había elogiado sus modales como iguales a los de un caballero inglés. Margaret tardaría un poco más en abrirse del todo, pero al final lo conseguiría. De eso estaba segura Bethany.

Además, Margaret aprobaba a John. Para su sorpresa, encontró en él a un conversador de lo más interesante. Tenía ingenio, humor y un excelente sentido de la oportunidad cuando se trataba de divertirse; una noche ella había afirmado que disfrutaba enormemente de su compañía. Sin embargo, le había llevado algún tiempo acostumbrarse al hecho de tener a Megan sentada a la mesa del desayuno, la comida y la cena. Sin embargo, también en ese aspecto estaba haciendo progresos. Hacía unos días, había conseguido hablar con Megan de igual a igual por primera vez

—¿Qué planes tienes para hoy, Brian? —preguntó sir George, masticando alegremente un poco de arenque.

—Bethany y yo daremos un paseo. Su tierra es una de las más hermosas que he visto, sir George —dijo Brian mientras acariciaba la mano de Bethany.

Sir George sonrió con orgullo.

—Tuve suerte de hacerme con ella. El antiguo propietario atravesó tiempos difíciles. Se vio obligado a venderlas. Es una pena que pasen estas cosas.

Brian asintió. No sería así en el sur de Estados Unidos durante muchos años. Los precios de la tierra estaban por las nubes debido al auge del algodón.

—Deberías comprar alguna propiedad en Inglaterra —dijo sir George, continuando con el tema.

Bethany no tardó en apretarle la mano. Brian sabía que ella aprobaba la sugerencia de su padre. Necesitaba pensar un poco más en el asunto. Aún quedaba mucho dinero por hacer en el sur. Pero tal vez su idea con la compañía naviera realmente valdría la pena si tuviera dos oficinas, una en Londres y otra en Richmond o Charleston.

—Merece la pena pensarlo, sir George —dijo al fin.

—Bien... eso está muy bien. Siempre me gusta oír cuando una idea no es rechazada de inmediato. Excepto cuando se trata de una oferta de compra por mi parte, claro. —Se rio profundamente y sonrió—. Parece que lo que acabas de decir ha hecho sonreír a mi hija. ¿Por qué no vais a dar un paseo y habláis un poco más? —Señaló con el tenedor a Bethany.

Sir George los empujó en dirección a la puerta.

—Bien, John —dijo cuando Bethany y Brian estaban en el vestíbulo—. ¿Qué tal si vamos a revisar mis tierras y a los inquilinos que viven allí? Brian mencionó que eres muy bueno con esas cosas.

—Megan —preguntó Margaret—. ¿Serías tan amable de ayudarme con los preparativos de Navidad? Siempre hay tanto que organizar... tenemos fiestas...

Bethany y Brian casi chocan contra la pared al oír la petición de la madre de ella. Lo más probable era que las dos mujeres pasaran juntas toda la mañana hasta el almuerzo.

—Realmente nos estamos convirtiendo en una familia, Brian —dijo Bethany, llevándole en dirección a las cuadras.

—Sí, así es.

—¿Lo decías en serio cuando dijiste que pensarías en comprar una propiedad aquí? —preguntó Bethany. Tenía esa mirada cuando quería saber algo. Brian la alzó en volandas, haciéndola gritar en señal de protesta—. Bájame, granuja —dijo ella en broma.

Brian la bajó con suavidad.

—Podría decírtelo si me das un beso.

Bethany le miró con los ojos entrecerrados.

—Vas a tener que hacerlo mejor que eso.

Él se rio.

—Eres la digna hija de tu padre. Siempre estás negociando. —Brian pensó un momento—. Dame un beso y te diré mi mejor oferta.

Bethany no necesitó más indicaciones. Apretó los labios contra los suyos y subió la mano hasta enredar los dedos en su pelo. Él imitó su movimiento, apretándola contra él. El beso fue poderoso, profundo y casi devorador, si no fuera por una pequeña cosa.

—Dime, ¿qué tienes en mente? —preguntó ella apartándose.

Brian no pudo contener la risa.

—¿De qué te ríes?

—De ti —dijo él—. Cuando algo despierta tu interés, nada puede retenerte. Eres la persona más curiosa que conozco, pero te quiero por ello, Bethany. De verdad que sí.

Ella le devolvió la sonrisa y se echó a reír de puro placer. Sentía como si un millón de mariposas se hubieran instalado en su estómago y parecía que nunca se iban a ir.

—Yo también te quiero con todo mi corazón. —Bethany juntó las cejas—. Ahora, dime —insistió, mientras seguía su camino a las cuadras.

De nuevo, Brian soltó una carcajada.

—Muy bien... Primero, pasaremos las Navidades juntos y luego tenemos mucho trabajo que hacer en relación con el matrimonio. Puede que incluso tenga que viajar de vuelta a Estados Unidos por un tiempo, pero lo haremos depender de la fecha de la boda...

Bethany dejó de caminar y puso las manos en las caderas.

—Oh, Brian, deja de perder el tiempo y dime qué piensas sobre comprar alguna propiedad aquí....

—Eso, cariño, será una sorpresa.

Epílogo

Berkshire, Inglaterra

Marzo de 1815

Las campanas de la iglesia repicaban; los pájaros cantaban; el sol brillaba y apenas había una nube en el cielo, lo cual era una bendición en sí mismo, considerando la inconstancia del clima inglés.

Por fin, Bethany y Brian estaban juntos y eran marido y mujer a los ojos de Dios y del mundo. De hecho, habían estado comprometidos durante casi medio año. El tiempo había pasado muy rápido y ahora estaban saliendo de la capilla en la finca del padre de Bethany para dirigirse a la casa señorial donde se llevaría a cabo la recepción de la boda.

Bethany era ahora la señora Travers o, como prefería su madre, *lady* Bethany Mackinnon de Travers. Su madre había obtenido todo lo que siempre había deseado, y Bethany no podría haber estado más feliz.

Habían pasado tantas cosas... Después del duelo en el que Bethany temió por la vida de Brian, su padre y su madre habían aceptado a este milagrosamente como el hombre que amaba su hija. Hasta cierto punto, sir George le debía la vida a Brian: su conducta caballerosa había sido ejemplar porque, al no devolver el disparo, Brian había elegido el honor por encima de la venganza. En la Gran Bretaña de la Regencia y en Estados Unidos, tal conducta se consideraba el

pináculo del comportamiento caballeresco.

Las cosas habían resultado incluso mejor que eso. Es más, suegro y yerno habían acordado entrar en negocios juntos. Era extraño cómo los hombres podían despreciarse unos a otros un día y enterrar el hacha al siguiente.

Los dos eran una pareja hecha en el cielo. La perspicacia comercial y la experiencia de sir George en el negocio de la navegación mercante, combinadas con el conocimiento marítimo práctico de Brian y John, además de su familiaridad con el lado estadounidense de las cosas, dieron lugar a una empresa que comenzaba augurando muchos éxitos.

Los primeros barcos cargados con algodón ya habían partido de Richmond y Charleston hacia Liverpool. Donde estaban las fábricas de sir George, que fabricarían las telas más finas y dominarían el mercado durante las próximas décadas.

Pero de eso no se trataba este día. El amor había triunfado y eso era todo lo que importaba. Dos personas, cuatro para ser precisos, si se incluían a Megan y John, se habían encontrado y su amor había prevalecido contra probabilidades considerables. La guerra, los padres disidentes y un compromiso no deseado no pudieron interponerse en el camino del amor.

—¿Feliz, *lady* Bethany? —preguntó Brian, riéndose. Todavía no estaba seguro de si le gustaba ser un par del reino. En su corazón, Brian era un verdadero patriota estadounidense que había luchado contra los británicos en la guerra de 1812. Pero, ¿qué daño podría hacer eso? Tanto Gran Bretaña como los Estados Unidos de América habían firmado el tratado de paz en Gante. Y a pesar de sus diferencias, estos dos países al fin se dieron cuenta de que su futuro sería mejor como socios comerciales forjando un mañana más rico.

Bethany miró a su marido de cerca.

—¿Sigues burlándote de la forma británica de hacer las cosas? —le reprendió ella.

—Simplemente me parece extraño que un hombre como yo lleve ese título —dijo Brian.

Su respiración se le atascó en la garganta. Bethany se veía hermosa. Su cabello negro estaba arreglado de manera elegante, pero sencilla. Sus cabellos oscuros estaban sujetos con una soberbia corona de flores blancas. Su vestido, aunque blanco a primera vista, tenía un brillo plateado que se realzaba con la textura sedosa de la tela. La prenda era perfecta; el cuerpo y las mangas estaban en perfecta armonía y elegantemente adornadas con puntillas de Bruselas.

—¿Has estado escuchando una palabra de lo que he dicho? —preguntó ella, estudiándolo de cerca.

Brian se rio. Era como si toda la tensión de la ceremonia matrimonial y sus tribulaciones de antaño estuvieran abandonando su cuerpo. Era el hombre más feliz del mundo al estar casado con la mujer que había secuestrado en alta mar no hacía mucho tiempo.

Había ganado un gran botín como capitán del Poseidón, pero Bethany era el premio más grande y uno que duraría toda la vida.

—Sí… estaba escuchando. Es que eres tan hermosa, Bethany... Tiendo a perder el hilo de mis pensamientos cuando admiro tu belleza.

Una expresión traviesa cruzó el rostro de Brian; era particularmente evidente en la forma en que las comisuras de su boca se elevaban poco a poco.

—Entonces supongo que debería usar este momento a mi favor y presionar sobre el tema de comprar una propiedad aquí en Inglaterra —dijo Bethany.

Él se rio de nuevo.

—Todos conocemos el dicho: «de tal palo tal astilla», pero en este caso es extremadamente cierto.

Esta vez fue Bethany quien se rio.

—Todo momento es bueno para negociar. —Ella le sonrió. Al igual que su marido, no podría estar más contenta. Pero una casa en Inglaterra agregaría la guinda al pastel.

—Ah... ¿de eso se trata? —preguntó con una sonrisa bordeando sus labios.

—De hecho, lo es. Soy tu esposa ahora y como tal puedo opinar en todas tus cosas. —Ella frunció los labios esperando no haberse propasado con su insinuación.

Brian pensó por un momento.

—Bueno, supongo que podríamos echar un vistazo a algunas propiedades cuando regresemos de nuestra luna de miel.

Bethany podría haber saltado de alegría. Pero sus prendas no permitirían tales payasadas. Además, su madre, a pesar de que se había suavizado considerablemente desde que Brian se había convertido en su yerno, estaba observando. Ella no aprobaría un comportamiento tan grosero, sobre todo, porque los seguía de cerca con la duquesa de Haddington y su camarilla de damas a cuestas.

—Ahora que mencionaste eso, estoy ansiosa por ver cómo son las tierras de tu familia —dijo Bethany.

—Sí, he oído que las Tierras Altas son mágicas —dijo Brian, imitando un acento escocés.

—Eso ha sonado terrible —dijo Bethany sonriendo.

—Fue todo lo que pude aprender de Megan —dijo Brian, refiriéndose a la herencia escocesa de la muchacha.

Tomados de la mano, recorrieron la corta distancia que quedaba hasta la casa solariega. El almuerzo se llevaría a cabo en el interior, ya que todavía hacía demasiado fresco para comer afuera. Más de doscientas personas fueron con ellos. Eran la flor y nata de la sociedad. Desde que el príncipe regente otorgó tal honor al ahora famoso estadounidense, los Norbert, en cierto sentido, habían alcanzado el estatus de celebridad. La invitación a la boda se consideraba imprescindible en el calendario social del año.

—Ah, la novia y el novio. ¿No es una pareja encantadora? —anunció el príncipe regente.

Iba vestido con su extravagante conjunto habitual, que esta vez había adoptado la personalidad de un almirante de la Marina Real. Estaba de pie felizmente en el salón, bebiendo champán con el padre de Bethany, el duque de Benson y dos miembros del Club de Dandys.

—¡Aquí, aquí! —dijo sir George con el orgullo entrelazado en su voz. El regente le guiñó un ojo a Brian, quien le devolvió la sonrisa—. Ah, veo que su padrino nunca se queda atrás de usted, Travers —dijo el regente cuando vio a John y Megan entrar en el salón con más y más invitados a la boda.

—Es un muy buen amigo —dijo Brian.

—Eso es —coincidió el regente.

—Priney, es maravilloso verle. Debemos jugar otra partida de backgammon[6] muy pronto. La última vez realmente sacó lo mejor de mí —dijo John, acercándose. Para disgusto de Megan, últimamente había pasado bastante tiempo en el White's Club de Londres.

El regente se rio entre dientes.

—Fue pura suerte, John. Pero aceptaré el desafío —dijo con un guiño.

—Hoy no, ustedes dos no lo harán —dijo Megan en su manera directa habitual—. Esta es una celebración de boda y no una reunión de hombres borrachos que intentan evitar a sus mujeres.

El regente arqueó las cejas. Aquellas personas que habían escuchado el comentario comenzaron a retroceder unos pasos para que el regente no desinflara su ira con ellos.

—Entonces, ¿esta es su prometida, John? —preguntó, mirando a la decidida escocesa.

John inclinó la cabeza.

—Sí, tengo la suerte de llamar así a esta mujer. Ella es una singular rosa roja en un jardín de flores blancas.

El rostro del regente se iluminó.

—Tendría que estar de acuerdo con usted… singular en que ella tiene muchas espinas. Tenga cuidado, querido John, porque tengo la sensación de que esta dama le supera.

—¿Qué sería de una rosa, sin alguna que otra espina, Priney? No la querría tanto si no fuera de esta manera —dijo John, mirando a Megan con cariño.

John y el regente continuaron intercambiando abundantes bromas. Brian y sir George se hicieron a un lado para poder hablar mientras el duque de Benson se acercaba a Bethany.

—Bien, querida. Parece la mujer más feliz de toda Inglaterra —dijo con cariño el duque de Benson.

—Lo soy, Su Gracia. No podría estar más contenta —dijo Bethany.

—Entonces yo también. Encuentro que no hay nada más tentador que una mujer enamorada —dijo.

—Como siempre, mi esposo es de lo más romántico —dijo la voz de una dama. El sonido era nítido y autoritario, pero no carente de atractivo.

La mirada de Bethany se giró en el acto. A su lado estaba una hermosa dama de unos cincuenta años. La estimación de Bethany de su edad se basó en una mera suposición. Lo había adivinado, suponiendo que tendría la misma edad que el duque, del que sabía que tenía algo más de sesenta años.

—Entonces, al fin nos encontramos, *lady* Mackinnon de Travers. —La mujer alta con el cabello gris plateado y un rostro aristocrático le tendió una mano enguantada.

Sin saber qué más hacer, Bethany hizo una reverencia. La duquesa de Benson era como una fuerza de la naturaleza; era como si pudiera obligar a la gente a cumplir sus órdenes con solo mirarlos.

—Es un placer conocerla, Su Gracia —dijo Bethany, tomando su mano.

Para sorpresa de Bethany, la duquesa sonrió.

—Su historia de amor con el estadounidense ha conquistado Inglaterra, querida. —Sus palabras no tenían ninguna malicia.

—No es lo que queríamos, Su Gracia. Nos enamoramos —dijo Bethany, endureciendo su postura en preparación para una confrontación con la madre de su antiguo prometido.

—De hecho... no hay causa más digna que el amor. —La dama acarició cariñosamente el brazo de su marido—. Les deseo a ambos la mejor de las suertes, querida. —Con esas palabras, ella se fue.

—¿No me desprecia? —Bethany estaba estupefacta.

El duque se rio.

—Mi querida esposa sabe los errores que cometió con nuestro hijo. Debo decir que fue idea suya enviarlo a la India. Yo no estaba del todo seguro al principio, pero al fin vi la sabiduría en su decisión. —El duque arrugó la frente—. Parece que William Congreve[7] tenía razón cuando acuñó el dicho «El cielo no conoce rabia como la del amor convertido en despecho, ni el infierno furia como la de una mujer despreciada». Parece que ella estaba más bien molesta por el comportamiento de nuestro hijo hacia usted.

—¿Cómo lo supo ella? Nunca conocí a la duquesa antes de hoy —dijo Bethany.

—Ella lo sabe todo, querida.

El duque no dijo más sobre el tema mientras se movían lentamente en dirección al salón de baile, que había sido preparado para el gran banquete. Delante de ellos, Brian y el padre de Bethany, aún en profunda conversación, caminaban juntos. Priney y John intercambiaban bromas con el Dandy Club y, para gran sorpresa de Bethany, Megan conversaba con la duquesa de Haddington y su propia madre.

El mundo era un lugar extraño, decidió. La división social y nacionalista eran grandes pilares en la sociedad en que vivía y, sin embargo, aquí estaba, entre personas que representaban ambas brújulas y todavía había armonía.

Tal vez había esperanza para el futuro después de todo, pensó. Tenía que haberla. Ella amaba a Brian y pronto serían uno, en cuerpo y también en alma. En última instancia, el amor siempre prevalecería.

Notas

[1] George Bryan Brummell, conocido como Beau Brummell, fue el caballero dandi por excelencia, convirtiéndose en árbitro de la moda en la Inglaterra de la Regencia y amigo del príncipe Regente

[2] No se llamaría Baronetesa, al denominarse así a la mujer que recibe el título y no a la esposa del Baronet. Como esposa del Baronet, recibe el título de Dame.

[3] Traducción literal: Brezales de buen tiempo

[4] Behemoth es una palabra hebrea que quiere decir bestias

[5] Se les llamaba así al grupo de amigos de la alta sociedad que siempre acompañaban al príncipe regente.

[6] El backgammon es un juego de mesa para dos jugadores que une el azar con profundos conocimientos estratégicos. Se juega con fichas y dados en un tableros de mesa.

[7] William Congreve(1669-1729) Dramaturgo y poeta inglés